

M
o
i
s
é
s
e
n
l
a
l
l
a
n
u
r
a

S
h
u
a
n
g
X
u
e
t
a
o

*T
r
a
d
u
c
c
i
ó
n
d
e*

X
u
a
n
L
e
y
M
u
n
i
r
H
a
c
h
e
m
i

M
o
i
s
é
s
e
n
l
a
l
l
a
n
u
r
a
s
D
o
s
n
o
v
e
l
l
a
s
c
o
r
t
a
s

S
h
u
a
n
g
X
u
e
t
a
o

*T
r
a
d
u
c
c
i
ó
n
d
e*

X
u
a
n
L
e
y
M
u
n
i
r
H
a
c
h
e
m
i





DERECHOS RESERVADOS

© 2016, 2017 Shuang Xuetao

Publicado bajo acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency y Shanghai Translation Publishing House.

“Moisés en la llanura” (平原上的摩西) fue publicada originalmente en la colección de relatos homónima por ThinKingdom/Baihua Literature and Arts Publishing House, 2016.

“El aeronauta” (飞行家) fue publicada originalmente en la colección de relatos homónima por Imaginist/Guangxi Normal University Press, 2017.

© 2022Xuan Le, por la traducción

© 2022Munir Hachemi, por la traducción

© 2022Almadía Ediciones S.A.P.I. de C.V.

Avenida Patriotismo 165,
Colonia Escandón II Sección,
Alcaldía Miguel Hidalgo,
Ciudad de México,
C.P. 11800

RFC: AED140909BPA

www.almadiaeditorial.com

www.facebook.com/editorialalmadia

[@Almadia_Edit](https://www.instagram.com/Almadia_Edit)

Edición digital: 2023

eISBN: 978-607-8851-37-9

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Hecho en México.

ÍNDICE

平原上的摩西

MOISÉS EN LA LLANURA

ZHUANG DEZENG [庄德增]

JIANG BUFAN [蒋不凡]

LI FEI [李斐]

FU DONGXIN [傅东心]

LI FEI [李斐]

ZHUANG DEZENG [庄德增]

ZHUANG SHU [庄树]

SUN TIANBO [孙天博]

FU DONGXIN [傅东心]

LI FEI [李斐]

ZHUANG SHU [庄树]

ZHAO XIAODONG [赵小东]

LI FEI [李斐]

ZHUANG SHU [庄树]

飞行家

EL AERONAUTA

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

平原上的摩西

MOISÉS EN LA LLANURA

ZHUANG DEZENG [庄德增]

En 1995 dejé mi puesto en la fábrica municipal de tabaco y viajé al sur, a Yunnan, con un contable y un agente comercial. Antes de dejar el trabajo, dirigía el Departamento de Comercialización y Abastecimiento. Durante la Gran Revolución Cultural había sido un zhiqing, uno más de esos estudiantes a los que mandaron a trabajar al campo. Volví a la ciudad con experiencia y con el grado escolar, así que me asignaron el puesto de mi padre en el Departamento de Comercialización y Abastecimiento. Por aquel entonces se trataba de un departamento de pega compuesto por tres personas que nos pasábamos el día tomando té y leyendo el periódico. Como yo era joven, hombre y pariente lejano del director de la fábrica, unos años después fui ascendido a director de sección. Mis dos compañeros pasaron a ser mis subordinados, pero ambos eran mayores que yo, así que ninguno me llamaba “director”; seguían llamándome Xiao Zhuang.* Fue por aquel entonces cuando me organizaron una cita con Fu Dongxin. Tenía veintisiete años y era también una zhiqing que había vuelto del campo. Era guapa, de pelo muy negro y espalda erguida, no muy alta pero elegante de una forma despreocupada. Su padre había sido profesor de filosofía en la universidad antes de la fundación de la República Popular. Yo no sé mucho de filosofía, pero de él decían que pertenecía a la corriente del idealismo, así que fue fulminado durante el movimiento antiderechista y sus alumnos utilizaron sus libros para cebar las hornillas o para empapelar las ventanas. Durante la Gran Revolución Cultural fue torturado y se quedó sordo de un oído, por lo que no pudo seguir enseñando. Aun así, años después recuperaría su plaza de profesor. Fu Dongxin era la segunda de tres hijos; ninguno se dedicaba a lo mismo que el padre, ambos trabajaban en fábricas y se habían casado con mujeres de clase obrera.

El día de nuestra primera cita, Fu Dongxin me preguntó qué libros había leído. Rebuscando en mi memoria recordé que antes de que me enviaran al campo había llegado a leer un cómic que adaptaba el Sueño del pabellón rojo. Me preguntó si todavía me acordaba de quiénes eran los protagonistas. Yo dije que no, que solo recordaba una mujer llorona y un hombre amanerado. Se rio y me dijo que por ahí iba el asunto. Me preguntó por mis aficiones y le conté que en verano me gustaba nadar en el río Hun y en invierno en el lago artificial del parque Beiling. En aquel otoño de 1980 los ríos aún no se habían congelado, pero ya hacía muchísimo frío. Ese día llevaba un suéter de cuello alto que me había hecho mi madre y una chaqueta negra de cuero que me había prestado un amigo. Hablábamos mientras remábamos en el lago artificial del parque. Ella estaba enfrente de mí, llevaba una bufanda roja y un par de zapatos de tela y tenía un libro en la mano, me parece que era sobre caza y que el autor era extranjero. Aunque ya tenía cierta edad y trabajaba en la fábrica y al terminar la jornada siempre olía, como todos, a tabaco, aquella mañana se había transformado en una estudiante embarcada en una excursión otoñal. Dijo que en el autobús de camino a nuestra cita había terminado de leer una novela corta incluida en el libro que llevaba, titulada “El médico del distrito” y que estaba muy bien escrita. Quiso saber si conocía el argumento y le dije que no. Me contó que se trataba de una mujer que se cae al agua y de un hombre que se desnuda y se lanza a rescatarla. La agarra del cuello y luchan por llegar a la

orilla, pero ella ha tragado demasiada agua y sabe que va a morir. En el último momento se fija en el vello de la nuca del hombre, en su pelo húmedo, en sus tendones tensos por el esfuerzo... y se enamora de él. Fu Dongxin terminó el resumen diciendo: “a veces pasan cosas así, ¿no crees?”. Respondí que yo era buen nadador y que podía estar tranquila. Se rio de nuevo y dijo: “has aparecido en el momento justo. Sé que eres un poco bruto y yo un poco demasiado culta. El único libro que has leído, el del cómic, es un gran libro; si no me desprecias por pensar demasiado, podríamos construir una vida juntos”. “Cuando estoy contigo parezco un bruto”, dije, “pero normalmente no soy así”. “Lo sé”, respondió, “el hombre que nos presentó me dijo que en el asentamiento rural eras un líder entre los jóvenes, el cabecilla de todas las expediciones”. “Si hay en el mundo quien tenga alimentos”, declaré, “yo también tendré, y te los daré; si hay quien coma bien, no dejaré que comas peor”. “Por la noche”, dijo ella, “me gusta leer y escribir, y llevo un diario. Asegúrate de no molestarme”. “Dormimos juntos, ¿no?”, pregunté. No respondió, solo me hizo un gesto para que remara más fuerte y no me detuviera hasta llegar a la orilla.

Un año después de casarnos nació nuestro hijo. Ella eligió el nombre, Shu, que significa “árbol”, así que se llamó Zhuang Shu, aunque le decíamos Xiao Shu. Hasta que cumplió tres años se pasaba los días en la guardería de la fábrica, donde yo lo dejaba y lo recogía a diario, ya que Fu Dongxin se encargaba de hacer la compra y cocinar. Era nuestra particular división del trabajo. Su comida era casi incomible, pero habría sido mucho peor que recogiera al niño. Una vez llevaba a Xiao Shu en bicicleta y su piececito se trabó entre los radios de una de las ruedas; a ella le pareció raro que el pedal no se moviera y pisó con más fuerza. En el taller no gozaba de popularidad porque no jugaba al póquer y no sabía tejer suéteres; en los descansos de después de las comidas se retiraba a leer entre las pilas de hojas de tabaco, lo que imponía cierta distancia entre ella y nuestros colegas. En los años ochenta el ambiente social había mejorado, pero aun así todo el mundo opinaba que, si venía otra ola del Movimiento, Fu Dongxin sería la primera en caer. Un día fui a comer con ella y descubrí que su almuerzo estaba frío. Al parecer hacía ya tiempo que, cada mañana, después de que metiera su comida a calentar en el horno de vapor, alguien la retiraba. Puse al jefe del taller al tanto de la situación, pero él dijo que se trataba de lo que Mao llamaba “un conflicto en el seno del pueblo” y que no podía hacer nada, que él no era el comisario de nadie. Después empezó a quejarse de que quienes compartían equipo con Fu Dongxin tuvieran que trabajar mucho más porque ella era lenta y se movía como si estuviera bordando. Además, en un grupo de estudio de las palabras del camarada Deng Xiaoping, se dedicó a dibujarlo y lo retrató enorme, mientras que a los camaradas Hua Guofeng y Hu Yaobang los hizo tan pequeños que parecían de juguete. De no haber sido porque el director quería protegerme, aquello habría llegado a oídos de los jefes de la fábrica y la habrían mandado a otro departamento. Lo que dijo me dio qué pensar, así que me di la vuelta, fui a unos grandes almacenes y compré dos botellas de aguardiente Xifeng, volví al taller, las puse en la mesa del jefe y le dije: “entonces mándala al departamento de imprenta”.

Fu Dongxin siempre había disfrutado copiando las ilustraciones de los libros. Cuando nos casamos, en la dote había un cuaderno grande lleno de esa clase de dibujos. Yo no sabía qué representaban, pero todos me parecían bonitos; había una catedral altísima en cuyo techo un jorobado tañía las campanas; también había mujeres extranjeras con vestidos majestuosos cuyos pliegues estaban tan bien dibujados que casi se podía oír el frufrú que hacían al moverse. Una noche, después de cenar, saqué un taburete al patio para tomar el fresco. Ella estaba reclinada en la cama, leyendo, y Xiao Shu, sentado frente a mí, jugaba con mi caja de cerillos; la agitaba junto a su oreja y luego la olía. Teníamos un televisor en blanco y negro, pero apenas lo encendía para no molestarla. Al rato Fu Dongxin también sacó un taburete y se sentó a mi lado. “Mañana

empiezo en la sala de imprenta”, dijo. “Bien, pon atención en tu trabajo”, respondí. “Hoy hablé con el jefe de imprenta”, añadió ella, “quiero hacer algunos dibujos para las cajetillas, un poco por diversión, luego ellos verán si los usan o no”. “Bien, hazlos”. Se quedó pensativa y finalmente me dijo: “gracias, Dezeng”. No sabía qué decir, así que sonreí. En ese momento Lao Li, el padre de Xiao Fei, pasó por delante de nosotros de la mano de su hija. Allí vivíamos unas veinte familias en casas de una sola planta; Lao Li, el del extremo este, trabajaba en la fábrica de tractores, era mecánico, de cara cuadrada y de altura media pero robusto. Nos conocíamos desde pequeños. Tenía dos hermanos; no era, como yo, hijo único. Lao Li era el menor, pero los mayores le tenían miedo. Durante la Gran Revolución Cultural los sellos estaban muy cotizados, y él había llegado a herir a alguien con un arma blanca para conseguir uno. Conmigo también tuvo un enfrentamiento, pero ya habíamos hecho las paces. Después de casarse sentó cabeza: trabajaba duro y era hábil, así que se convirtió en un obrero destacado para la fábrica y para el Partido. Su esposa también trabajaba en la fábrica de tractores. Se dedicaba a la chapa y pintura y siempre llevaba una mascarilla, lo que hacía que alrededor de la nariz tuviera un cuadrado más blanco que el resto de la cara. Por desgracia, murió al dar a luz a Xiao Fei. Lao Li nos vio y dijo: “¿Qué hacen los tres sentados en fila? ¿Están dando clase o qué?”. Le pregunté si estaba de paseo con Xiao Fei. “La niña quería un helado”, dijo, “así que fuimos a lo de la abuela Gao”. Xiao Fei se puso a hablar con Xiao Shu. Quería cambiarle la caja de cerillos por lo que le quedaba de helado, más o menos la mitad. Xiao Fei miró a Fu Dongxin, que dijo: “Xiao Shu, dale la caja de cerillos a tu amiguita. Y no le pidas el helado a cambio”. Al oír eso, Xiao Shu tiró al suelo la cajetilla, que hizo un ruido seco al caer, y rápidamente le quitó el helado a Xiao Fei. Ella recogió los cerillos, sacó uno, lo encendió y se quedó mirándolo fijamente. Para entonces ya había oscurecido, era una noche de luna nueva. Cuando el fuego llegó a la mitad del cerillo, Xiao Fei lo usó para prender el resto de la caja. Lao Li alargó la mano para quitársela; daba la impresión de que no lo hacía por temor a que Xiao Fei se quemase sino porque sabía que lo había hecho adrede. Ella lanzó hacia el cielo la bola de fuego, que emitió un sonido cantarín, bsbsbsbs, mientras volaba cada vez más alto.

JIANG BUFAN [蒋不凡]

Cuando dejé el ejército me puse a trabajar de policía y participé en varios casos, todos relacionados con la política de Mano Dura.* Detuvimos a mucha gente, aunque no por delitos importantes; eran más bien cosas como bailar, pasar la noche fuera de casa, hurtos menores... en general, nunca ocurría nada grave y estábamos tranquilos. Por eso, la aparición de “los dos Wang” un par de años después del fin de la Mano Dura fue una sorpresa. Da Wang, el mayor, había sido, por cierto, condenado en aquel periodo, y Xiao Wang había estado en el ejército. De hecho, el cuartel de Xiao Wang y el mío estaban cerca, en la parte este de Mongolia Interior, así que yo ya había oído hablar de él. Decían que su puntería era magnífica, que podía cambiar el cargador con una sola mano y que tenía el récord de disparo rápido.

Los hermanos cometieron muchos asaltos, la mayoría a sucursales bancarias y tiendas de compraventa de oro. Durante el tiempo que pasó en el ejército, cada vez que escribía a su familia, Xiao Wang incluía cinco balas con la carta; eran esas mismas balas las que utilizaron después en los atracos. Hoy eso nos suena increíble, pero así fue como se aprovisionaron. En los asaltos siempre participaban los dos, con una pistola cada uno y miles de balas. Después los pusimos en la lista de los más buscados y empezaron a robar en casas particulares. Había carteles por todas partes y, aunque llevaban amarrados al cuerpo grandes fajos de billetes y lingotes de oro, no encontraban dónde los alimentaran. Por eso entraban en casas, ataban a quien hubiera dentro y se preparaban algo de comer. Iban lo más rápido que podían y se marchaban enseguida; no hacían daño a nadie más allá de las ataduras y a veces incluso dejaban un poco de dinero.

Más tarde se deshicieron de su botín tirándolo al río y empezaron a enfrentarse directamente a la policía. Por aquel entonces todos íbamos de paisano; llevar el uniforme suponía arriesgarse a recibir un balazo en cualquier momento. Fue en el invierno de ese mismo año cuando finalmente los cercamos en la colina Qipan, al norte de la ciudad. A mí me tocó hacer guardia al pie de la colina con un abrigo militar en cuya manga escondía una pistola cargada. Cada vez que pasaba algo por delante de mí, ya fuera una persona o un corzo, me daban ganas de disparar. En esas estaba cuando me llegó la noticia de que los habían matado a los dos. No vi los cadáveres, pero, según decían, estaban flacos como perros hambrientos y sus cuerpos mal abrigados yacían bocabajo en la nieve. En rigor, a Da Wang lo mataron, pero Xiao Wang se suicidó. Esa noche, ya en mi casa, bebí mucho y pensé mucho. Decidí que seguiría siendo policía.

A principios del invierno de 1995, en la ciudad murieron dos taxistas en una semana. Los cadáveres fueron hallados en las afueras; a los dos los habían quemado con sus coches y habían quedado completamente calcinados. Al final del mes habían muerto cinco. Hubo uno que quizá se libró de ser el sexto. Era un taxista asustadizo, compañero de trabajo de una de las víctimas, y por eso estaba alerta. Una noche recogió a un tipo. En un momento del trayecto le empezó a dar mala espina, así que saltó del coche y se escondió en una arboleda. Describió al pasajero como un hombre de estatura media, unos cuarenta años, de cara cuadrada y ojos grandes. Pero no estaba seguro de que fuera el asesino; desde los árboles lo vio abandonar el taxi sin tocar el dinero que había dentro.

Los asesinatos tuvieron un gran impacto social, así que nuestros superiores amortiguaron las cifras. En el periódico hablaban de dos muertos y un desaparecido. Yo le prometí a mi jefe que resolvería el caso en menos de veinte días. Me puse en contacto con ciertos mafiosos a los que conocía y me reuní con ellos en mi casa. Les dije que quien me entregara al asesino sería mi hermano para siempre, que comeríamos de la misma olla y beberíamos del mismo cuenco. Pero no sabían nada. El tipo no pertenecía a la mafia, debía de ser un ciudadano cualquiera. Leí toda la documentación acerca de las cinco víctimas y no encontré nada que las relacionara. Uno había sido chofer para funcionarios de alto rango; otro había sido transportista en el ejército; a otro lo habían despedido y había vendido su casa para comprarse la licencia del taxi, así que vivía alquilando. También revisé los armazones calcinados de los coches y en dos de ellos descubrí restos de unas cuerdas de nailon que no habían terminado de arder, de lo que deduje que el asesino primero estrangulaba al taxista, luego cogía el dinero, conducía el coche a las afueras, lo empapaba en gasolina y le prendía fuego. Contaba, por lo tanto, con algo de información: era alguien fuerte, sabía conducir y necesitaba dinero. Además, lo necesitaba con urgencia, porque habría sacado mucho más vendiendo los coches. O no tenía tiempo para vender los taxis, o no tenía los contactos necesarios. El dinero debía de hacerle mucha falta; cinco asesinatos en un mismo mes conllevaban un gran riesgo. Y los del departamento forense me dijeron que solo con la gasolina del depósito los coches no habrían ardido de esa manera. Así que tenía una pista más: el asesino disponía de combustible, quizá gasolina o diésel.

Para cuando saqué todas esas conclusiones habían pasado diez días. Fui a la oficina de mi jefe y le dije: “Jefe, este caso no va a ser sencillo”. “¿Qué necesitas?”, espetó, “¿más dinero o más gente? Me están presionando desde arriba. La mitad de los taxis han dejado de circular por la noche y la gente se está quejando. Olvida tu promesa: si resuelves el caso, no importa cómo, te asciendo”. Le dije que sentía que ser policía consistía en limpiarles el culo a los demás. “¿Qué quieres decir?”, preguntó. “Nada”, respondí. “Diles a los de arriba que hay que instalar una mampara protectora en todos los taxis de la ciudad. El asesino usa una cuerda, como mucho llevará un arma blanca. Con una mampara los taxistas estarán mucho más seguros. Además, incluso en el caso de que demos con este, puede que surjan otros en el futuro, así que la protección no va a estar de más”. “Pero eso es muy caro”, se quejó, “no sé si van a aceptar”. “Hoy en día”, respondí, “sales a la calle y ves gente desempleada por todas partes. ¿Te acuerdas del tipo al que detuvimos hace poco? Se escondía en los pasillos de bloques residenciales y golpeaba a la gente por detrás en la cabeza con una azuela de desbistar maderas. A veces lo hacía por cinco yuanes. Si quieres, llévate las fotos de las escenas del crimen y les enseñas a los de arriba los sesos esparcidos y los huesos quemados”. “Voy a ver qué hago”, me dijo, “pero cuéntame qué planes tienes para resolver el caso”. Le conté que tenía a seis agentes a mi cargo. “La chica no sabe conducir, así que dame cinco vehículos. Saldremos por la noche haciéndonos pasar por taxistas y sin mampara de protección”.

Unos días después hablé con mis subordinados. “Esto va a ser peligroso, quien quiera retirarse puede hacerlo. Pero si tenemos éxito se registrarán nuestros méritos y habrá una recompensa. Eso sí, si la cagamos podemos perder la vida y acabar como esos cinco taxistas. Muertos. Quemados. Piensen bien lo que quieren hacer”. Zhao Xiao Dong fue el primero en hablar: “Jefe, la recompensa... ¿de cuánto es?”. Yo sabía que su mujer estaba embarazada y que él llevaba más de diez días sin pasar por casa. Era el que más me preocupaba. Le dije que no estaba seguro. “Pero no menos de cinco mil yuanes. A repartir entre quienes participen”. Asintió con la cabeza y no dijo nada más.

El 16 de diciembre de 1995, a las diez y media de la noche, los cinco hombres salimos a

hacer la ronda. Llevábamos cada uno dos pistolas: una en la axila y otra bajo el asiento del conductor. Les di una serie de escenarios posibles que debían ponerlos en alerta: que fueran uno o más hombres adultos y que se dirigieran a lugares apartados; que fuera un hombre solo que se sentara detrás del asiento del conductor; que oliera a gasolina o diésel. A las mujeres y a cualquiera que fuera con un niño les tenían que decir que no podían llevarlos con la excusa de que acababan de empezar y no conocían el camino. Por último, en caso de llegar a las manos, las órdenes eran acabar con el sospechoso, ya que sin duda él intentaría matarnos.

Hicimos la ronda durante tres días sin novedad. Xiao Dong recogió a tres hombres que le inquietaron. Iban a Sujiatun, un pueblo cercano, y eso lo puso en alerta. Por su acento debían de ser de la ciudad. Uno de ellos quiso parar a mear a la orilla de un camino, así que Xiao Dong sacó la pistola y se la metió en el zapato. El tipo volvió y siguieron con la charla. Parecía que eran tres hermanos que volvían al pueblo para asistir al funeral de su padre. Uno de ellos había estado bebiendo con la mujer y por eso necesitaba orinar. Cuando llegaron a Sujiatun, el lingpeng* ya estaba montado. Xiao Dong se bajó del coche y se fumó un cigarro. Cuando los vio entrar al cobertizo (dos de ellos llevaban al tercero a cuestas) se subió al taxi y emprendió el camino de vuelta.

El 24 de diciembre era el octavo día de ronda, y a las diez y media de la noche nevaba ligeramente. Aparqué el coche en el cruce de Nanjing con Beisan y bajé un poquito la ventana para fumar. Al terminar el cigarrillo decidí descansar un rato; esos días estuve durmiendo así, de forma intermitente. Al lado de donde estaba aparcado había una discoteca y me llegaba el eco de una melodía lejana. Era una versión local de “Jingle Bells”. Al taxi que había delante del mío subió una mujer de mediana edad con un abrigo de piel de visón. Avancé unos metros, tiré el cigarro y subí la ventanilla. En ese momento salieron dos personas del callejón contiguo a la discoteca. Eran un hombre de mediana edad y una chica de unos doce o trece años. Él tenía la cara cuadrada, era de estatura media y llevaba las manos en los bolsillos de una chaqueta negra, agrietada y reblandecida por el tiempo. Ella llevaba una mascarilla blanca y vestía los pantalones azules de un uniforme escolar, además de un abrigo rojo de plumas que debía de ser de una persona adulta, porque le llegaba por las rodillas. También llevaba una mochila rosa cuyos tirantes estaban negros por el uso. Tenía el pelo cubierto de nieve.

El hombre se acercó y tocó en la ventanilla. La bajé y me miró. “¿Nos llevas?”, me preguntó, pero le dije que ya me iba a casa. Señaló a la niña: “Vamos a la calle Yanfen, le duele la barriga y allí hay un hombre que sabe medicina tradicional”. “Si está enferma”, dije, “debería ir a un hospital decente”. Me respondió que eso era demasiado caro. “Este médico es muy bueno y ya la curó la última vez. Tiene varios remedios para el dolor de las mujeres en la zona del vientre”. Lo dudé un momento, pero al final accedí: “De acuerdo, pero no conozco bien el camino. Me tienes que ir indicando”. “Vale”, dijo, y abrió la puerta del taxi. Se sentó detrás de mí y la niña tras el asiento del copiloto, con la mochila sobre las piernas.

La calle Yanfen estaba en el extremo oriental de la ciudad, en el límite entre la ciudad propiamente dicha y el campo. Era un barrio humilde, se podría decir que de casuchas. Más al este todo eran tierras de cultivo. No era la primera vez que iba a esa zona; había detenido a mucha gente allí.

El hombre no había sacado las manos de los bolsillos. Tenía las orejas rojas por el frío. Ella iba con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el asiento. Llevaba la mochila abrazada contra el vientre. Él me iba indicando cuándo girar. Al rato le pregunté: “Amigo, ¿tienes tabaco? ¿Me das un cigarro?”. Se sacó uno del bolsillo y lo encendí con mi mechero. Le pregunté a qué se dedicaba. “Antes era obrero y ahora tengo un pequeño negocio”, respondió. “La cosa está mal en

las fábricas”, le dije. “Bueno, no en todas”, apuntó, “por ejemplo, a la 601 le va bien”. “Esa hace aviones”, dije, y asintió. “Cada vez menos, pero algunas todavía funcionan”, añadió. Le pregunté por su negocio. Me miró a través del retrovisor. “Nada importante, compraventa de cosas”. Le pregunté a qué se dedicaba su pareja y su respuesta fue: “Gira ahí a la derecha y luego todo recto”. Estábamos ya en la calle Yanfen y a punto de salir del barrio. La niña seguía sin abrir los ojos ni inmutarse, y el hombre miraba por la ventana, callado. Dije: “La cosa está muy mal” y él emitió un gruñido por respuesta, pero yo seguí: “Por ejemplo, el taxi. De día hay mucha policía, muchos controles, no nos dejan trabajar tranquilos. Por la noche sí, pero está el tema de la inseguridad”. Entonces habló: “Pero no ha pasado nada grave, ¿no?”. Lo miré por el retrovisor. “No lees el periódico, ¿verdad? Han asesinado a cinco taxistas que trabajaban de noche”, dije. Me devolvió la mirada y se encogió ligeramente de hombros. “Y, ¿ya agarraron al tipo?”, preguntó. “No”, respondí, “no deja a nadie vivo, así que es muy difícil capturarlo. Si vas a ser cruel es mejor que seas el más cruel. Los valientes se mueren de empacho y los pobres se mueren de hambre”. No respondió. Tocó a la niña en el hombro y le preguntó si estaba mejor. Ella asintió, se abrazó con fuerza a la mochila y dijo: “A la derecha en la próxima”. “¿A la derecha?”, dije. “¿No iban a la calle Yanfen?”. Repitió: “A la derecha. La entrada está por atrás”. Paré el coche a un lado del camino y dije: “Amigo, no me aguanto las ganas de orinar, espérenme un segundo en el coche”. Él respondió: “Gira a la izquierda, ya casi estamos”. “¿A la izquierda?”, pregunté. “Pónganse de acuerdo y ahora seguimos. Me voy a mear encima”. Él insistió: “Ya casi llegamos”. Me di la vuelta para mirarlo y aproveché el gesto para meterme la mano bajo la axila. “Está todo oscuro, ¿dónde está la clínica?”. La niña abrió los ojos de repente. Eran muy grandes y tenían las pupilas enormes. Dijo: “Papá, me acabo de tirar un pedo y ya me encuentro bien”. Él estaba muy tieso. “¿Ya estás bien?”. La niña le dijo que sí. “Me tiré un pedo de los que no huelen ni suenan y ya me encuentro bien. Quiero bajarme”. Él me miró. “Papá también necesita ir al baño, no salgas del coche”, dijo, y abrió la puerta. Yo saqué la llave del contacto y lo seguí. Nevaba mucho y hacía viento y el frío se nos metía por el cuello. Estábamos ya en las afueras y el barrio casi no se veía, dibujaba una silueta como de colinas vistas desde un tren en marcha. Él se acercó a la maleza y orinó. Yo saqué la pistola y me puse detrás de él. Se dio la vuelta mientras se abrochaba el cinturón y dijo: “Colega, te estás equivocando”. “Cállate”, respondí, “y deja eso. Quítate el pantalón”. Se quejó: “Puede ir a la fábrica y preguntar por mí”. Pero lo corté: “Cierra el pico y quítate el pantalón”. Se lo bajó hasta el tobillo y yo saqué las esposas. “No dejes que la niña vea esto”, me pidió. “Qué vergüenza”. Le di una patada en los huevos, pero no se movió. “La clínica está ahí, el médico es amigo mío, puedes preguntar”. En ese momento me di cuenta de que un camión cargado de arena venía por el camino y de que no había puesto las luces de emergencia y de que el suelo estaba cubierto de nieve. El camionero vio mi coche y amagó un cambio de dirección, pero era demasiado tarde: chocó con el taxi y este salió despedido hacia donde estábamos, dando una vuelta de campana. En el instante en que me atravesó un pedazo de cristal del tamaño de una mano, disparé.

LI FEI [李斐]

No sé cuándo fue que mis recuerdos empezaron a salir a la superficie y a mezclarse con mi vida. ¿Cuáles se ajustan a lo que pasó? ¿En cuáles el pasado se ha deformado? Me he reconciliado con el hecho de que nunca lo sabré. Mi padre se sorprende a menudo de lo mucho que recuerdo de mi infancia. A veces le hablo de algo que ocurrió hace años y resulta que él ya lo había olvidado y lo evoca solo después de que yo lo mencioné. Los detalles de lo que le cuento son coherentes con sus propios recuerdos, pero yo era tan pequeña entonces que, en teoría, es imposible que me acuerde de nada. A veces mi padre habla de algo que pasó hace poco, por ejemplo hace una semana, y entonces soy yo la que se queda en blanco, e incluso dudo de que haya ocurrido. No sé cuál de los dos tiene problemas de memoria, cuál envejece más rápido.

No recuerdo cómo murió mi madre. Cuando miro sus fotos solo veo a una desconocida, y eso me hace enfadar. ¿Por qué somos desconocidas? La explicación de mi padre me da aún más rabia: no hay un motivo. Los partos son peligrosos para la madre, el mundo es peligroso, incluso cuando caminamos por la calle nos puede atropellar alguien borracho.

Mi padre no se volvió a casar. En la guardería, la señora me ayudaba a limpiarme el culo y no me dejaba ir al baño cuando me daban ganas, tenía que seguir un horario determinado. Me pegaba si hacía caca fuera de ese horario o si me peleaba con los demás niños. Si lloraba me llevaba una cachetada, si seguía llorando, otra, a ver si lloraba más. Bueno, ese es el trabajo de una madre, y lo que mi madre habría hecho si no se hubiera muerto. De algún modo, esa idea era un consuelo: cuando veía a las madres que venían a recoger a los demás niños, pensaba: “Qué pena, en casa les va a tocar más de lo mismo”. No me duró mucho la ilusión: a los seis años conocí a la familia de Xiao Shu.

Xiao Shu era mi vecino, vivíamos en casas de una sola planta. La suya estaba en la zona central del barrio y la mía en el extremo este. Todos los días, al salir de la fábrica, mi padre me recogía en la guardería y volvíamos juntos en bicicleta. La casa de Xiao Shu nos quedaba de camino. Mi padre era un mecánico especialmente hábil, por lo que lo llamaban Maestro Li, mientras que a otros que entraron a la fábrica al mismo tiempo que él los llamaban Xiao Zhao, Xiao Wang o Xiao Gao. Cuando pasábamos cada día ante la fábrica en la bici, lo saludaban. “¿Ya se marcha, Maestro Li?”. “¿Ya vuelve a casa a cocinar, Maestro Li?”. “¿Ya preparó las briquetas, Maestro Li? ¿Necesita ayuda?”. Muchas veces se acercaban a hablar también conmigo y mi padre siempre les dedicaba una sonrisa, pero casi nunca paraba la bici. Algunas mujeres le hacían bufandas y suéteres rojos, azul marino, casi negros, y él los metía en el armario y les ponía unas bolitas de alcanfor. Según decían, mi padre había sido una persona muy adusta, pero después de casarse con mi madre, a quien trataba muy bien, casi no tuvo problemas con los demás. Empezó a preferir llevarse la peor parte en lugar de pelear. Tras la muerte de mi madre adelgazó muchísimo, pero luego volvió a su peso y aprendió a cocinar. En el taller lo ascendieron a jefe de grupo y le asignaron dos aprendices, ambos hombres. No necesitaba que le sirvieran el té ni les pedía que le lavaran el overol, y les enseñó todo lo que sabía. Usando solo

tres llaves inglesas podía montar un motor entero en dos minutos y cuarenta y cinco segundos. A veces, cuando sus aprendices no cumplían con lo que esperaba de ellos, en vez de ir a mirar a los demás jugar al póquer en la hora del almuerzo, venía a la guardería y me miraba echar la siesta.

La primera vez que hablé con Xiao Shu tenía seis años. Yo era un año mayor que él, así que ya había terminado la guardería y estaba en preescolar, y al año siguiente empezaría a ir al colegio, mientras que él seguía en el último año de guardería. Tenía fama de travieso y todos los vecinos lo conocían. Contaban que una vez los chicos del barrio estaban jugando a pasarse una pelota con las manos, pero cuando le tocó a Xiao Shu le dio una patada y rompió la lámpara del cobertizo en el que jugaban. A varios de los niños les cayó polvo fluorescente en el pelo. En lugar de castigarlo, la profesora fue al Departamento de Comercialización y Abastecimiento a buscar a su padre. Cuando este llegó vio que los niños estaban asustados, les apartó el pelo para examinarles el cuero cabelludo y se fue a comprar dos lámparas nuevas y una bolsa enorme de caramelos de la marca El Gran Conejo Blanco. Luego se encaramó a una silla y puso la nueva lámpara. Las profesoras lo ayudaron y luego lo invitaron a sentarse. Estuvieron un rato charlando y riéndose y comiendo pepitas y luego lo acompañaron a la puerta de la guardería.

El padre de Xiao Shu era un hombre activo, la clase de persona a la que le gusta relacionarse, y nadie sabía por qué tenía tan buenos contactos, pero siempre iba muy bien vestido y gozaba de ciertos privilegios.

La primera vez que hablé con Xiao Shu fue en un atardecer de verano. Yo quería cambiarle el helado que me estaba comiendo por una caja de cerillos que tenía él.

Habría de recordar aquel atardecer muchas noches en los años siguientes. Al principio lo hacía voluntariamente, pero más adelante se convirtió en una especie de automatismo para evitar que el recuerdo se distorsionara o se perdiera en la oscuridad como tantas otras noches.

Me gustaban los cerillos y a menudo se los robaba a mi padre para quemar cosas. En general yo era una niña buena, callada y que se aguantaba las ganas cuando no la dejaban ir al baño. Una vez, de hecho, aguanté tanto que me desmayé mientras me temblaban los dientes. Pero me gustaba el fuego, me gustaban los cerillos, me inmovilizaban. Una vez quemé una carta que mi madre le había escrito a mi padre, y fue una de las pocas veces que me puso la mano encima, aunque no me pegó demasiado. Después de aquello dejó de haber cerillos en mi casa. Aquel atardecer le robé a Xiao Shu los suyos y convertí la caja en una bola de fuego. Llevaba tanto rato reprimiendo el deseo de tocarlos que ni me di cuenta de que me había chamuscado la piel de los dedos. La bola describió una parábola y se apagó. Rompí a llorar, no por miedo sino porque sentí que esa forma de jugar era un lujo.

Mi padre estaba avergonzado, pero odiaba pegarme, así que se limitó a decir: “Esta niña, Xiao Fu, mírala, mira a esta niña”. Fu Dongxin me preguntó: “¿Te gustan los cerillos?”. Yo agaché la cabeza, me toqué la piel chamuscada y no respondí. Fu Dongxin me preguntó por qué y no dije nada. Mi padre me empujó suavemente el hombro con un dedo. “La tita Fu te está hablando”. Sin levantar la cabeza dije que era bonito, y ella me preguntó a qué me refería. “El fuego”, dije, “el fuego es bonito”. Fu Dongxin dijo: “Ven aquí”, y me acerqué. Me tomó la mano y la miró, luego levantó la cabeza y le dijo a mi padre: “A lo mejor esta niña llega a ser algo en la vida”. Mi padre le preguntó qué cosa era ese algo. “No sé”, respondió Fu Dongxin, “pero tiene curiosidad. Xiao Shu es muy pequeño y no se está quieto. Cuando le enseñamos algo, lo olvida muy rápido”. “Tiene cuatro años, déjalo que juegue”, dijo mi padre, pero Fu Dongxin no parecía escucharlo. “Si confías en mí, tráela a mi casa por las noches, después de cenar, y también los fines de semana. Tengo muchos libros, y de niña también me gustaba jugar con fuego”. Mi padre dijo que no podía causarle semejante molestia, y Zhuang Dezeng intervino. “No es molestia”,

aclaró. “Ahora solo se puede tener un hijo, así nuestros niños pasarían tiempo juntos y tú tendrías algo de tiempo libre. Dongxin tiene demasiadas cosas en la cabeza; ¿qué quieres, que me las cuente a mí?”. Se rio. Mi padre me dijo: “Venga, dale las gracias al tito y a la tita”, y yo lo hice. Mientras duró la conversación, Xiao Shu estudiaba en cuclillas el helado, que se había caído al suelo y que ahora estaba cubierto por hormigas, muchas de ellas atrapadas en la masa de azúcar que se derretía.

El día siguiente era laborable, y lo pasé esperando a que llegara la noche. Pero mi padre no dijo nada de lo que había acordado con los vecinos, encendió el hornillo y se puso a cocinar como de costumbre. Puso la mesita en el kang* y cenamos en silencio, uno enfrente del otro. Nos fuimos a dormir y yo lloré bajo el edredón mientras escarbaba la pintura de la pared y me la metía en la boca. Lloraba, rascaba y comía, y así me quedé dormida.

Al otro día, cuando me levanté, mi padre ya se había ido de casa y había cerrado por fuera, como acostumbraba hacer cuando salía los domingos. Me lavé la cara y los dientes sin descorder la cortina, y luego fui a la cocina a desayunar. Mi padre volvió todo sudado y con un montón de cosas: medio costillar, dos bolsas de manzanas de la marca Guoguang y una caja de dulces de la marca Qiulin. Me puso ropa limpia y abrió la cortina, revelando al otro lado de la ventana un mundo lleno de luz solar. Se puso un overol que ya estaba blanco de tanto lavarlo y unos zapatos verdes que le habían dado hacía poco en la fábrica. Luego me tomó de la mano y nos fuimos a casa de nuestros vecinos con las cosas que había comprado.

Cuando llegamos, el padre de Xiao Shu estaba lustrando sus zapatos de cuero, y el pequeño jugaba a hacer pompas de jabón. Fu Dongxin estaba sentada en el kang y dibujaba algo. Mi padre preguntó si estaban ocupados, entró en la habitación, dejó las cosas sobre el aparador y me dijo: “Llámala ‘profesora Fu’”.

FU DONGXIN [傅东心]

Ayer, 12 de julio de 1995, Xiao Shu se metió en una pelea. Juntó a varios chicos y fueron a pegarle a uno de los de primero del instituto más cercano. Le rompieron el tabique y le causaron una conmoción cerebral. Me enteré esta mañana mientras le daba clase a Li Fei. Estábamos viendo el Nuevo Testamento, el Éxodo: “Entonces dijo el Señor a Moisés: ¿Por qué clamas a mí? Di a los hijos de Israel que se pongan en marcha. Y tú, levanta tu vara y extiende tu mano sobre el mar y divídelo; y los hijos de Israel pasarán por en medio del mar, sobre tierra seca”. Cuando la tutora de Xiao Shu vino a contarme lo que pasó ayer, él ya se había ido a jugar a la pelota. Le dije a Li Fei: “Quédate aquí, sigue leyendo. No tienes que creer en las palabras, solo disfrutar de lo que te transmitan. Cuando vuelva Xiao Shu, dile que me espere en casa”. Tomé la libreta de la cuenta de ahorros, fui al banco y saqué mil quinientos yuanes. Le ofrecí doscientos a la tutora, pero los rechazó porque dice que durante las festividades ya aceptó regalos del padre de Xiao Shu y que es normal que los chicos se peleen. Eso sí, me advirtió que Xiao Shu tiene que evitar esas peleas de grupo porque los adolescentes no controlan su propia fuerza y un día puede ocurrir una desgracia. Está en primaria y ya les pega a los de secundaria... ¿qué va a hacer cuando sea mayor? Después fuimos juntas a casa del chico, que acababa de salir del hospital. Les di a los padres una cesta de fruta y les puse el dinero en la palma de la mano. Estuvimos un rato charlando. Venden pañuelos de gasa en el mercado de Wu Ai, no pasan grandes penurias y son gente razonable. Cuando terminamos de hablar, me acompañaron a la puerta y me preguntaron: “Siendo tú una persona tan fina, ¿cómo es que tu hijo es tan imbécil?”. No respondí. Me di la vuelta y caminé hasta la parada del autobús.

Cuando llegué a casa, Li Fei y Xiao Shu jugaban con la pelota. Él había colocado dos piedras en el suelo y le había pedido a ella que se pusiera de portera. Justo cuando yo entraba, le pegó tremendo balonazo en la cara y le dejó una marca. Ella negó con la cabeza, fue a recoger la pelota y se la pasó de vuelta a Xiao Shu. En ese momento lo llamé y le dije que me acompañara dentro. Él le dio la pelota a Li Fei y le dijo: “Practica, anda, que juegas como si tuvieras un problema mental”. Ella agarró el balón y entró a casa detrás de Xiao Shu. Me senté en un banquito y le dije a él: “Quédate de pie. Ya llamé a tu padre. Va a volver mañana”. “Mamá”, respondió, “no mientas, mi padre acaba de irse”. Le dije que se enderezara. “¿Qué le acabas de decir a Xiao Fei?”, le reclamé. “Nada”, respondió, y luego: “¿ella puede ser torpe pero yo no puedo decir que lo es?”. Le dije que le pidiera perdón y Li Fei, aún con el balón en la mano, intervino: “Maestra, no lo dijo con mala intención, es que soy torpe”, y él remató sus palabras con un “¿ves?”. Le insistí en que tenía que pedirle perdón. “¡No!”, gritó. “Tú me has enseñado que hay que ser sincero; si le pidiera perdón, no estaría siendo sincero”. “Entonces”, dije, “te pido que te disculpes con sinceridad”. “Imposible”, replicó, y Li Fei le preguntó si quería seguir jugando. Sin mirarla, respondió: “No, y no quiero jugar contigo nunca más”. Ahí intervine, dirigiéndome a ella: “Xiao Fei, desde pequeña siempre has seguido a Xiao Shu, y eso que le sacas un año. ¿Todavía no te has hartado de él?”. Li Fei no dijo nada, así que seguí: “Zhuang Shu, mañana vuelve tu padre, que hable él contigo, yo ya no tengo fuerzas ni para pegarte”. Hace

una hora, llamé a Dezeng desde una cabina para contarle que Xiao Shu había vuelto a meterse en líos y que esta vez incluso juntó a un grupo para pegarle a un chico. Él se enfadó y dijo que volvería de Yunnan al día siguiente. Yo le respondí que mejor terminara lo que esté haciendo, y dijo: “Tranquila, ya casi cerramos el trato. Están muy contentos con las ilustraciones de las cajetillas”. “¿Les parecen buenas?”, pregunté. “Dicen que nunca han visto unas mejores”, respondió. “Entonces quédate, aprovecha que los tienes encandilados”, dije, “intento hablar yo con el niño”. “No, lo conozco”, respondió, “hablar con él no sirve de nada. Además, tengo que volver, los de Yunnan me están preguntando sobre la impresión de las cajetillas. Tengo que hablar con los de la fábrica y ver si podemos subcontratar una imprenta de forma privada, como está haciendo todo el mundo últimamente. La idea es que armemos nuestra propia producción”.

Al darse cuenta de que era verdad que su padre vuelve mañana, Xiao Shu se puso nervioso. “Mamá, el muchacho ese me pegó primero, me pegó con otros chicos, por eso me desquité”. “¿Sabes que pegarle a la gente es un crimen?”, le dije, y las manos me empezaron a temblar. Me miró perplejo: “¿Qué?”. Le repetí: “Que da igual el motivo; pegarle a alguien es un crimen”. “Si me pegan primero, ¿también?”, preguntó, y añadió: “entonces, a partir de ahora todo el mundo va a poder pegarme”. Miré su cara redonda como la de Dezeng, el pelo corto y rígido. Cuánto se parecen, en esta familia que formamos, esos dos.

Apreté las manos para que dejaran de temblar. “Bueno, no hablemos de eso. Hablemos de lo que le dijiste a Xiao Fei. ¿Tanto te cuesta respetar a la gente?”. Se volvió hacia Li Fei: “Xiao Fei, me equivoqué”. “¿Qué quieres decir con eso?”, intervine, “¿te crees que soy idiota?”. “Pero mamá”, replicó, “admití mi error, ¿no?”. “¿Eso es admitir un error?”, le espeté. “Tu amiga Xiao Fei es tímida, deberías protegerla y no solo no lo haces sino que además le haces daño. ¿Qué clase de persona eres? Si estuviéramos en la Revolución Cultural supongo que entregarías a tu propia madre”. “¿Qué es la Revolución Cultural?”, me preguntó, y le dije que eso daba igual y que se tenía que disculpar de corazón. “Hermanita”, dijo, “perdóname, fue sin querer. A partir de ahora, cuando juguemos a la pelota me pondré de portero, y cuando seamos mayores, si alguien te trata mal, lo mataré”. “Bueno”, concedí, “la idea está bien, aunque la expresaste de forma muy retorcida”. Li Fei miró a Xiao Shu y dijo: “No lo olvidaré”. Le pedí a él que saliera al patio para que yo pudiera seguir dándole clase a Xiao Fei. Me respondió: “Mamá, ¿y si me quedo aquí a estudiar con ustedes?”. “Dale”, zanjé, “vete a jugar”.

Nos sentamos en el kang y ayudé a Li Fei a leer el Éxodo contándole aquellas historias que me pareció que iba a ser capaz de entender. Le pregunté cuántos años llevaba estudiando conmigo. “Seis o siete”, dijo. Le pregunté si lo que le enseñaba le parecía interesante. “Sí, me paso los días esperando a que llegue la noche”, respondió. “Desde que te vi supe que tenías talento, y no me equivocaba. Ahora mismo tienes un nivel muy superior al de los estudiantes de secundaria”, dije, y: “recuerda siempre que debes leer y escribir lo que tú quieras. Da igual dónde o cuándo, pero lee mucho y escribe mucho”. Ella asintió y yo seguí: “No falta mucho para tu examen de entrada a la secundaria. Tienes que aprobar”. “Aunque apruebe”, dijo, “la colegiatura sería de nueve mil yuanes. Mi padre también quiere que lo haga, pero yo no quiero”. “No pasa nada”, respondí, “dile que hable conmigo. A tu padre lo despidieron, pero seguro que la situación mejora pronto, así que yo la pago y ya nos devolverá el dinero. Recuerda que, mientras tengas conocimiento y habilidad, no tienes nada que temer. Te tocó vivir en una buena época, cuando yo tenía tu edad no tuve la posibilidad de estudiar”. Me dijo que no pueden aceptar el dinero, y le conté que probablemente no vamos a poder seguir con las clases. Me miró y me preguntó por qué. “Van a echar abajo estas casas”, le dije, “y vamos a tener que mudarnos, así que dejaremos de ser vecinas. ¿Sabes por qué te quería enseñar hoy el Éxodo?”. Me respondió con una

pregunta: “¿Entonces no voy a ver más a Xiao Shu?”. “Te lo enseñé”, seguí, “para que sepas que mientras lo que lleves dentro sea verdadero, mientras sea honesto y real, los montes y los mares se apartarán para abrirte paso, y aquellos que traten de expulsarte serán castigados. No lo olvides cuando crezcas. Ni siquiera cuando llegues a vieja”. Li Fei se quedó mirando la ventana en silencio. No sé si me entendió.

LI FEI [李斐]

Todos los domingos de mi memoria son soleados. Cada domingo, mi padre abría las ventanas, ponía un barreño de agua junto al kang y limpiaba los cristales. Luego echaba el agua sucia al patio y lavaba a mano las sábanas y las fundas de los edredones. Las escurría por partes, las desplegaba en el aire y las tendía en el patio, que se llenaba del perfume del jabón. Después solía sentarse a fumar un cigarro, y al terminar se ponía a limpiar la hornilla y el suelo. Sus grandes brazos eran como remos que iban pasando por todos los rincones de la casa. Por último, daba cuerda al reloj de pared. Abría una tapa roja que tenía, agarraba una llave, la metía y la giraba, “cra, cra, cra”, con las piernas cruzadas y el cuello estirado. Parecía que estuviera viendo algo al otro lado de la esfera.

Daba la impresión de que las fábricas hubieran colapsado súbitamente, pero en realidad hubo ciertos síntomas previos. Pasó un tiempo durante el que en la tele se solía decir que el país tenía una carga muy pesada encima y que el pueblo debía ayudarlo a sostenerla, como si el país fuera una joven viuda. Mi padre seguía yendo al trabajo, pero a veces volvía con el overol puesto, porque no había llegado a sudar.

El día que le llegó la notificación de despido, yo estaba en casa prendiendo la hornilla. Me gustaba mucho hacerlo; las llamas pasaban poco a poco del hogar al horno. Me quedaba embobada ante aquel corazón que nacía entre mis manos. No volteé a mirar a mi padre cuando entró. Una nube de humo se revolvió en el horno y me entró en los ojos. Me enjuagué las lágrimas y me di cuenta de que mi padre ya estaba a mi lado, en cuclillas, y me ayudaba añadiendo leña. Tenía el mentón desviado, un ojo morado y los labios hinchados. Le pregunté qué había pasado. “Nada”, dijo, “me he caído de la bicicleta”. Y tras una pausa: “Hoy comemos jiaozi”. Metió la cabeza bajo el grifo y se limpió la sangre de las comisuras de los labios. Luego puso agua a hervir y agarró la tabla de cortar. Aunque tenía las manos muy grandes, preparaba los jiaozi a toda velocidad. “Tac tac tac”, picaba el relleno, lo ponía en las tortas de harina y las cerraba. Las iba colocando sobre unas bandejas de bambú que se llenaban enseguida.

Durante la cena bebió baijiu.* Casi nunca bebía, y la botella de Laolongkou que había sacado del estante estaba cubierta de polvo. Le quedaba poco para terminársela cuando dijo: “Me despidieron”. Musité un “ah” y siguió: “No pasa nada, encontraré una forma de sobrevivir, tú céntrate en tus estudios”. “Así que no te caíste”, dije, y me respondió que no. “Entonces, ¿qué pasó?”. “Estaba pensando en qué puedo hacer”, dijo, “y se me ocurrió que tal vez pueda vender huevos cocidos en té. Alguna vez me fijé en que a los vendedores de la plaza se les terminan muy rápido”. “¿Por qué te despidieron a ti?”, pregunté. “Despidieron a casi todos los empleados”, aclaró. “La fábrica ya no funciona”. Murmuré algo. “Al salir del trabajo”, continuó, “fui a la plaza a ver a los vendedores de huevos. Estaba por marcharme cuando aparecieron unos tipos uniformados y se pusieron a patear los hornillos de los vendedores. Una mujer se negaba a abandonar su olla, no la soltaba, y uno de los tipos la agarró del pelo y la empezó a arrastrar hacia el coche. Corrí hacia ellos y lo jalé del hombro”. “¡Papá!”, dije. “Eran muchos”, siguió, “si yo aún fuera joven todo habría salido bien, pero ya estoy viejo”. Miraba con mucha atención su

mano derecha. “Ya no puedo tumbar a nadie”. “Pero me tienes a mí, papá”, dije. “Mi idea era venir por un cuchillo”, dijo, “pero te vi encendiendo el hornillo, ahí, tú, encendiendo el hornillo, y tuve miedo de morirme”. “Papá”, le respondí, “no quiero hacer el examen de acceso a la secundaria, está bien que me asignen cualquier escuela de por aquí”. Se levantó y me miró. “Ya te dije que te centres en los estudios. No me hagas repetírtelo”. Apuró el licor, recogió los boles y los palillos y ya no dijo nada más en toda la noche.

ZHUANG DEZENG [庄德增]

Un verano, ya no recuerdo cuál exactamente –esos años pasaron muy rápido y en mi memoria están todos mezclados–, pero debía de ser cerca del comienzo del nuevo milenio, estaba en un viaje de negocios en Pekín cuando recibí una llamada. “Director Zhuang, van a derribar al presidente, tienes que hacer algo”. Quien llamaba era un obrero jubilado de la fábrica; dirigirla había tenido como efecto secundario pasar a estar a cargo de gente como él. “¿Qué presidente?”, pregunté. “El de la Plaza de la Bandera Roja, el que mide seis metros. Lo van a derribar pasado mañana”. Sabía a qué estatua de Mao se refería, de pequeño vivía cerca. Posaba con la mano extendida, los carrillos llenos, la sonrisa amable, como queriendo alcanzar algo. En verano y en otoño los niños volábamos cometas a su alrededor, y en invierno jugábamos trompo. Pregunté por qué lo querían derribar. “Van a poner un pájaro”, fue la respuesta que recibí. “¿Un pájaro?”, pregunté. “Sí”, me contó el obrero, “lo llaman Pájaro Solar, es una estatua amarilla. Parece ser que la diseñó un extranjero. Mide dos metros más que el Presidente”. “No soy el Secretario del Partido de la ciudad, no sé por qué me llamas a mí. Los vivos no debemos luchar por los muertos. Vete a casa y, mientras te sigan pagando la pensión, no te preocupes por esas cosas”. Colgué nada más terminar la frase.

Al día siguiente tomé un vuelo de regreso, y al llegar tuve que atender a un grupo de invitados. Fuimos a unos baños y nos quedamos hasta muy tarde. Yo dormí allí, y cuando me desperté ya era mediodía y todos se habían ido. Al salir, la recepcionista me mostró un montón de pulseras numeradas, y pagué por el grupo entero. Luego llamé a mi chofer para que me llevara a casa. En algún momento tuve que pedirle que parara para vomitar. El licor de la noche anterior me subía de la tripa, parecía un chorro de lava que me aplastaba el esófago. Vi un grupo de ancianos. Aunque era obvio que estaban jubilados, llevaban overoles de trabajo y caminaban a mitad de la calle siguiendo un patrón, como un cuadrado, aunque tampoco es que fueran en formación. Ninguno hablaba. El chofer dijo: “¿Pasó algo? ¿Van a hacer gimnasia o qué?”. Yo tampoco sabía qué era aquello, así que hice un gesto con la mano para quitarle importancia al tema y me eché en la parte trasera del coche. Al llegar a casa me di cuenta de que los ancianos iban a la estatua del Presidente. Le dije al chofer que se fuera y me senté en el bordillo. Tenía los pantalones limpios, y los zapatos de cuero también. Recordé cómo, pocos años atrás, caminaba por la meseta de Yunnan-Guizhou con unos pantalones de traje que siempre iban cubiertos de polvo y unos zapatos de cuero que no tardaban en romperse. Miré el reloj. A esa hora, Zhuang Shu debía de estar en el colegio, y Fu Dongxin echándose la siesta. Desde que dejó su empleo, las siestas se fueron volviendo cada vez más largas, parecía que su trabajo actual fuera ese, dormir. Me levanté y paré un taxi. Dije: “A la Plaza de la Bandera Roja”.

Una mampara protectora me separaba del conductor, que llevaba una gorra gris y uniforme de taxista. Lo raro es que también llevaba mascarilla, aunque era un mediodía de agosto y hacía mucho sol. En el retrovisor me encontré con sus ojos, que también me miraban. Uno de los rabillos tenía una forma particular, se doblaba hacia abajo de forma repentina. Aparté la mirada.

“¿A la Plaza de la Bandera Roja?”, dijo con los dedos ya sobre el cartel de “libre”. “Sí”,

respondí, y lo apagó con un gesto. Habríamos recorrido un kilómetro cuando vi la gigantesca mano del Presidente, pero justo entonces nos encontramos un embotellamiento. Resultó que los ancianos que yo había visto solo formaban uno de los grupos. Otro cruzaba lentamente ante nosotros, aunque estos ancianos llevaban un uniforme diferente y de otro color. El taxista sacó el cuerpo por la ventanilla para mirarlos, no les pitó ni nada, solo los miraba. “No tienen nada mejor que hacer”, dije. “¿Quiénes?”, preguntó él, y yo señalé hacia adelante. “Y entonces, ¿tú a qué vas?”. Me quedé bloqueado durante un segundo. “Yo voy a hacer otra cosa, no tiene nada que ver con la estatua del Presidente”. “Claro, tú no llevas ropa de trabajo”, convino. Me volví a quedar helado. “¿Nos conocemos?”, dije. “No”, respondió, “¿por qué lo dices?”. “Por nada”, respondí, “es que siento que el tono de la conversación es un poco raro, y me da la impresión de haberte visto antes”. “Tú”, dijo, “eres un hombre decente, y yo un tipo que se gana la vida con las manos. No me sobreestimes”. Me quedé sin palabras. Quizá había bebido demasiado la noche anterior y por eso mi cerebro no terminaba de arrancar.

Poco a poco fuimos llegando, por fin, a la rotonda que rodea la plaza, y él me preguntó a dónde quería ir en concreto. “Da vueltas alrededor de la plaza”, respondí. “¿No ves el tráfico que hay?”, replicó. “Haz lo que te digo”, dije, “yo te pago el tiempo extra”. “Ah, qué poderoso es el dinero, ¿eh?”, espetó. Me enfadé. “¿Qué te traes, hablándome así?”, le solté. “Soy taxista”, dijo, “no tu sirviente”, y concluyó: “Bájate”. Miré el espejo retrovisor pero él no me miraba, estaba esquivando con mucho cuidado el coche de adelante. Me fijé en que tenía una cicatriz. Un cabrón, el caracortada ese. La gente así o es habladora o es más terca que una mula. Si me bajaba en aquel momento ya no iba a encontrar otro taxi en el que volver, porque todos los cruces estaban bloqueados y una marabunta de ancianos se encaminaba a la plaza, eran como una corriente de agua que iba fluyendo entre los coches. “Hace calor, vamos a tranquilizarnos”, dije. “Demos una sola vuelta y luego volvamos a mi casa”. No respondió, se limitó a escorar hacia el carril interior de la rotonda. Por la ventanilla vi que había una multitud agolpada en la Plaza de la Bandera Roja, sentada alrededor de la estatua del Presidente. Las grúas y las excavadoras del equipo encargado del derribo estaban aparcadas en un rincón. Junto a ellas, unos policías sostenían altavoces pero no anunciaban nada, solo bebían agua. Las canas de los ancianos sentados bajo el sol emitían una especie de luz fría. Un hombre mayor, como de unos setenta años, dirigía el cántico de sus compañeros con un palito desde debajo de los pliegues de la camisa del Presidente. A su derecha otro anciano, sentado en un taburete plegable, tocaba el acordeón y sostenía un cigarro entre los labios. De vez en cuando tensaba la boca para dar una pitada. “Desde Pekín, la montaña dorada lo alumbra todo. El Presidente Mao es el mismo sol, tan cálido, tan amable. Ilumina el corazón de los siervos liberados. Caminamos en la felicidad de la gran vía socialista. ¡Ah! ¡Qué gozo!”.

Del cuello del Presidente colgaban unos cordones cuyos extremos tocaban el suelo y que se mecían con el viento. Algunos obreros se habían sentado detrás de la estatua, bajo la sombra que arrojaba, como si lo que pasara al otro lado no fuera con ellos; cuando los ancianos terminaran con su protesta, apenas les costaría derribarla. Recordé que una vez, cuando era pequeño, unos niños y yo nos pusimos justo ahí y miramos hacia arriba, hacia la nuca del Presidente. Uno preguntó: “¿La cabeza del Presidente era de verdad así de grande?”, y otro le respondió: “Qué estupidez, sería un monstruo si tuviera una cabeza así”. Su hermano le soltó un tortazo. “Joder, pero ¿es que tú has visto al Presidente, pedazo de bocón?”. Yo pensé que si la cabeza del Presidente era de verdad así de grande, con la tela que se había usado para hacer su gorra militar, se podrían haber fabricado un montón de gorras para nosotros. ¿Cuántos pantalones habrían podido hacerse con la tela de sus pantalones militares? Luego pensé que no podía ser, que la

cabeza del Presidente debía ser de tamaño normal, quizá grande, pero no tan grande. Una de las veces que recibió a los Guardias Rojos se veía que su cabeza era más o menos del mismo tamaño que la de ellos. ¿O es que los miles de guardias también tenían la cabeza enorme? ¿Era eso posible? No: algunas personas de mi escuela habían estado allí en aquella ocasión y su cabeza era del mismo tamaño que la mía.

El tráfico avanzaba lentamente y todos los conductores y los pasajeros –en vehículos privados, camiones o taxis– tenían tiempo de sobra para mirar la plaza. Y todos miraban a los ancianos. Hacía muchísimo tiempo que no iba por allí; desde la mudanza, apenas había vuelto. Si esto fuera un pueblo, aquella estatua habría sido como el árbol grande de la plaza. Había algunos nidos en el Presidente, los pájaros siempre volvían al atardecer y alguno me había cagado encima alguna vez. Allí mismo, cuando era un joven sin oficio ni beneficio había pasado muchos crepúsculos admirando la puesta de sol. Me di cuenta de que casi había olvidado esa época, como si todo aquello no hubiera ocurrido, como si yo me hubiera convertido en un instante en lo que había llegado a ser.

“¿Sabes cuántos hay ahí abajo?”, preguntó. “¿Cómo?”. Casi habíamos completado una vuelta y me daba la sensación de que íbamos más lento que el resto de los coches. “Da igual. ¿Ahora a dónde vas?”. Miré a la plaza. Todo estaba detenido, como en un dibujo. “Vuelvo al sitio del que salimos”, dije. Aceleré y metió la segunda. “Dime, ¿por qué crees que participan en la sentada?”, me preguntó después de un rato. “Supongo que por nostalgia”, dije. “No”, replicó, “son infelices. Se preguntan: ‘si el Presidente Mao siguiera vivo, ¿se atrevería el Partido a hacer esto?’”. “Puede ser”, dije, y: “A lo mejor es una forma de expresar el rencor que sienten”. “Me recuerdan a los delfines”, dijo él. “¿Perdón?”, inquirí. “Leí en una noticia que un grupo de delfines se suicidó en la playa porque el mar estaba contaminado. Era como un cementerio, montones de delfines tiesos en la orilla, todos muertos y alineados”. No dije nada. “Así son los cobardes”, continuó. “De hecho, los delfines también tienen dientes, y bastante afilados. Aunque con setenta años uno todavía puede sostener un cuchillo. Los humanos tenemos que esperar al día de nuestra muerte para saber si nuestra vida ha merecido la pena. ¿Tú qué crees?”. “No es para tanto”, fue mi respuesta, “a lo mejor si aguantamos lo suficiente llegará la esperanza”. “Hm, puede ser”, musitó, “pero esperanza no tenemos mucha, se la queda toda la gente como tú”. Cada vez estaba más seguro de que ese hombre me conocía. Deseaba que se quitara la mascarilla y verle la cara, pero era imposible. Me esforcé por hallar en mi memoria su tono de voz, su postura, pero siempre había algo que no encajaba; estaba ahí y al mismo tiempo no estaba.

Al llegar, volvió a encender el cartel de “libre”. “Veintinueve yuanes”, dijo, y: “¿Sabes cuántos hay ahí abajo?”. Saqué la cartera y espeté un “¿Perdona?”. “Los soldados que protegen al Presidente desde el pedestal”, aclaró. “¿Cuántos son?”. “Sé que los he contado alguna vez”, dije, “pero ya lo he olvidado”. Recibió el dinero en silencio, y cuando abrí la puerta y bajé del coche se asomó por la ventanilla y dijo: “treintaiséis; veintiocho hombres y ocho mujeres. Cinco llevan brazaletes, nueve llevan gorras militares; siete, cascos de acero; tres, ametralladoras y dos, espadas en la espalda”. Después de decir eso pisó el acelerador y se marchó.

ZHUANG SHU [庄树]

Contravine los deseos de mi padre y él dejó de ayudarme, pero por eso mismo, en cierto sentido me sigue ayudando: me cortó la retirada, eliminó cualquier posibilidad de que vuelva al camino trazado por él. Una vez mi madre estaba de viaje en el Reino Unido y nosotros dos llegamos a un acuerdo: durante cinco años yo no podría pedirle dinero a no ser que dejara mi trabajo. En realidad, lo del acuerdo fue cosa mía, y el plazo que me impuse a mí mismo fue mucho más largo. Mi relación con mis padres es rara. Mi madre nunca me ha tenido mucho apego; siempre estuvo entregada a otra niña, una vecina. Pasaba más tiempo con ella que conmigo. Como a mí no me interesaban los libros, le daba clase a la vecina. Le enseñó todo lo que sabía. Cuando la niña cumplió doce años, nos mudamos y perdimos el contacto con ella. Hace poco leí el diario de mi madre (no lo tiene muy bien escondido, aunque ella piensa que sí) y me enteré de que llevaba años intentando –sin éxito– averiguar su paradero. Era como si nunca hubiera existido, como si los largos ratos que pasaron sentadas leyendo en el kang, junto a la mesita, hubieran sido arrojados al aire y se hubieran desvanecido. Más tarde, se aficionó al turismo y al coleccionismo, y ahora nuestra casa está llena de cuadros, figuras de porcelana y souvenirs. Mi padre le ha reservado una habitación muy amplia para que ponga sus cosas; allí se mezclan hermosas y singulares obras de arte con muñecos baratos y reproducciones para turistas. Sorprendentemente, la combinación no produce extrañeza.

El negocio de mi padre eran las cajetillas de tabaco, y durante un tiempo consiguió una suerte de monopolio gracias a sus contactos y a sus tejemanejes, y más que cajetillas parecía que imprimiera dinero. Después se metería también en otros sectores como el inmobiliario, el de la restauración, el de los talleres de autos y el de los productos relacionados con la maternidad. En tercero de carrera una vez fui al cine con una chica y, mientras nos besábamos, vi por el rabillo del ojo que mi padre era uno de los productores de la película. Siempre ha sido un hombre honrado y con una enorme fe en mi madre. Dejó de fumar cuando empezó a fabricar las cajetillas. En casa apenas hablaba del negocio, de sus alianzas y sus enemistades. Me parece que para él son elementos indispensables que se necesitan y al mismo tiempo se extenuan entre sí. Siempre pensé que, cuando bebía, aunque acabara ciego y perdido, conseguía volver a casa porque mi madre estaba allí y era como un faro. Ella normalmente no le reclamaba nada y se limitaba a prepararle unos tallarines. A veces, mi padre se desplomaba nada más llegar; entonces ella lo llevaba a la cama y cerraba la puerta de la habitación. Él siempre dice que yo salí rebelde y que no me parezco a ellos, pero en realidad soy un miembro pleno de la familia: terco, serio, estoico e incapaz de olvidar. Y cuanto mayor me hago, más se acentúan esas características en mí. Lo que pasa es que mis padres no me conocen.

En bachillerato me metí en una pelea de grupo. A los demás los dejaron irse, pero a mí me hicieron pasar la noche en el calabozo porque la había organizado yo. Me habían hecho una heridita, un corte en la ceja, y el policía que estaba de guardia me trajo unas tiritas y se sentó a charlar conmigo al otro lado de los barrotes. “¿Sabes qué futuro les espera a los pandilleros?”, preguntó. Me acuerdo de que era muy joven, tenía menos barba que yo. Me limité a ponerme dos

tiritas en forma de X en el corte y no respondí. “O se convierten en criminales reincidentes”, continuó, “o se vuelven gente totalmente normal”. Yo seguí callado. “Te crees que eres la leche, ¿no? A ver, ¿qué piensas hacer con tu vida?”. No respondí, me quedé cruzado de piernas encendiendo el mechero una y otra vez. “¿Sabes cuántos policías mueren al día en nuestro país?”, preguntó, y tras unos segundos de silencio, continuó: “He estado ojeando tu expediente, acabas aquí cada dos por tres, y siempre por salir en defensa de alguien. Así que te lo repito: ¿qué vas a hacer en el futuro? ¿Alguno de tus amigos se ha volteado siquiera a mirarte al irse de aquí? ¿No viste que todos se marcharon en cuanto tuvieron oportunidad?”. “Que te valga verga”, dije, “si tienes huevos entra aquí y nos damos en la madre”. “¿En la madre?”, replicó. “Si te puedo matar de un tiro. No sería un delito. ¿Tú sabes disparar? ¿Sabes siquiera sostener una pistola?”. Se quedó callado un segundo y añadió: “Mocoso”. Metí la mano entre los barrotes y lo agarré de la camisa. Ni se inmutó, solo dijo: “Toca, toca. Esto es un uniforme de policía. Ayer un traficante apuñaló a sus padres para robarles seiscientos yuanes. Antes de morir, el padre le dijo dónde estaba el dinero y le metió prisa para que se escapara antes de que llegara la policía. ¿Tú crees que podrías enfrentarte a alguien así, mocoso? Hoy acabo contigo y mañana voy por él. Pendejo”. Al terminar, me luxó la muñeca. Yo hice un esfuerzo por no expresar dolor, pero no pude evitar abrir la mano. Al irse, ni me miró. Oí cómo se cerraba la puerta y sus pasos en la lejanía.

En los años siguientes, no olvidé su aspecto ni su número de placa. Era auxiliar, técnicamente ni siquiera era policía. Un tiempo después me enteré de que no podía portar un arma. Un par de años más tarde, detuvieron a un amigo mío por un altercado violento. Le pedí dinero a mi padre y fui a intentar sacarlo. En aquel entonces yo tenía diecinueve años, repetía el último curso de bachillerato y era un habitual en la comisaría. Cuando entré, alguien me dijo: “Hacía mucho que no te veíamos por aquí, ¿te metiste al negocio de tu padre?”. Le dije que no y le di el número de placa de aquel policía de las tiritas. También describí su aspecto; quería verlo y no sabía por qué. Su figura se me venía a la memoria de forma recurrente; muchas veces, cuando me llamaban para una pelea, me acordaba de él. Otro me preguntó para qué lo buscaba. “Solo pregunto”, respondí. “Alguien ajustó cuentas con él”. Lo miré, esperando a que siguiera. “Murió al lado de su casa, lo apuñalaron por la espalda”, dijo. “Su mujer lo esperaba con la comida ya lista”. Nada más terminar, agarró el dinero y se metió en el cuarto de al lado. Yo quise preguntar si habían encontrado al asesino, pero apenas pude mover los labios, mi garganta no respondía, como si hubiera algo obstruyéndola. Al verme, mi amigo sonrió y vino hacia mí, pero yo me di la vuelta y me largué.

Desde que me admitieron en la Academia de Policía hasta que me gradué, mi madre apenas me dirigió la palabra. Poco antes de entregar la solicitud, un día, me preguntó de repente: “¿De verdad quieres ser policía?”. “Sí”, respondí. “Si no te ves capaz, no lo hagas”, me dijo. “No es eso”, respondí. Era temprano, estábamos los dos a la mesa, desayunando. Ella dio un sorbo a su vaso de leche y, limpiándose con delicadeza la espuma de los labios, me miró y me preguntó por qué quería ser policía. “Todos vamos a morir antes o después, ¿no?”, fue mi respuesta. Asintió. “Quiero hacer algo que sea bueno para los demás y también para mí, y no hay muchas cosas así”, dije. “Muy bien”, aceptó. Bajó la cabeza y se concentró en su leche. Después me enteraría de que le pidió a mi padre que, si no conseguía pasar el examen de ingreso, moviera sus influencias. No sé por qué hizo eso. A lo mejor no le importaba a qué me dedicara; hiciera lo que hiciera, no sería el tipo de persona que ella quería que fuese. Pasé cuatro años en la Academia y no me visitó nunca, ni siquiera cuando, por primera vez en mi vida, me gradué de algo con honores. Pero mi padre sí vino, y me invitó a comer a un restaurante de comida occidental. Me dijo que mi madre

estaba en Sudáfrica y que no había sido capaz de ponerse en contacto con ella, pero que me había hecho un regalo. Era un dibujo. En él, se veía a un niño entre dos piedras que hacían las veces de portería. Una niña estaba a punto de golpear el balón. Era un dibujo sencillo, a lápiz, sobre un folio A4 normal, y no tenía firma ni fecha.

Durante la comida, mi padre intentó convencerme para que fuera a la comisaría central de la ciudad a hacer un trabajo de oficina. Me negué; él pagó antes de terminar y me dejó comiendo solo.

Después de llegar a aquel acuerdo según el cual no me daría dinero en cinco años, fui a casa a buscar parte de mis cosas y me mudé a la residencia que me habían asignado. Habían aprobado mi solicitud de ingreso en la brigada criminal. Los primeros seis meses solo participé en operaciones relativamente sencillas; en esa época nos dedicábamos a lo que llamábamos “barrer fugitivos”. Fui con algunos veteranos a otras provincias y detuvimos a gente en pueblos, sitios de construcción y minas. Eran asesinos que llevaban años fugados, a veces más de una década. No era un trabajo arriesgado. Me acuerdo de uno que acababa de subir de la mina y, al vernos esperándolo, dijo: “Me voy a dar una ducha”. Uno de los veteranos le respondió que no había tiempo, que el coche lo estaba esperando, y se dispuso a esposarlo. Tenía el pelo lleno de carbonilla, y daba la impresión de que cualquiera de mis amigos de la adolescencia habría podido con él. “Quiero volver a casa una vez más para despedirme de mi mujer y mi hija”, dijo. “Que vayan a verte ellas a ti”, respondió el veterano. De camino al aeropuerto solo dijo una cosa: “Ojalá hubieran venido antes, les he arruinado la vida a las dos”.

En septiembre de 2007 pasé a ser oficialmente un agente de la brigada criminal. Ya podía, previa solicitud, llevar pistola durante las operaciones, y si era un caso especialmente importante podía tener siempre el arma conmigo. Ese año, la noche del día 4 de septiembre, un oficial de la Brigada de Delitos Administrativos del distrito Heping fue asesinado de un tiro cuando atravesaba un parque de vuelta a casa después de estar bebiendo por ahí. Habían tirado el cuerpo al lago artificial del parque. Tuvimos una reunión en la comisaría y luego otra para analizar el caso. Era el segundo oficial de esa brigada al que atacaban en un mes; se dedicaban a detener a vendedores sin licencia o a hacer inspecciones en tiendas de barrio. Al primero lo habían golpeado con un objeto contundente en la nuca; cayó muerto en la puerta del edificio en el que vivía. Como me había graduado con una puntuación decente y había destacado en las prácticas, me invitaron a las reuniones. El asesino había usado un arma de la policía, y la munición también era nuestra. Era una pistola tipo 64, con balas de 7.62 milímetros. Al segundo oficial también lo habían golpeado por detrás, pero –según el análisis forense– el golpe no había sido mortal. Se sospechaba que habían usado un martillo o una llave inglesa y que el oficial había intentado escapar, aún herido, pero le habían dado caza y le habían disparado por detrás. Yo no lo conocía, no nos dedicábamos a lo mismo, pero asistí al funeral. La comandancia había determinado que se celebrara un funeral sobrio, y en el retrato que presidía el altar, ni siquiera iba de uniforme. Así vestido, parecía un tipo relajado.

El arma homicida estaba registrada: doce años atrás había pertenecido a un policía llamado Jiang Bufan que había participado como cebo en una operación policial. Había sido un fracaso: el asesino escapó y él quedó en coma después de sufrir varios cortes por fragmentos del parabrisas de un coche y también un golpe en la cabeza. Es difícil decir si tuvo buena o mala suerte. Como estaba de servicio, la policía se hizo cargo de los gastos médicos. Todavía era soltero (aunque ya tenía treinta y siete años), y sus padres lo cuidaron hasta que murió, aún en la cama del hospital, en 1998. En todos esos años no recobró la conciencia. Las dos pistolas de tipo 64 que llevaba, junto a sendos cargadores (catorce balas), desaparecieron en el transcurso de la

operación.

Cuando entró en coma, Jiang Bufan trabajaba en una serie de atracos a taxistas que habían terminado en asesinato y que no se llegaron a resolver. Cuando fue herido, la operación se detuvo. En cuanto a los dos ataques a oficiales de la Brigada de Delitos Administrativos, sin duda estaban relacionados. Ambos eran conocidos porque, en un patrullaje que habían realizado el mes antes de que los asesinaran, le habían confiscado la olla a una mujer que vendía maíz, lo que había dado lugar a una trifulca durante la cual la hija de la vendedora, de doce años, había caído de cara sobre la estufa y había recibido una grave quemadura que le dejó una gran cicatriz. Los dos policías empezaron a aparecer en prensa y en internet y, finalmente, desde el gobierno se dictaminó que la niña se había caído sola y que la responsable era su madre, no los dos oficiales, que solo recibieron una advertencia de Asuntos Internos y pudieron mantener el empleo.

En la segunda reunión, la sala se llenó de humo de tabaco. El jefe a cargo de ese caso, Zhao Xiaodong, también había participado en aquella operación en la que algunos agentes se habían hecho pasar por taxistas para atraer al asesino. Por aquel entonces su mujer estaba embarazada; ahora su hijo ha cumplido doce años y acaba de entrar en el instituto. Su compañero, Jiang Bufan, no había tenido hijos y llevaba ya casi diez años muerto. El padre de Jiang también murió, y su madre, ya anciana, vive con su hija. Zhao no deja de visitarla algunas veces al año, y si en la comisaría un día reparten regalos, siempre le lleva uno. Dijo que no esperaba que el caso de los taxistas resucitara, y que si no lo resolvía antes de jubilarse lo seguiría investigando, y que si no lo resolvía antes de morir le pediría a su hijo que se alistara en la policía y que siguiera investigando. Se hizo el silencio; creo que todo el mundo se preguntaba qué era lo que hacía que aquel caso fuera tan difícil (ahora hay cámaras por todas partes, pero no sirven de mucho en una investigación así). También estábamos pensando que aún quedaban bastantes balas en las dos pistolas.

Por primera vez desde que llegué a ser policía, tomé la iniciativa y rompí el silencio. “Jefe, colegas”, comencé. “Soy nuevo y a lo mejor lo que digo no tiene mucho sentido. Corríjanme si es así”. “Habla tranquilo”, me invitó el jefe Zhao. “Déjate de cortesías”. “He leído el dossier”, seguí, “y he visto las fotos de la escena del crimen. Y he ido personalmente”. El jefe me preguntó cuándo había ido y le respondí que hacía dos días, que había ido en autobús después del funeral del oficial asesinado. “¿Quién te mandó que fueras?”, insistió. “Decidí ir yo mismo a echar un vistazo”, respondí, y me pidió que continuara. “Cuando pasó lo de los taxis, aquello era un terreno en el que se cultivaba sorgo, pero ahora hay unos edificios altísimos en los que los pisos se venden a siete mil yuanes el metro cuadrado. Hoy, lo que antes era un camino de tierra es una calle asfaltada de cuatro carriles. Donde estaban los matorrales en los que encontraron a Jiang Bufan ahora hay un Walmart. El paisaje de las fotos ya no existe”. “Pero ¿tú qué eres? ¿Un puto agente inmobiliario, o qué?”, me espetó. “Para nada”, seguí yo. “Leyendo periódicos de la época y preguntando a la gente de la zona he descubierto que, unas manzanas al este de la escena del crimen, hay una clínica de medicina tradicional que lleva allí más de doce años, es decir, que ya estaba allí cuando ocurrió aquello. Esperé bastante rato en la puerta y, al final, gracias a un señor mayor que salía de ver al doctor, me enteré de que en aquel entonces allí atendía un tal Sun Yuxin. Aquel hombre había sido obrero y, cuando lo mandaron al campo, aprendió medicina tradicional con un curandero del pueblo. Fue despedido en 1994 y al año siguiente abrió una clínica que, para sorpresa de todos –también suya– salió adelante. Murió en la primavera de 2006 de un cáncer de páncreas y ahora el que atiende es su hijo, Sun Tianbo”.

Todo el mundo me miraba. El jefe Zhao apagó el cigarro aplastándolo en el cenicero y dijo, con la vista clavada en mí: “Sigue”. “Aquel caso”, continué, “se saldó con un muerto y con un

herido; el muerto fue Jiang Bufan y el herido fue el conductor del camión, Liu Lei, que se estampó contra el volante y perdió mucha sangre y se desmayó. Después solo recordaría haber visto la parte trasera de un coche rojo. Aquel día llevaba varias jornadas conduciendo sin apenas descansar y, según él mismo, era noche cerrada, así que prácticamente no cuenta como testigo. En el taxi había trazas de sangre, y una analítica confirmó que no pertenecía a Jiang, así que se dio por hecho que era del asesino. Pero a Jiang los pedazos de cristal le dieron cuando estaba fuera del coche. De ahí deduzco que, aparte de él y del asesino, tuvo que haber otra persona en el coche”. “¿Cómo te llamas?”, me preguntó el jefe Zhao. “Zhuang Shu”, dije. “Xiao Zhuang”, prosiguió él, “a partir de ahora estás asignado a este caso. Avisa en casa. Pero luego. Ahora sigue hablando”. “Esa persona”, dije, “se quedó sentada en el asiento del copiloto después de que los dos hombres se bajaran del coche, y cuando el camión chocó con él, el taxi volcó a un lado del camino y esa persona debió de quedar gravemente herida. Jiang cayó al suelo, el asesino le robó la pistola, sacó a la persona del coche y se dieron a la fuga. Eso explicaría por qué la pistola que Jiang había escondido en el coche también desapareció. Si no hubiera habido nadie en el coche, el asesino no habría encontrado la segunda pistola”. El jefe Zhao se levantó y me preguntó: “¿Estás diciendo que crees que fueron a la clínica?”. “Es una hipótesis”, respondí, “no quería levantar la liebre todavía, así que no entré a investigar. Pero intuía que tal vez fuera eso lo que pasó”.

SUN TIANBO [孙天博]

Tras la muerte de mi padre, lo vi dos veces. La primera fue en la biblioteca municipal, una vez que fui a sacar unos libros para Xiao Fei. Soy socio y tengo una de esas tarjetas caras que permiten sacar hasta diez libros al mismo tiempo. No hacía mucho que la habían construido, pero yo ya me la conocía bastante bien. Afuera tiene un césped que incluso desde lejos se ve bonito y en la entrada hay una escalera muy larga, así que da la impresión de que los visitantes están entrando a un templo en la montaña. En las épocas del año en que se hace de noche antes de que la biblioteca cierre, se ve desde la sala de lectura la calle ancha e iluminada, y bajo las farolas pasan innumerables coches oscuros. El interior es bastante sencillo, casi tosco: literatura e historia se concentran en la planta baja, que no tiene más de mil metros cuadrados; de la segunda a la última planta todo son salas de lectura multimedia que no sé para qué sirven. Los libros que quiere Xiao Fei están siempre en la primera planta, así que no he subido nunca.

Siempre que me hace un encargo, cierro la clínica durante el día. Voy por la mañana a la biblioteca, busco los libros, me siento en la sala de lectura y leo el prólogo y el epílogo de cada uno de ellos. Si me interesan, los abro por cualquier página y leo algunos capítulos. Cuando veo que los bibliotecarios pasan a mi lado con sus guantes blancos, caminando despacio y recogiendo los ejemplares que otros lectores han dejado en mesas y sillas, sé que es hora de volver. Aquel día, los diez títulos que me pidió Xiao Fei fueron: el Pentateuco;* El día en que los pájaros desaparecieron del cielo;** Al oeste con la noche; Habla, memoria; La balada del café triste; El fin del mundo y un despiadado país de las maravillas; Los problemas de la filosofía; Mientras agonizo; El sueño eterno y Las correcciones. Dedicué toda la tarde a ojear Los problemas de la filosofía, leí varias decenas de páginas en las que el autor hablaba, principalmente, de una mesa. El tipo habla y habla, pero no resulta aburrido. “¿Hay en el mundo algún conocimiento tan cierto que ningún hombre razonable pueda dudar de él? Este problema, que a primera vista podría no parecer difícil, es, en realidad, uno de los más difíciles que cabe plantear”. Lo que dice tiene sentido, pero no se puede afirmar con un conocimiento totalmente cierto.

Al salir de la biblioteca, metí los libros en un par de bolsas grandes y me dispuse a tomar un taxi. En ese momento vi a mi padre salir del restaurante de tallarines que había al lado de la biblioteca y venir hacia mí. “Te ayudo, pásame una bolsa”, dijo. Me llegaba el olor a ajo que le salía de la boca; siempre le gustó comer ajo, decía que era anticancerígeno. “Puedo solo”, respondí. “Pásamela, anda”, insistió, “tienes los dedos blancos, no te llega la circulación”. No le hice caso y abrí la puerta del taxi. Me dijo que me corriera hacia adentro y se sentó a mi lado en la parte de atrás. “Se te ve cansado, deja que te tome el pulso”, dijo. “Tranquilo, es solo que me estoy acostando tarde”, respondí. “Todo es un poco raro últimamente”, dijo, y asentí. “¿Te conté lo de tu tío Li?”, siguió. “Sí”, respondí. “Bueno, pues te lo cuento otra vez”, dijo. Le dije que bueno. “Poco después de que me mandaran al campo, ingresé en el equipo de guardias de seguridad. Nos encargábamos de atrapar a quienes organizaban apuestas clandestinas. Tu tío Li era el representante local de los zhiqing, nos conocíamos desde pequeños. A sus hermanos y a él los llamaban ‘los tres tigres’. Con él me llevaba mejor que con los otros. Era menor que yo, pero

lo admiraba y prestaba atención a lo que decía y hacía. Cuando nos mandaron al campo, acabamos en la misma aldea y me puso a disolver partidas ilegales para ganar primas y ventajas. Una vez, un tipo intentó escaparse por la ventana; yo extendí el brazo para agarrarlo y me dio una puñalada. Tu tío me llevó inmediatamente a ver al Viejo Ma, que me bloqueó los vasos sanguíneos con acupuntura, detuvo la hemorragia y me salvó la vida. Un tiempo después, Li encontró al tipo y le cortó los tendones de los pies”. “Y esa es la historia”, rematé yo. De repente, dijo: “No puedes dejar que lo lleven preso; si eso pasa, Xiao Fei quedaría huérfana”. “Lo sé”, respondí. “A ella no le metas prisa”, continuó, “tiene un carácter raro, no le gusta la gente, se pasa el día escribiendo sola”. “No tengo prisa; tampoco quiero nada”, dije yo. “Esto es culpa mía”, siguió él, “ya sé que te tocó heredar mi trabajo, pero a veces la vida es así. Cuando Lao Li me contó lo que había pasado aquel día, decidimos que así eran las cosas. Somos de la misma quinta”. “No tiene nada que ver contigo”, repliqué, “tú y el tío Li son amigos; Xiao Fei y yo también somos amigos”. “Bueno”, zanjó él, “si viene Xiao Fei a casa estos días, dile que entre por la puerta de atrás, y si sientes que algo anda mal, dile que no venga y no vayas tú tampoco a su casa”. “No te preocupes”, respondí, “toda la vida te has preocupado demasiado, ahora ve a descansar”. Me dio unas palmaditas en la mano y se fue.

La segunda vez que lo vi fue cuando vinieron los dos policías. Me despertó y me dijo: “Hijo, no te metas en esta bronca”. “Has cambiado”, dije yo, “se te ve más viejo”. “Si ves que no puedes con esto”, me aconsejó, “vete. Tu tío Li te puede proteger. Tú dedícate a cuidar a Xiao Fei y ya”. “Papá”, dije, “esto ya no tiene nada que ver contigo”. Cerré los ojos y me dormí.

FU DONGXIN [傅东心]

Cuando ya estuvo claro que nos mudábamos, aproveché una noche en la que Dezeng no estaba en casa y fui a hablar con Lao Li. Quería tratar dos temas: el futuro (la educación de su hija) y el pasado. Me asomé a la puerta de su casa y vi que estaba en el kang, arreglando el reloj de pared; Xiao Fei estaba en una actividad de la escuela. Era una noche de principios de otoño de 1995, y aún se veían las estrellas desde la ciudad. Me quedé mirándolo abrir el reloj desde el patio, retirar un engranaje diminuto, limpiarlo y volver a ponerlo con un pequeño desarmador. Arriba, Orión nos observaba, arrogante, sosteniéndose el cinturón. El patio estaba lleno de trastos: zapatos, maletines de cuero, el armario del kang, ollas, cucharones. Lo habían puesto todo a la venta; no podían cargar con tantas cosas en la mudanza. A lo mejor el reloj también era para vender, a lo mejor por eso lo estaba arreglando. Toqué a la puerta y Li levantó la cabeza, me miró desde el kang y dijo: “Ha venido la profesora Fu”. “Así me llama Xiao Fei”, respondí. “Maestro Li, ya te he dicho que tú no tienes que llamarme profesora”. Puso en orden las piezas del reloj y bajó del kang. “Siéntese, profesora Fu”, dijo. Me senté y él se lavó las manos con jabón, abrió el armario del kang, sacó una lata y se puso a prepararme un té. “Siéntate tú también”, le pedí, “quiero hablar contigo sobre Xiao Fei”. “Llevo mucho tiempo sentado, prefiero estar de pie un rato”, fue su respuesta. “He visto las notas de Xiao Fei”, dije. “En el último simulacro de examen de acceso supera por más de treinta puntos de diferencia la nota de corte del mejor instituto que hay”. “Es porque la profesora Fu le ha enseñado bien”, respondió. “Yo no le enseñé nada de lo que preguntan en el examen”, dije, “fue ella con su propio esfuerzo”. “Es una chica aplicada”, respondió. Yo seguí: “Me gustaría que no te preocuparas por el precio de la matrícula, tenemos algunos ahorros extra”. “No estoy preocupado”, dijo, “puedo pagarlo. De todas formas, le agradezco la oferta, profesora Fu, pero no podría aceptarla”. “En la antigüedad”, respondí, “cuando los discípulos ya habían aprendido todo lo que tenían que aprender y bajaban de la montaña, los maestros les solían regalar una espada o pagarles los gastos del viaje, así que no seas tan cortés. Si no te parece bien aceptarlo, considéralo un préstamo. Ya me lo devolverás”. Agarró mi taza de la mesita del kang, la escurrió y le agregó agua caliente. “Tómese el té caliente, cuando se enfría es malo para el estómago”, dijo, y siguió: “Yo también tuve discípulos. Les enseñé todo lo que sabía y al final me sustituyeron por ellos, pero no me importa. Hubo un plantón en la plaza en protesta y algunos de mis compañeros participaron en él, pero yo preferí quedarme en casa. Me daba vergüenza; no somos mendigos”. Me eché la mano al bolsillo para sacar el paquete en el que había metido el dinero, pero me detuvo tocándome el codo. “No, profesora Fu”, dijo. “Acepto que me haya hecho la propuesta, pero si lo saca le voy a tener que pedir que se marche”. Tenía unos ojos grandes que brillaban como ascuas. No parecían los ojos de alguien que ha pasado mucho tiempo trabajando en una fábrica; la gente así suele tener la mirada turbia. Solté el paquete y saqué la mano. “Lo entiendo”, dije. “Es cosa tuya. Y de Xiao Fei. Pero no olvides que estoy aquí, ¿vale? Piensa en mí como una vía de escape”. “Usted no es una vía de escape”, replicó. “Cada uno tiene su propio camino. Como le dije, no puedo aceptarlo”.

Pasamos unos segundos en silencio, un silencio solo roto por el tic tac del reloj. Finalmente, hablé yo: “Quería comentarte otra cosa, ya que nos mudamos mañana”. “Dígame”, respondió. “¿Puedes sentarte?”, le pedí, “ahí de pie parece que te estuviera regañando”. Era una noche de septiembre y él llevaba una camiseta interior que dejaba al descubierto unos brazos musculosos, fuertes como las ramas de un árbol. Llevaba un reloj de la marca Gaviota y, aunque había estado trabajando, no sudaba, estaba fresco y limpio. Se ajustó la correa del reloj y se sentó frente a mí, con el cuerpo un poco ladeado y los pies colgando en el aire. “Maestro Li, ¿tú me conocías de antes?”, pregunté. “No”, respondió, “la conocí cuando se mudaron aquí. Luego me enteré de que es usted una persona muy sabia”. “Yo a ti sí te conocía”, le dije. “Ah, ¿sí?”, contestó. “En 1968”, le conté, “unos tipos estaban pegándole a mi padre. Tú pasabas por allí y fuiste a socorrerlo”. “¿Yo?”, preguntó. “No me acuerdo. ¿Cómo está ahora?”. “Tiene demencia”, dije, “y está sordo, pero por lo demás está bien”. “Bueno, así habrá menos cosas que le afecten”, dijo, y prosiguió: “En esa época la gente era así. Yo también le pegué a los demás, solo que eso la profesora no lo vio”. Di un sorbo a mi té. Estaba tibio. “Mi padre tenía un compañero de trabajo”, dije. “Era profesor en la Facultad de Filosofía y Letras, había vivido en los Estados Unidos. Cuando yo era pequeña se juntaban a leer poemas de Whitman y a poner música en el tocadiscos”. Murmuró algo y yo seguí: “Lo mataron los Guardias Rojos en la Revolución Cultural, lo golpearon con un tablón lleno de clavos. Se le quedó incrustado en la cabeza”. “Esas cosas ya no pasan”, dijo. “Esos Guardias Rojos”, seguí yo, “se reunieron en la Plaza de la Bandera Roja y se pusieron a cantar. Se dividieron en dos grupos: uno fue a casa de aquel profesor y el otro vino a la mía, a pegarle a mi padre. Ahí fue cuando se quedó sordo. Y se llevaron sus libros. Al otro lo mataron, y al ver lo que habían hecho no se llevaron nada”. “Sí, a veces pasaban cosas así sin que nadie supiera cómo habíamos llegado hasta ahí”, dijo. “Yo me enteré más tarde”, repliqué, “después de casarme y de tener a Xiao Shu”. Musitó un “hmm”. “El que mató al amigo de mi padre fue Zhuang Dezeng”, añadí. Se quedó un momento en silencio. Después volvió a ponerse de pie y me miró. “Profesora, no debería hablar más de esto conmigo”, dijo. “Ya había terminado”, respondí. “El pasado”, sentenció, “pasado está. La gente cambia, es mejor olvidar, que lo viejo deje paso a lo nuevo. Lao Zhuang ahora es otra persona, quédese con lo mejor de él, es alguien muy bueno”. “Lo sé, lo sé. ¿Puedes sentarte?”, le volví a preguntar. Se negó: “Tengo que ir a recoger a Xiao Fei. Usted debería ser más benevolente con Xiao Shu, vivan su vida”. “¿Te puedes sentar? Me pone nerviosa que no pares de dar vueltas”, pregunté, pero volvió a decir que no, que no tenía tiempo. “De todas formas”, añadió, “Xiao Fei y yo siempre le vamos a estar agradecidos y no la vamos a olvidar. Pero en el futuro, nuestros caminos se separan. No hay nada mejor para alguien que recorrer su propio camino de la mejor forma posible. Hay que mirar hacia adelante; mirar atrás cansa, y no vale la pena. No debemos tener ojos en la nuca, como se suele decir. Si alguien tuviera ojos en la nuca no podría caminar”.

Los días siguieron pasando, tic tac, tic tac, y yo me quedé atrás. Todo siguió hacia adelante, tic tac, tic tac. No volví a ver a Lao Li ni a Xiao Fei. Ellos también se fueron.

LI FEI [李斐]

Estoy sentada junto a la ventana, mirando una hoja de álamo que se mece bajo el sol; ayer, a esta misma hora, la luz incidía sobre otra hoja. Están muy cerca, se superponen, y cuando sopla el viento chocan suavemente, la más ancha con la más estrecha, y sus sombras emiten unas motas de luz junto a la base del álamo. Ya es otoño y empiezan a caer. Quiero dibujarlas, pero temo hacerlo mal y opto por dejarlas tranquilas. Hace mucho que este árbol me acompaña; después del tratamiento para las piernas me suelo quedar aquí, lo miro, lo veo crecer poco a poco, cada vez más alto y fuerte. Veo cómo se llena de hojas, lo veo ponerse frondoso y espléndido y mecerse; luego lo veo perder todo el follaje, quedarse desnudo. Árbol, árbol inmóvil, árbol solitario e inerme.

Me acuerdo bien de la primera mudanza de mi vida. No fue la última, pero fue la que me dejó una impresión más honda. Solo nos llevamos unos cuantos muebles; la casa nueva era la mitad que la anterior, quizá más pequeña incluso. El día que llegamos, el kang estaba frío; mi padre lo encendió y hubo un estallido horrible. La explosión me tiró de la cama y me hice una herida en la cara. El kang se hizo añicos y en su lugar quedó un agujero. Se había acumulado metano dentro y, al ir a encenderlo, explotó. Después de aquello, siempre que llegaba a casa de la escuela me sentaba en un kang nuevo y desconocido a recordar la casa de Xiao Shu, ese patio en el que pasé tantos ratos. Me acordaba de cuando cortó una oruga en dos con una ramita y yo aparté la mirada. “¿Qué pasa?”, preguntó. “Nada”, dije. “Ni sabes”, me increpó. “Ella se come las hojas”. “Bueno”, la defendí, “pero no es su culpa”. O de otro día, cuando aún éramos vecinos, en que le dije: “Se acerca la Navidad”. “¿Qué tontería”, replicó él, “aún quedan tres meses”. “Cuando llegue la Navidad”, dije, “dejaremos de ser vecinos”. “¿Y qué?”, espetó él, “haremos lo que tengamos que hacer”. Yo sabía que la familia Zhuang celebraba la Navidad, y todos los años Fu Dongxin nos regalaba algo en Nochebuena. Un año me regaló un cuaderno, y en la primera página escribió: “Nadie es eterno, pero hay vínculos que sí lo son”. No entendí la frase, pero me gustaba la letra de la profesora Fu, firme, cuadrada, como la de un hombre. Le pregunté a Xiao Shu qué quería que le regalara. “¿Tienes dinero para comprarme algo?”, dijo, y se corrigió: “No, da igual, mi madre ya me regaña bastante”. “Puedo hacerte algo yo misma”, aduje, y él me preguntó qué podía hacer yo. “¿Te gustan los fuegos artificiales?”, pregunté. “¿Como los que hiciste con los cerillos?”, dijo. “¿Te acuerdas?”, quise saber. “Aquellos fueron poca cosa, no me parecieron muy interesantes”, dijo. “Vale, ¿cómo de grandes quieres que sean estos?”, pregunté. “Cuanto más grandes, mejor”, respondió, abriendo mucho los brazos. “Mi madre ni siquiera me compra petardos en Año Nuevo porque le da miedo que se los tire a alguien”. Me quedé pensativa y finalmente dije: “¡Tengo una idea! Al este hay un campo de sorgo. Una vez, mi padre me llevó a pasar unos días a casa de un tipo. Era invierno, y parte del sorgo no se había cosechado, así que estaba seco. Bastó con arrimar una llama para que prendiera. Parecían un montón de árboles de Navidad”. “¿Te atreverías?”, dijo Xiao Shu. “A lo mejor”, seguí, “podemos quemar una buena extensión de campo, hacer nuestro propio campo de árboles de Navidad”. Xiao Shu se puso a aplaudir. “¿De verdad te vas a atrever?”, repitió, y yo le pregunté

de vuelta: “Si lo hago, ¿vendrás a verlo? Si pasas la Central Eléctrica número 4 llegarás al campo que te digo”. “Si tú te atreves, yo también”, fue su respuesta. “¿Sin importar dónde estés?”, pregunté. “Sin importar dónde esté”, aseguró. “¿Y si la profesora Fu no te deja venir?”, inquirí. “Tú no te preocupes por eso, tengo mis trucos”, respondió. “Bueno, entonces ¿a qué hora?”, pregunté. “No demasiado temprano, podrían vernos”, replicó. “¿A las once?”. “Vale”, convine, “pero que no se te olvide”. “Tengo muy buena memoria”, dijo él, “solo me olvido de lo que me quiero olvidar. Allí estaré”.

Tianbo se me acerca y me dice algo. Creo que habla de mis piernas, de lo que les pasa. No me entero bien porque me volví a sumir en el pasado remoto. Pensaba en un día, hace muchos años, en que la profesora Fu estaba dibujando una cajetilla de tabaco. Yo me senté a su lado a mirarla. Era invierno, el kang estaba muy caliente, yo llevaba un suéter que había tejido mi padre y estaba descalza. La profesora Fu me miró, ladeando la cabeza, y se rio: “Tu padre hace muy buenos suéteres”. Yo también me reí, recordando la torpeza de mi padre y el modo en que yo, intentando ayudarlo a evitar que la lana se enmadejara, se la enredé alrededor del cuello. “No te muevas”, dijo la profesora, “voy a dibujarte a ti”. “¿En la cajetilla?”, pregunté. “Sí, voy a intentarlo”, dijo, “te voy a dibujar con el suéter”. “No va a ser muy bonito”, apunté yo, pero ella respondió que sí iba a serlo. “Entonces voy a ponerme los calcetines”, agregué, pero me cortó: “Quieta, ya empecé”. Cuando terminó, me acerqué a mirar el boceto: salía yo, con mi suéter, descalza y sentada en el kang, pero además lanzaba hacia arriba tres huesos de shagai que parecían tres estrellas en el aire. Yo sabía que aquello se llamaba imaginación. La profesora Fu me preguntó: “¿Qué nombre le ponemos a esta cajetilla?”. Yo me miraba a mí misma y no sabía qué decir. “Podemos ponerle Llanura”, dijo la profesora. Me gustó; no sabía qué relación había entre el nombre y la imagen, pero de alguna manera sentí que era el nombre correcto.

Recuerdo otra noche, hace muchos años. Me desperté en una de estas camas y la primera persona que vi fue Tianbo. No era la primera vez que nos veíamos, pero ambos éramos tímidos y no nos habíamos dirigido la palabra. Él estaba sentado al borde del colchón y echaba sobre las sábanas las cartas de una baraja francesa, formando unos dragones muy largos que iban del as al rey y que casi se salían de la cama. Yo me sentía desorientada, tenía un dolor tremendo en la cadera, pero más abajo nada, como si no tuviera piernas. “Tianbo”, pregunté, “¿dónde está mi padre?”. “¿Estás despierta?”, se sobresaltó. “Eso es que estás bien. Él también está bien, está fumando fuera, con mi padre. ¿Quieres jugar a las cartas? Podemos jugar a ‘la concubina’”.* “¿Dónde está mi mochila?”, pregunté yo, y él señaló a la otra cama, donde estaba también mi ropa manchada de sangre. “Tírala”, dije, “no dejes que mi padre la vea”.

Tianbo vuelve a hablarme. Esta vez me entero de lo que dice: “Me da la impresión de que tu pierna izquierda ha engordado”. “Estará hinchada, ¿no?”, pregunto. “No, ha engordado”, afirma. “Al ponerte las agujas he sentido que el meridiano estaba más activo. Intenta mover los dedos del pie”. Lo intento, pero no se mueven. “Te estás equivocando”, digo. “¿Sientes calor en el talón?”, pregunta, y le digo que un poco. “Eso es buena señal”, dice, “vamos a mantenerlo en observación”. “Eres muy optimista”, respondo, “y eso no es bueno”. “Me baso en hechos objetivos”, se defiende. “Aunque, teóricamente, al haber pasado tanto tiempo, ya no hay esperanza, el mes pasado empecé a notar algunos cambios. Si se te partió la columna es muy improbable que te cures, pero últimamente parece que te has recuperado un poco y que han vuelto algunos reflejos que habías perdido. Es raro, pero debe de tener un origen. Lo iremos viendo”. “Es un bonito día”, le digo, “ayúdame a dar un paseo”. “Espera”, me corta, “tengo que contarte algo. Ayer vinieron dos policías”. “¿Lo sabe mi padre?”, pregunto, y me responde que sí. “Pero dice que no pasa nada”, añade. “Por cierto, ayer recogí del suelo una cajetilla para ti.

Creo que es de las que te faltan”. Tianbo saca del bolsillo derecho de la bata una cajetilla de tabaco abierta y aplastada. La agarro y la miro. “Es verdad”, digo, “no la tengo”. “Fíjate en la chica”, sigue él, “en lo bien dibujada que está”. Meto la cajetilla en el libro que tengo al lado y le pregunto: “¿qué querían ayer los policías?”. “Uno tendría alrededor de cuarenta años, y el otro veintisiete o veintiocho”, responde. “Me preguntaron si sabía algo sobre un accidente de tráfico que hubo por aquí cerca. Un policía fue atacado y acabó en coma”. Pasamos un segundo en silencio y continuó: “Yo dije que no sabía nada, que era pequeño en aquel entonces y solía irme a dormir temprano. Me preguntaron si mi padre me había contado algo, si había venido alguien a la clínica esa noche. Les dije que no, que mi padre también madrugaba y se acostaba pronto. Luego preguntaron si teníamos un registro de los pacientes que pasan por aquí, y se lo enseñé. Lo estuvieron mirando un rato y luego me pidieron hablar con mi madre, y yo les dije que, después de que despidieran a mi padre, se habían divorciado y que no sé ni dónde está ni qué hace. Después de eso se fueron”. “¿No tienes miedo?”, pregunto. “Soy médico...”, dice, pensativo. “Pero estos días mejor no vengas ni me llames. Vamos a esperar a que pase. Te he preparado medicamentos para los tres próximos meses. Hazte masajes como te he enseñado”. “Hmm...”, murmuro, y él pregunta: “¿Has trabajado últimamente en tu novela?”. “Sí”, le digo, “pero no está terminada. Cuando esté, te la enseño”. Me dice que descanse un rato. “Voy a ver al paciente que tengo en la consulta. Lleva media hora con una compresa caliente, debe de estar ya bien cocido”.

ZHUANG SHU [庄树]

El jefe Zhao y yo decidimos ir a casa de la madre de Jiang Bufan. Tal vez fuera un pozo seco, pero valía la pena bajar a comprobarlo. A la vendedora ambulante del caso de la quemadura y a su hija las investigamos y las descartamos como sospechosas. Ella es madre soltera y la chica saca buenas calificaciones, fueron indemnizadas y la joven se ha recuperado mejor de lo esperado. No tienen ni el móvil ni los medios para cometer el crimen, y además no parecen tener relación con el caso de los taxistas de 1995. Al jefe Zhao le alegró mucho que hubiéramos encontrado algo en lo de Sun Tianbo. En concreto, lo que encontramos fue: nada. La clínica estaba impoluta: tenía los datos de todos los pacientes, banderas bordadas con mensajes de agradecimiento, saquitos rellenos de arena, agujas de acupuntura, hierbas usadas en medicina tradicional, camas... todo en su sitio. Y dos macetas con sendos jazmines de Madagascar que alcanzaban la altura de una persona. Encontramos montones de cuadernos en los que habían registrado a cada uno de los pacientes. Estaban escritos con dos caligrafías diferentes; la primera era algo más desprolija, la posterior era más pulcra, y los registros más detallados. Salimos de la clínica y volvimos al coche. “Es interesante, el tal Sun parece infalible”, dijo el jefe Zhao. “Sí”, le di la razón, “está todo demasiado limpio”. Me preguntó qué andaba pensando. “Tenemos que encontrar a su madre”, dije. “Sí”, convino. “Pero no hace falta que lo hagamos tú y yo. Que se encarguen en la comisaría. Dame un segundo, voy a llamar”. Hizo la llamada y después nos metimos en el coche a fumar. “¿Queda algo de las pertenencias de Jiang Bufan?”, pregunté. “Sí”, dijo, “la ropa que llevaba el día que murió. Su madre la guardó, sigue manchada de sangre. Dice que la sangre de su hijo no es suciedad, que no quiere lavarla. La ha cargado a lo largo de varias mudanzas”. “Jefe”, dije, “quiero verla”. “Arranca”, ordenó.

La madre de Jiang Bufan vive con su hija mayor al oeste de la ciudad, en el distrito Shashan. En realidad, la zona está entre tres distritos, lo que ha hecho que se desarrolle muy lentamente. Los tres distritos afirmaban su derecho a encargarse de ella, pero ninguno lo hizo. Hubo un principio de inversión inmobiliaria, demolieron las casas bajas y abrieron una zanja enorme, pero no se llegó a construir nada. Diez años después ahí sigue, lo que le ha valido a la zona el sobrenombre de “El Pozo de Shashan”. Su hija mayor abrió allí un pequeño salón de Mahjong que puede albergar seis mesas y cuenta con una pequeña cocina para que los jugadores puedan pedir algo de comer. Hay dos opciones: o tallarines o arroz frito. Cuando llegamos la hija no estaba, había ido a recoger a su hijo, que salía a esa hora de la escuela, y la madre atendía el salón sola, fumando en pipa y charlando en una mesa con uno de los hombres mayores. El tipo estaba diciendo: “Este año me han subido ciento cincuenta yuanes la pensión, no está nada mal. Cuando me muera me van a poder enterrar con dos pares de calzoncillos”. El jefe Zhao le preguntó a la madre de Jiang Bufan si no jugaba, y ella respondió: “Xiao Dong, has venido”, volviendo la cabeza. Le di una bolsa de fruta que le habíamos comprado. “Ya estoy vieja”, dijo, “me cuesta masticar. La próxima vez no me traigan nada”. El jefe Zhao me presentó: “Este es Xiao Zhuang. ¿Podemos ir a hablar a la parte de atrás?”. “¿Qué pasó?”, preguntó ella, “¿lo agarraron?”. Al oír eso, los cuatro jugadores de la mesa de al lado levantaron la cabeza como

accionados por un resorte. “No”, dijo el jefe Zhao, “solo queremos charlar un rato. Hacía mucho que no veníamos por aquí”. Luego se dirigió a los de la mesa: “Señor, es mejor que cierre ya la jugada, el wan que espera nunca va a llegar, usted no es el único que tiene dos”. Los de la mesa se rieron y volvieron al juego.

Como esperábamos, la ropa de Jiang Bufan estaba allí: una chaqueta marrón, un suéter azul oscuro, una camisa gris, una camiseta interior, un pantalón negro de traje, otro añil de lana, un calzoncillo largo de color gris y otro corto, también gris. La madre de Jiang lo había envuelto todo con una tela, parecía una tarta de cumpleaños. “Deje que echemos un ojo”, dijo el jefe Zhao. “Mi salud”, respondió ella, “empeora cada día. He pensado que en el próximo aniversario de la muerte de Bufan voy a quemar la ropa. Me da miedo que la tiren si no”. “Bueno... vamos a echarle un vistazo”, dijo el jefe Zhao. Revisé todas las prendas. No había nada. La sangre ya estaba negra, y habían sacado todo lo que llevaba en los bolsillos. Dije que quería examinarla un poco mejor. “No hay prisa”, dijo el jefe Zhao, “para eso vinimos”. Cuando revisé los pantalones por segunda vez, me di cuenta de que había un agujero en el bolsillo derecho y, siguiendo la pernera, encontré algo abajo del forro. Pedí unas tijeras y corté el dobladillo; dentro había una colilla. La levanté para mirarla a contraluz y vi una palabra escrita en el filtro: Llanura. “Señora”, pregunté a la anciana, “¿qué marca fumaba Jiang por aquel entonces? ¿Se acuerda?”. “Fumaba los Dashengchan”, respondió, “yo misma le compraba dos paquetes al día. Ya no se venden en ninguna parte”. Volví la cabeza, buscando la confirmación del jefe Zhao. “Es así”, dijo él, “yo también fumaba esa marca. Luego dejaron de fabricarlos y me cambié a Hongtashan, y por último a Liqun”. Le pasé la colilla y le pregunté: “Entonces, ¿esto de quién es?”.

De camino a la comisaría paramos en una tabaquería y compramos un paquete de Llanura. Ya no son como en 1995, han ido renovando la imagen de la marca. Nos fumamos uno cada uno. La cajetilla era llamativa: la ilustraba un dibujo de una niña que juega a lanzar huesos de shagai al aire. La imagen era muy pequeña y la impresión poco nítida, pero me dio la impresión de haberla visto antes. El acabado del logo era de gran calidad. “Es un buen tabaco”, dijo el jefe Zhao. “Esta marca ya existía hace mucho, pero no era muy buena y desapareció. Tiempo después volvieron a venderla, aunque en una versión diferente, renovada”. “¿No era buena?”, pregunté. “No”, respondió, “y además era cara, muy poca gente lo fumaba”. “Podemos tirar de ese hilo”, propuse, “en 1995 acababa de salir este tabaco, debía de fumarlo muy poca gente. Podríamos resolver el caso”. “Sí”, dijo. “Jiang Bufan era así, era listo. Qué pena que todos estos años no supiéramos que tenía algo en el bolsillo”. “No es tu culpa”, repliqué, “el bolsillo estaba agujereado. Imagino que en el coche le pidió un cigarro al asesino y, como se dio cuenta de que era una marca poco común, guardó la colilla”. “Menos mal que su madre no quemó la ropa”, concluyó, “o Lao Jiang habría muerto en vano”. “No”, dije yo: “nadie muere en vano”.

Al día siguiente, el jefe Zhao organizó una reunión. No dijo nada de la colilla, no quiso reconocer un fallo en una investigación pasada. Ya habría tiempo de hablar de eso cuando resolviéramos el caso. Se centró en dos puntos. En primer lugar, íbamos a empezar a vigilar de cerca la clínica de Sun. Tendría que haber alguien apostado las veinticuatro horas. Segundo: había que encontrar cuanto antes a la madre de Sun Tianbo.

Pasó una semana durante la cual en la clínica todo estuvo tranquilo. No vimos pacientes extraños ni detectamos intenciones de fugarse en la actitud de Sun Tianbo. Pero localizamos a su madre. Se llamaba Liu Zhuomei, había abierto un pequeño restaurante sichuanés en la parte este de Pekín, cerca del cuarto anillo. Vendía cosas como tallarines mianpi, tripas picantes con pimienta de Sichuan y Ma La Ban. Su socio era un sichuanés que años atrás había sido vendedor ambulante. Arrastraba su carrito de dos metros cuadrados por las calles de nuestra ciudad. El

carro estaba todo parchado de trozos de plástico, y la olla siempre humeaba con el vapor del caldo. Ella solía ir a tomar Ma La Tang al puesto del sichuanés, y cuando Sun Yuxin perdió el trabajo, esos dos acabaron juntos. El jefe Zhao y yo tomamos un avión a Pekín esa misma noche. En aquel entonces, la ciudad se preparaba para acoger los Juegos Olímpicos y había una sensación de caos en el ambiente. En el aeropuerto registraron a todos los pasajeros –también a nosotros, aunque fuéramos policías de otra provincia–, así que llegamos al restaurante después de las diez de la noche. No quedaban muchos clientes y los meseros comían de una olla de tallarines y miraban un pequeño televisor que colgaba de una esquina. En la pantalla se veía El Nido, el estadio olímpico a medio construir, del que bien se podría haber dicho que estaba a medio derruir. Fuimos alternando la mirada entre la foto que llevábamos y la concurrencia hasta descubrir a Liu Zhoumei. Estaba sentada al fondo del restaurante y revisaba las cuentas con un cigarro en la mano izquierda. Para pasar las páginas se mojaba primero los dedos de la mano del cigarrillo. Un montón de mechones blancos resaltaban sobre su pelo teñido de color lino. Le dijimos por qué estábamos allí y no pareció asustarse. Les pidió a los meseros que se fueran antes para poder hablar un rato con nosotros. “Somos paisanos”, empezó, “aunque mi acento ya está muy contaminado. Pero los paisanos nunca dejan de ser paisanos”. Su marido salió de la cocina. Era un hombre de mediana edad, no muy alto, y llevaba unos zapatos agrietados de la marca Anta. Nos sirvió té. “¿Él se puede ir?”, preguntó ella, y el jefe dijo que sí. “Solo queremos hacerte algunas preguntas”, añadió. Ella le dijo a su marido que se fuera y él salió del restaurante, pero no se marchó. Se puso de cuclillas junto a la puerta y empezó a fumar de espaldas a nosotros. “¿En qué año llegaste a Pekín?”, preguntó el jefe. “El 8 de octubre de 1994”, respondió ella. El jefe Zhao le pidió que nos contara cómo fue. “Despidieron a Lao Sun”, empezó. “Había sido carpintero en una fábrica de tractores, fue uno de los primeros en caer. Quiso abrir una clínica con la indemnización y yo me opuse. El alquiler del local y la adquisición de todo el material iban a suponer un gasto enorme. Además, aunque sabía algo de medicina y sus conocimientos eran muy útiles en nuestra vida cotidiana, no tenía claro que eso lo capacitara para tener una clínica, y me daba miedo que se la cerraran en cualquier momento. No me escuchó, y yo no quise darle el dinero (era yo quien lo administraba y quien tenía la libreta), así que me empezó a pegar, me pegaba constantemente con esas manos fuertes que tenía. En aquel momento yo y Sichuancito, como lo llamábamos entonces, empezamos a hacer migas, y le pregunté si quería que nos quitáramos de en medio. Le conté que tenía algo ahorrado, y él me dijo que aunque no hubiera tenido nada ahorrado, le parecía bien que nos fuéramos. El 8 de octubre era fin de semana, Lao Sun no estaba en casa. Le preparé algo de comer a Tianbo y, mientras comía, le pregunté con quién se querría quedar si un día mamá y papá se separaban. Dijo que con papá y siguió comiendo. Esa misma tarde, agarré la libreta y me fui”. “Lo has explicado de forma muy clara”, dijo el jefe Zhao. “Entonces, el 24 de diciembre de 1995 ya no estabas en la ciudad”. “¿En el ‘95?”, preguntó al aire. “No, estábamos en Shenzhen”. El jefe Zhao me miró de reojo y dijo: “La clínica va bien. Tu hijo la ha heredado tras la muerte de Lao Sun”. “El día que me fui”, dijo ella, completamente inexpresiva, “dejé de tener relación con ellos. Tianbo siempre fue maduro, desde pequeño”. Hizo una pausa y quiso saber: “¿Se ha casado?”. El Jefe Zhao le dijo que no y ella murmuró algo. Yo aproveché para intervenir: “Entonces, ¿te llevaste todo el dinero de la familia?”. “Sí”, respondió, “incluyendo la indemnización de Lao Sun. Solo dejé diez yuanes, se los metí a Tianbo en el bolsillo antes de irme”. “Pero entonces”, quise saber, “¿con qué dinero abrió la clínica?”. Me quedé pensando un momento y continué: “¿Sus padres habrían podido ayudarlo?”. “Imposible”, sentenció ella, “los padres llevaban tiempo muertos. Y los hermanos eran más pobres que él”. “Entonces”, insistí,

“¿de dónde salió el dinero?”. “Y yo, ¿cómo voy a saberlo?”, dijo ella, y le pedí que pensara un poco. Pasado un rato dijo: “Había un tipo... un amigo suyo. Siempre fueron muy buenos amigos. Si consiguió un préstamo, seguro que fue él quien le prestó el dinero. Se conocían desde pequeños, los mandaron juntos al campo, volvieron juntos, trabajaron juntos en la fábrica. Siempre estaban juntos. Era un tipo muy bueno, alguien de fiar. No sé qué habrá sido de él”. “¿Recuerdas su nombre?”, dije. “El apellido era Li”, respondió ella, “el nombre... Su mujer había muerto, de eso me acuerdo. Tenía una hija a la que criaba él solo. Era una niña muy buena, muy tranquila, se sabía muchos poemas antiguos y en el barrio decían que se los había enseñado una vecina. A la niña sí recuerdo haberla visto. La llamábamos Xiao Fei”.

ZHAO XIAODONG [赵小东]

Sun Tianbo es un tipo muy interesante. No habla. Les pedí a unos compañeros con mucha experiencia que lo interrogaran, pero no funcionó. No dice nada. No le permitimos dormir, pero tiene la capacidad de dejar que pase el tiempo hasta que quedamos agotados, y aun entonces no se rinde. “Si no sabes nada”, le pedí, “dilo, escribimos que no sabes nada y ya”. Pero ni siquiera eso dijo; se limitaba a masajearse las cervicales de vez en cuando.

Hemos dejado abierta la clínica y hemos puesto a un médico tradicional a pasar consulta. La registramos por dentro y por fuera, pero no encontramos nada. Uno de los agentes dijo que nunca había visto un lugar tan limpio, que era como si allí no viviera nadie. Le pregunté a Xiao Zhuang cuál iba a ser nuestro siguiente movimiento. Desde que volvimos de Pekín, se mostraba desanimado. En el vuelo de vuelta estaba loco por fumarse un cigarrillo. En el camino del aeropuerto a la comisaría se fumó medio paquete de Llanura.

Hemos buscado en el registro a todas las Li Fei de la ciudad y encontramos a una que encajaba a la perfección con la nuestra. Nació en 1982, su padre se llama Li Shoulian; él nació en 1954 y mide un metro setenta y seis. Había sido mecánico en una fábrica de tractores, tenía carnet de conducir y sabía manejar una motoazada. Cuando lo despidieron, desapareció de los registros. De Li Fei encontramos registros de cuando cursó la primaria, pero al graduarse dejó de existir. Todo eso pasó en 1995, así que la información de que disponemos apunta en una dirección clara: Li Shoulian es el principal sospechoso de los robos y asesinatos de taxistas, del ataque al oficial de policía y de los ataques a los agentes de la Brigada de Delitos Administrativos en 2007. Sea cómplice o no, Li Fei sería una testigo muy valiosa. Y todos dejamos una huella. Aunque no sabemos si sigue viva. Pero creemos que Li Shoulian sí lo está. Estos últimos años, todo el mundo ha tenido que actualizar su carné de identidad a la nueva versión, así que quizá se haya cambiado el nombre.

Xiao Zhuang me contó su teoría. Ese año pasaron varias cosas en la familia Li: a él lo despidieron, Li Fei tendría que haber pasado a secundaria y el amigo del padre, Sun Yuxin, quiso abrir una clínica y le pidió un préstamo a Li Shoulian. Él siempre había sido generoso y le dejó el dinero a Sun, lo que hizo que no pudiera pagarle el instituto a Li Fei. Le dije que no lo entendía. “Yo viví esa época”, me contó. “Para pasar a secundaria había que pagar nueve mil yuanes, daba igual que tuvieras el mejor expediente de la ciudad. Mi teoría es que tenían dinero para la matrícula de Li Fei, pero como su padre lo metió en la clínica, tuvo que empezar a atracar a taxistas”. “Hm”, dije, “tiene sentido”. “¿Te acuerdas del primer caso?”, preguntó. “El taxista llevaba un cuchillo en la guantera. Era un militar retirado que hacía el taxi por la noche y tenía un cuchillo para protegerse. A lo mejor el primer asesinato fue un accidente, quizá solo quería atracar al taxista y huir. Pero una vez que se convirtió en un asesino, su modus operandi pasó a ser robar y matar”. “Puede ser”, le dije, “pero ya da igual. Da igual qué ocurriera en aquel primer caso”. “En cuanto al ataque a Jiang Bufan...”, siguió él, “seguramente Li Fei estaba en el coche, y no planeaban robar... quizá iban a la clínica de Sun, a visitarlo o porque les pasaba algo y querían que los viera. Y cogieron el taxi de Jiang Bufan. A él, Li Shoulian le pareció sospechoso

y lo hizo bajar a medio camino. Sobre lo que pasó después ya he expuesto mi teoría”. “Tenemos que considerar”, dije, “la posibilidad de que Li Fei participara también en los robos”. “Sí”, replicó él. “Es posible. Pero es improbable”. Le pregunté por qué decía eso. “Es pura naturaleza humana”, dijo, “un padre no metería a su hija en algo así”. “Carajo”, dije yo, “¿ahora me sales con ese rollo de la naturaleza humana?”. No respondió.

Al día siguiente fui otra vez a casa de Sun Tianbo acompañado de algunos agentes. Estaba muy limpia, parecía que se hubiera preparado por si lo deteníamos. Hice que levantaran el suelo de madera, pero no había nada debajo. Pensé que, ya que estábamos allí, daba igual si explorábamos a fondo, así que abrimos todo aquello que pudiera ser utilizado como escondite, hasta encontrar uno de esos cojincitos de medicina tradicional con una capa de piedras somníferas. Bajo las piedras encontramos un libro de Lengua manchado de sangre y más de setenta páginas de textos fotocopiados. Le mostré nuestro hallazgo a Sun Tianbo, pero no hubo manera de que hablara, era como si no viera lo que le estaba enseñando. Cerró los ojos y se puso a masajearse las sienes. Leí los textos, que componían una especie de novela en la que se hablaba de la vida en un vecindario: lo que pasaba entre los niños, lo que pasaba entre los adultos, juegos con bichos, con canicas, con tazos... parecía un relato de la infancia del autor. Le pasé el paquete a Xiao Zhuang, pero en vez de decir algo interesante me pidió unos días de descanso, aduciendo que no podía más, que estaba fatal de salud. Se los concedí; al fin y al cabo es muy joven, y era la primera vez que participaba en un caso así. Se merecía un descanso. Le sugerí que hablara antes con Sun Tianbo, que era la única pista que teníamos, pero me dijo que no podía, que estaba agotado. Además, quería dedicar unos días a pensar con calma; quizá pudiera descubrir algo, dar con la clave.

La tarde de su tercer día de descanso pasó algo que nos tomó desprevenidos. A principio de año habíamos tenido una campaña de captura de prófugos de la justicia. Lo cierto es que fue una pérdida de recursos; aquellos a los que capturamos, aunque en su día hubieran sido asesinos, se habían vuelto unos inútiles, habían envejecido mucho –aunque aún fueran jóvenes– o estaban mudos como la madera o se habían dado al alcohol y se habían echado a perder. Entre ellos había un hombre de cincuenta y un años que había intentado robar la sucursal del Banco de Constructores de la calle Qishan. No lo consiguió, pero mató al guardia con una escopeta recortada casera y se dio a la fuga. A principios de año lo detuvimos en Henan, en el condado Wuyang, y lo trajimos aquí. Confesó sus crímenes y pidió ver a su exmujer, de quien se había divorciado muchos años atrás, aunque fuera una vez. No le hice mucho caso; si me pusiera a cumplir las voluntades de los detenidos, no tendría tiempo para detenerlos. Pero Xiao Zhuang encontró a la exmujer. También era mayor de cincuenta, estaba casada en segundas nupcias y tenía un hijo. Estaba jubilada y llevaba una vida más o menos feliz; se dedicaba a cuidar de su nieto. No quiso ver al asesino. Xiao Zhuang le pidió permiso para hacerle una foto y enseñársela, y ella aceptó. Lo hizo y le contó a él la vida que llevaba ella. Él se quedó la foto y no dijo nada. Pero aquel día nos comunicó que tenía algo que confesar y fui a verlo. Quiso hablar con Xiao Zhuang y le dije que estaba enfermo, pero que yo era su superior y que podía confiar en mí. Me conocía, así que habló. Lo escuché y le pedí que lo pusiera todo por escrito. Luego reuní al operativo del caso, les repartí fotocopias de la declaración y volvimos a escucharlo. El tipo tenía muy buena memoria, lo que nos dio por escrito correspondía perfectamente con la declaración que le tomamos (las, de hecho, le tomamos declaración dos veces). No había contradicciones, y recordaba a la perfección detalles de cosas sucedidas una década atrás. Se llamaba Zhao Qingge, era un desempleado, alcohólico y ludópata. Era capaz de echar un vistazo a las fichas de mahjong y, después de mezclarlas y repartirlas, decir quién tenía cada una sin apenas

equivocarse. Y aun así acumulaba un montón de deudas de juego, así que decidió ponerse a atracar a taxistas. Medía uno setenta y cinco, tenía muchísima fuerza en las manos. Nos contó que, de joven, cascaba nueces partiéndolas en la palma. Su modus operandi incluía cuerdas de nailon y diésel. Se montaba en el taxi, se sentaba detrás del taxista y le daba la dirección de algún lugar apartado en donde lo mataba y saqueaba el taxi. Después quemaba el vehículo y se largaba. Lo hizo cinco veces y, cuando lo interrogamos, aún recordaba la fecha, el lugar, el aspecto físico y la edad de cada taxista, e incluso detalles curiosos de alguno de ellos. Uno llevaba un peine en el bolsillo de la camisa y se peinaba mientras conducía, y le contó a Qingge que cuando terminara el turno de aquel día iba a encontrarse con su amante, que tenía treinta y dos años y un marido que siempre estaba de viaje de negocios. Después de estrangularlo, le robó también el peine y lo estuvo utilizando hasta el día en que lo interrogamos.

Sorprendentemente, también nos contó que el 24 de diciembre de 1995 no estaba en el coche de Jiang Bufan sino en Guangzhou con la intención de comprar una pistola. No lo consiguió. Después de matar a cinco taxistas sin el más mínimo contratiempo, se envalentonó y decidió robar un banco. Le enseñé las fotos de Li Fei y Li Shoulian y me dijo que no los había visto en la vida.

Examiné el peine y llamé a Xiao Zhuang. Tenía el móvil apagado. En cualquier caso, no había prisa, nos faltaba un eslabón en la cadena de asesinatos, pero eso no cambiaba para nada nuestros planes.

LI FEI [李斐]

El día que leí aquello, no pegué ojo. Dejé el periódico junto a la almohada y lo releí varias veces durante la noche. Hace un par de días, mi padre me contó que creía que a Tianbo le había pasado algo, porque el jazzmín de Madagascar ya no estaba junto a la ventana. En ese momento supe que los acontecimientos se estaban precipitando. Pero no esperaba que Xiao Shu apareciera en escena. Por la mañana, lo primero que hice fue darle el periódico a mi padre. Lo leyó y dijo: “Qué coincidencia”. Yo me quedé callada y él añadió: “Sé lo que estás pensando”. “¿Qué estoy pensando?”, pregunté. “Estás pensando que quizá no pase nada”, respondió. Yo asentí. “Seguro que Tianbo no ha hablado”, continuó, “lo conozco bien. Además, si hubiera dicho algo no habrían publicado esa nota”. Volví a asentir y él siguió: “Pero qué coincidencia”. “Papá”, le pregunté, “¿hay algo que no me hayas contado?”. “Voy a hacer la ronda”, respondió. “Necesito pensar”.

Mi padre es taxista.

Por la noche, cuando volvió, yo seguía releendo el periódico en mi silla de ruedas.

Se busca

Busco a una amiga de la infancia a la que le perdí la pista hace mucho tiempo, era como una hermana para mí y se llamaba Xiao Fei. Me voy a vivir al extranjero en una semana. Por favor, ponte en contacto conmigo. Es increíble cómo pasa el tiempo. Abajo te dejo mi teléfono.

Junto al número había un dibujo: un niño resguardaba una portería hecha con dos piedras, y una niña se preparaba para patear el balón.

Mi padre se quitó la mascarilla y llevó las verduras que había comprado a la cocina. Mientras cenábamos, dijo; “Derribaron el Pájaro Solar de la plaza”. “Oh”, repliqué yo, “y ¿qué van a poner?”. “Al principio no se sabía”, dijo, “no se distinguía la forma de lo que estaban poniendo y nadie adivinó lo que era. Pero ya se nota lo que es: van a volver a poner la antigua estatua del Presidente Mao. No se partió cuando la echaron abajo hace años, y la han conservado bien. Pero los soldados que había a sus pies se rompieron, tienen que volver a esculpirlos. No sé si van a poner la misma cantidad”. Yo asentí y él cambió de tema: “Lo pensé bien”. “¿Y?”, pregunté. “Ve a verlo”, dijo. “Al principio pensé en investigarlo, pero temo que al hacerlo pueda atraer miradas indiscretas. Ve a verlo”. Me caí de la silla de ruedas hacia adelante, se me derramó el cuenco y lo llené todo de arroz. Mi padre me levantó agarrándome de las axilas y me volvió a poner en la silla. “Papá”, dije, “llévame al sitio y me veo con él a solas”. “Si lo vamos a hacer de esa forma”, dijo, “tenemos que pensar bien el lugar. Con las piernas así estás en desventaja, tiene que ser un sitio con una vía de escape”. “Ya he pensado en eso”, lo interrumpí, “nos veremos en el lago. Sobre el lago”. “Buena idea”, apuntó, “en barcas separadas. Cada uno en la suya, y podéis hablar cara a cara”. “Sí”, añadí yo, “y además así no notará mi problema de movilidad”. Mi padre sacó una pistola y la puso en la mesa. “Métela en el bolso”, ordenó. “No la uses a menos que sea

totalmente necesario. Pero si decides usarla, no dudes”. Me quedé inmóvil, con la vista fija en el arma. Él sacó otra que llevaba en la cadera y dijo: “una para cada uno. La tuya tiene siete balas. Tú espérame en casa, voy a comprarte una tarjeta SIM”.

Le escribí a Xiao Shu desde el nuevo número y quedamos en el lago artificial del parque Beiling al mediodía del día siguiente. Después de mandar los mensajes, mi padre quemó la tarjeta en la hornilla y dijo: “Si mañana se presenta, bien. Si no, lo pasado, pasado está. E incluso si se ven, cuando se despidan todo habrá quedado atrás. Es la única forma de que podamos seguir adelante. Prométemelo”. “Te lo prometo, papá”, respondí, y agregué: “Te debo mucho”. “No digas eso”, dijo. “De todas formas se tienen que ver, aunque sea una vez. El futuro será como el pasado”.

ZHUANG SHU [庄树]

Cuando me monté en la barca ya había otra flotando en el centro del lago, así que remé hacia allí. Era un día laborable y no había nadie más. La brisa otoñal levantaba olas tupidas y finas, como si algo se agitara en el corazón del lago. Cuando me acerqué lo suficiente, reconocí a Li Fei. Llevaba un abrigo rojo de algodón, una bufanda negra, un pantalón de mezclilla, zapatos marrones y el pelo recogido en una coleta. Entre los pies tenía un bolso negro sobre el que había dejado un par de guantes. Me miraba remar. No había cambiado tanto desde los doce años: tenía exactamente la misma cara, solo que más grande. Y le habían salido algunas canas, pero era como si le hubieran esparcido polen por el pelo, no la envejecían. Seguía teniendo los mismos ojos de la infancia y no parpadeaba. Como si mirara a la nada, pero en realidad lo veía todo. “¿Llevas mucho rato aquí?”, pregunté cuando llegué hasta ella. “No”, dijo, “tardé un poco en llegar remando”. Sonreí y le dije: “No has cambiado nada”. “Tú tampoco”, replicó, “aunque ahora tienes barba. Vienes a ver a una vieja amiga sin afeitarte”. “¿A qué te dedicas ahora?”, pregunté, y me respondió con otra pregunta: “¿Ya empiezas con las preguntas? ¿Y tú qué? ¿A qué te dedicas ahora?”. Lo pensé un momento, pero al final dije: “¿Quieres saber la verdad? Soy policía”. Dejó de sonreír. Apretaba los labios. “Muy bien”, dijo al final, “funcionario”. Cambié de tema: “De pequeño era un idiota, ¿no?”. Pasó un rato en que no habló, pero finalmente dijo que sí lo era. “Ya crecí”, repliqué. “Ahora protejo a la gente”. Se sumió otra vez en el silencio. Se arregló la bufanda y me preguntó cómo estaba “la profesora Fu”. “Muy bien”, dije, “ha viajado por casi todo el mundo”. “¿Está muy bien porque ha viajado por casi todo el mundo?”, preguntó. “Si te digo la verdad”, dije, “no lo sé. Lleva años buscándote”. “Dile que pare”, dijo, “yo no soy nadie”. “No estoy de acuerdo”, repliqué. “Si tienes tiempo, te cuento lo que he estado haciendo estos últimos años”. Dijo que sí y le hablé de la novia que tuve en la Academia de Policía y de cómo, cuando cortamos, corrí borracho por un estadio; de que hacerme policía había tensado mucho la relación con mi padre; de muchas otras cosas que me han pasado. Me escuchó con atención, intercalando preguntas de vez en cuando, como “¿era una chica interesante?” o “no entiendo, no fui a la universidad. ¿Me lo puedes repetir?”. Es muy raro encontrar alguien con esa capacidad de atención. Cuando le hube contado todo, sentí como si me hubiera dado una ducha, y terminé diciendo: “Te solté tremendo rollo, ¿no? Es increíble que se puedan contar tantos años en tan poco tiempo”. “No ha sido ningún rollo”, dijo ella. “Si me lo hubieras pedido tú a mí, te habría podido contar toda mi vida en una frase”. “¿Vuelves sola o viene el tío Li a buscarte?”, pregunté. “¿O está por aquí, vigilándonos?”. No respondió, así que seguí: “¿A qué se dedica ahora?”. Tampoco respondió. “Hace doce años”, le conté, “el tío Li mató a cinco taxistas, y hace poco a dos oficiales de la Brigada de Delitos Administrativos; a uno con una herramienta, un martillo o una llave inglesa, y a otro con una pistola”. No abrió la boca. “No te estoy pidiendo ayuda”, aclaré, “solo te pido que pienses en lo que te acabo de decir”. “No hace falta que me pidas nada”, dijo, “ni que me alecciones”. “Entonces”, insistí, “dime dónde está el tío Li. Luego te subes a mi barca, remamos hasta la orilla y vamos a buscar a la profesora Fu”. “Si no hubiera pasado eso”, preguntó, “¿habrías hecho algo por encontrarme?”. “Quizá no”, respondí, “pero hoy

vengo solo. Nadie sabe que estoy aquí. ‘Eso’ pasó, y yo hice algo por encontrarte. Son dos cosas que ya no podemos cambiar”.

Ella agarró los remos y separó un poco las barcas. “Lo cierto”, dijo, “es que podría hacerme la tonta, pero tú has sido sincero conmigo, así que yo también lo voy a ser. Es mejor que ninguno nos debamos nada. Miento: yo estoy en deuda con tu familia, y si puedo pagarles parte de esa deuda, lo haré”. “Esto no tiene nada que...”, empecé, pero ella me interrumpió con un gesto de la mano, como diciendo que la cortesía era innecesaria. Ahí me di cuenta de que algo en ella había cambiado profundamente. “Lo creas o no”, dijo, “lo de los taxistas, lo de 1995, no tiene nada que ver con mi padre. Mi padre le dejó dinero al tío Sun y después vendió todos los sellos que había coleccionado durante la Revolución Cultural y me pagó los estudios. Pero el 24 de diciembre sí que éramos nosotros los que estábamos allí. El otro hombre le pegó un tiro a mi padre, y la bala le atravesó la mejilla izquierda”. Murmuré algo, pero ella siguió: “Un camión arrolló el coche en el que estaba yo. Eso lo sabías, ¿no?”. “Sí”, dije. “Luego el otro hombre cayó al suelo”, continuó, “y mi padre me sacó del coche con la cara llena de sangre. Yo no había perdido la conciencia; no sentía la parte de abajo, pero tenía la cabeza despejada. Me examinó las piernas, me dejó al costado del camino, fue a buscar un ladrillo y le dio un ladrillazo en la cabeza al policía”. “Ah, así que eso fue lo que pasó”, dije. Ella pareció no escucharme y terminó: “Luego dije en voz alta: ‘Xiao Shu sigue esperándome’, y me desmayé”.

Entonces fui yo el que no dijo nada. La miré a los ojos. No parpadeaba, solo me miraba o miraba al vacío.

Volvió a tomar la palabra: “Mi padre no sabía nada, creía que me dolía la barriga. En la mochila llevaba una botella de gasolina que él tenía en casa para limpiar las ventanas. Seguramente, el policía la olió. Era Nochebuena, y me pasé el día dudando si ir o no, porque tenía la impresión de que no ibas a aparecer. Pero cuando atardeció decidí que iría, aunque no se me ocurría qué podrías decirles a tus padres para que te dejaran salir de casa. Recordaba que me habías contado que tenías tus ‘trucos’, pero era incapaz de imaginarme qué trucos eran esos. Sí que sabía cómo iba a bajarme del coche para hacer los fuegos artificiales con gasolina, y el árbol de Navidad incandescente que crecería hasta ser enorme. Te lo había prometido”.

“Ya no hay un campo de sorgo en ese lugar”, dije.

“¿Fuiste aquel día?”, preguntó.

“No”, respondí.

“¿La profesora Fu no te dejó salir?”, aventuré.

“No”, dije. “Lo olvidé”.

“Y, ¿qué hiciste?”, preguntó.

Pensé un rato antes de responder.

“También lo olvidé”, respondí.

“Ya veo”, dijo ella.

“Éramos muy pequeños”, seguí yo. “Ya somos adultos, nos hemos hecho mayores, ¿no?”.

“Tú te has hecho mayor”, dijo. “Muy bien”. Señaló su bolso y continuó: “Llevo una pistola, pero no sé si sé usarla”.

“Si no sabes, te enseño”, le dije.

“Cuando era pequeña”, fue su respuesta, “la profesora Fu me contó una historia. Dijo que, si tu corazón es sincero, el mar se abrirá ante ti, dejando un camino seco para que pases. No hace falta abrir el mar; si divides este lago, te dejo que subas a mi barca y me marchó de aquí contigo”.

“Nadie puede hacer eso”, dije.

“Quiero que este lago se abra en dos”, insistió.

Lo pensé durante unos segundos y dije: “No puedo partir las aguas, pero puedo convertir el lago en una llanura para que pases”.

“Imposible”, replicó.

“¿Y si no?”, pregunté.

“Si no, puedes subir a mi barca”, respondió.

“¿Estás lista?”, dije, y ella asintió.

Me llevé la mano al pecho y, esquivando la pistola, saqué el paquete de tabaco. Era nuestra llanura. En lo alto estaba ella con once o doce años, sonriente, descalza, mirando hacia arriba. Tiré la cajetilla al lago; flotaba y el plástico relumbraba al sol. La brisa de la tarde la empujaba lentamente hacia la orilla.

飞行家

EL AERONAUTA

UNO

En 1979, Li Mingqi fue por primera vez a casa de Gao Likuan, y a este lo embargó la ira. No fue porque Li Mingqi llevara pantalones acampanados y un cinturón con un llamativo estampado. Quizá también fue un poco por eso, pero la furia de Gao Likuan venía sobre todo de otra parte, del hecho de que había visto nacer a Li Mingqi. También a sus dos hermanos pequeños, Li Mingyao y Li Mingmin, y a sus seis hermanas menores –demasiados nombres como para enumerarlos aquí–. Componían una familia numerosa y vivían en la fila de casas paralela a la de Gao, justo detrás; más atrás ya estaba la Plaza de la Bandera Roja, que había sido renovada en 1967. Originalmente, fueron los japoneses quienes la levantaron, poniéndole un pavimento de mármol que, supuestamente, habían obtenido abriendo una montaña en Fuxin. Una vez terminada la obra, los japoneses soltaron un montón de palomas en la plaza, y esa misma tarde los chinos las capturaron y se las comieron. Al día siguiente soltaron otra bandada de palomas y apostaron allí un grupo de soldados que las vigilaban escopeta al hombro, con lo que los chinos entendieron que las palomas no eran para comérselas sino para darles de comer. La plaza estaba rodeada por edificios de los japoneses, bancos y bloques de oficinas; cuando se fueron, dejaron todo eso atrás. En 1967, se erigió en la plaza de mármol una estatua del Presidente Mao, y durante la obra las palomas se marcharon y ya no volvieron más. Fue entonces cuando empezamos a llamarla Plaza de la Bandera Roja, ya que bajo el presidente había un grupo de soldados, y el que guiaba a los demás llevaba un brazalete y sostenía una bandera roja que ondeaba al viento. La casa de los Li estaba junto a la plaza, y una calle la separaba de la de Gao, que le daba la espalda. Tendría unos treinta metros cuadrados, y era una de las que los japoneses habían dejado atrás. Contaba con techos altos y calculadamente inclinados, así como con ventanas sólidas y de buena calidad. Como en el caso de Gao, a Li también le habían asignado una vivienda desde la imprenta en la que ambos trabajaban. La principal diferencia era que Li Zhengdao, el padre de Li Mingqi, había instalado una plataforma a media altura que hacía las veces de dormitorio, y había incrustado cinco escalones en la pared. De esa manera, los once miembros de la familia cabían bastante bien. Las mujeres dormían abajo y los hombres arriba.

Gao Likuan no despreciaba a Li Mingqi solo por su apariencia. De hecho, el motivo principal era que Li Zhengdao, el padre de Li Mingqi, había sido aprendiz de Gao. Este era un técnico de alto rango en la imprenta municipal, y estaba especializado en maquinaria antigua. Poseía amplios conocimientos técnicos y era capaz de sacar adelante todo tipo de trabajos, lo que lo convertía en alguien respetado en la fábrica, hasta el punto de que el director siempre le ofrecía un cigarrillo antes de pedirle algo. No solo lo respetaban por sus habilidades, sino también porque era un antiguo miembro del Partido. Había ingresado en 1936, cuando todavía era una organización clandestina. Provenía de una familia muy pobre y cuando, aún joven, le hablaron del Partido, decidió militar de inmediato. Empezó a imprimir propaganda en secreto y lo hacía mejor que nadie; sus panfletos tenían colores muy vivos que resistían el paso del tiempo. Gao no fue a la escuela, pero en la imprenta iba aprendiendo unos pocos caracteres cada día, y llegó a ser capaz de editar los eslóganes que les mandaban desde arriba para hacerlos más sugerentes. Un

día, un superior le entregó una carta que decía que, aunque es cierto que en cada ámbito suele haber gente que destaca, nunca imaginó que conocería a un genio de la impresión de panfletos. Por aquel entonces aún no era el Maestro Gao, sino solo Xiao Gao. Durante el par de años que pasó imprimiendo propaganda, lo metieron dos veces en la cárcel. La primera vez fue el Kuomintang,* la segunda fueron los japoneses. En ambas ocasiones lo golpearon, pero la segunda vez se ensañaron y lo dejaron ciego de un ojo. Cuando salió, empezaron a llamarlo el Tuerto Xiao Gao. Tras la Liberación de 1949, Xiao Gao vivió una época muy feliz; después sintió que todo volvía a la normalidad. Aunque era un nuevo mundo y tenía un nuevo aire, él seguía imprimiendo cosas. Un tiempo después descubriría lo diferente que era en realidad ese nuevo mundo, porque el superior que le había entregado la carta fue nombrado teniente de alcalde y un día se acordó de Gao. Llamó a la fábrica y preguntó si seguía ahí y si se había sacrificado por la revolución. Le contaron que aún trabajaba allí y que seguía dedicándose a la impresión, pero que se había quedado tuerto. Antes matizaba el color con dos ojos y ahora lo hacía con uno, pero su trabajo seguía siendo de gran calidad. El teniente de alcalde mandó a alguien a buscar a Gao, y le pidió que llevara consigo aquella carta que le había escrito años atrás. Charlaron un rato, le pidió que le devolviera la carta y decidió enviarlo a un curso de formación para funcionarios de nivel medio, esperando que, a la vuelta, asumiera el cargo de subdirector de la fábrica. Gao Likuan no se lo pensó: “Solo tengo un ojo”, dijo, “soy muy feo y no valgo para funcionario. Hablo sin pensar y cuando estoy ante una multitud me echo a temblar. Cuando participé en la revolución no lo hice para ganarme un puesto de funcionario, y ahora estoy satisfecho con vivir en la Nueva China. Es mejor que siga siendo obrero”. “Ese ojo”, respondió el alcalde, “lo perdiste por la revolución, y te lo tenemos que devolver. Tienes cultura y un origen de clase que te hace digno de confianza. No dejes pasar esta oportunidad, incluso aunque no te guste. Ve mañana y te inscribes”.

Gao Likuan salió muy contrariado del ayuntamiento y llamó a su aprendiz Li Zhengdao para que fuera a su casa a beber con él. Era la primera vez que Li iba a casa de su maestro, así que llevó medio pollo asado y una botella de baijiu. Desmigaron el pollo y se lo fueron comiendo y bajándolo con alcohol. “Este pollo”, dijo Gao, “está muy bueno. ¿Dónde lo has comprado?”. “Maestro”, replicó Li, “no es comprado, lo he asado yo mismo”. “Es una lástima que trabajes en la imprenta”, dijo Gao, “si abrieras un asador te iría muy bien”. “Me lleva mucho tiempo asar cada pollo”, respondió Li. “Si abriera un asador, me arruinaría. Prefiero asar para usted, maestro. La próxima vez le asaré un conejo”. Gao Likuan se alegró mucho de constatar que su aprendiz no solo era capaz de asar un buen pollo sino también de agasajarlo a él. Se echó un buen trago al coleteo y empezó a hablar del funcionamiento de la imprenta. Li lo escuchaba con la cabeza ladeada mientras le apartaba a su superior los pedazos más jugosos. Gao Likuan bebía muy rápido. De repente recordó de qué quería hablar con Li. “Hoy”, empezó, “he estado en el ayuntamiento y he salido de allí muy enfadado”. “¡Maestro!”, espetó Li Zhengdao, “¿qué me dice? Cuando ha venido ese coche enorme a buscarlo se ha formado mucho revuelo en la imprenta. ¿Por qué nunca nos había contado que es usted un viejo revolucionario?”. “¿Y qué carajo les iba a decir?”, reaccionó Gao, “si alguien tiene la cabeza muy grande, todo el mundo lo puede apreciar de inmediato, pero si alguien tiene buen culo tampoco hace falta que vaya por ahí bajándose los pantalones, ¿no?”. Li Zhengdao le dio la razón. “El ayuntamiento antes era de los japoneses”, siguió Gao. “Ahí es donde perdí el ojo. Taparon mal los caracteres japoneses del muro, y aún se pueden intuir. No quiero ir al curso para funcionarios de nivel medio, pero no puedo negarme porque eso ofendería al alcalde. Y me sobra un ojo para ver claro que, aunque vaya al curso, no sirvo para nada. Allí estaré como un pez fuera del agua”. Aquel día, los dos

bebieron hasta medianoche y Li Zhengdao se quedó a dormir junto a su maestro. Gao emitía unos ronquidos que parecían truenos, y Li no pegó ojo. Al amanecer se levantó, preparó un poco de té y se fue a trabajar.

Gao Likuan acertó de pleno. Qué preciosa cualidad, la del autoconocimiento. Cuando llegó al curso, era prácticamente el único que sabía leer y escribir. Algunos hablaban peor que él, en dialectos que solo ellos entendían. Uno estaba enganchado al opio y le dio la eriza a mitad de una clase. Se empezó a revolcar por el suelo como un loco y se lo tuvieron que llevar a casa. Aunque la cara de Gao Likuan no era perfecta, su porte era majestuoso; era de hombros fuertes, espalda ancha y rostro cuadrado. No llegaba al nivel del profesor, pero si le pedían que hablara, era capaz de argumentar de forma ordenada, lo cual ya suponía una mejoría respecto a los discursos pastosos y enmarañados de sus compañeros. Así que no tardó en destacar. Su problema era la bebida; en quince días que pasó allí, se emborrachó diez veces. Atacó a dos compañeros y le abrió la cabeza a una profesora que estaba de guardia. La borrachera le confería una fuerza extraordinaria, pero, además, Gao sabía artes marciales, ya que había aprendido de pequeño con el viejo maestro del Mercado del Norte. Por eso había sobrevivido a la cárcel dos veces. Atacar a sus compañeros era algo pasable, pero agredir a una profesora era otra cosa. Había estado en Yan'an, así que era una antigua camarada de mayor rango que Gao. Para empeorar las cosas, era una mujer, y Gao Likuan la había arrastrado del pelo por todo el pasillo, y al final le arrancó un pedazo de cuero cabelludo. Esa misma noche, la camarada, con la cabeza vendada, escribió una carta a sus superiores del Partido en la que les contaba todo, desde el Reino Celestial Taiping a la Revolución de Octubre, de la Revolución de Octubre al levantamiento Yihetuan, del Levantamiento Yihetuan al Movimiento de Rectificación de Yan'an. En fin, expuso que había aprendido de una forma muy expeditiva que entre el proletariado también había canallas que debían ser completamente reformados. Gao Likuan volvió a la imprenta con las sábanas bajo el brazo y un certificado de estudios sellado con un suspenso. En esa ocasión no lo recogió un coche oficial; volvió solo, en autobús, y Li Zhengdao, que fue a su encuentro, tomó el rollo de sábanas de entre sus manos sin mediar palabra. Lo cierto es que él sabía que su maestro era un borracho al que le gustaba golpear a la gente cuando bebía; a él mismo le había dado sus buenos trancazos varias veces. Un día, en un restaurante, el maestro se puso tan ebrio que lo terminó lanzando por la ventana, con todo y la silla en la que estaba sentado. Y eso lo hizo siendo libre, así que era de esperar que, en un curso que lo hacía sentir atrapado, se escapara a beber y acabara causando problemas.

Li Zhengdao era de Shandong. Como en su casa no había nada para comer, tuvo que emigrar, pero sus padres no habrían sobrevivido al viaje, así que se fue solo, con una bolsa de semillas para cultivar la tierra. En 1940, un dique cedió y sus tierras se inundaron, así que se fue a la ciudad. Primero trabajó en una librería de segunda mano. Por la noche, sacaba la puerta de los goznes y se echaba a dormir sobre ella. Durante el día, organizaba y vendía los libros, y así fue como aprendió a reconocer los caracteres. Cambió de trabajo varias veces y finalmente entró a la imprenta. Lo cierto es que, en lo que respecta a su origen proletario, era más meritorio que Gao Likuan, solo que él no había estado en la cárcel ni el teniente de alcalde lo había mandado llamar nunca. Además, tenía aguante para la bebida, pero nunca se metía en problemas. Era inteligente y hábil, sabía que la situación política había cambiado y se figuraba ese cambio bajo la imagen de una inundación: aunque todo se eche a perder y solo quede barro, después surgen las oportunidades. Cuando cayó la tarde, Gao Likuan por fin habló: “Zhengdao, mañana ásame un conejo”. “Claro”, dijo el aprendiz, “mañana por la noche se lo llevo a casa”. “Mi mano está llena de maldad”, dijo Gao, “y pega a la gente. No puedo seguir con el curso, pero el teniente de

alcalde ha intercedido por mí, me dijo que reflexione y que vuelva la semana que viene. ¡Es una tortura, me puede matar!”. Zhengdao terminó de limpiar un cúter y lo puso en la caja de herramientas. “¿Y si voy yo en su lugar?”, propuso Li. Gao Likuan saltó como un resorte: “¿Harías eso?”. “Me duele verlo sufrir así”, dijo Li. “Vas a tener que pasar allí un mes, metido en un aula”, explicó Gao, “en la que te van a hablar durante todo el día de Marx y Lenin, y por la noche no dejan salir a nadie. ¿Vas a poder con eso?”. “Puedo intentarlo”, dijo Li; “si no lo consigo, usted viene a recogerme”. Gao escupió en el suelo y habló: “Vale, estoy en deuda contigo. Mañana voy al ayuntamiento para arreglar las cosas. ¿De qué parte de Shandong eres?”. “De la aldea Li, del condado Qunan de Penglai”, respondió Li. “A mis padres los mataron los japoneses”. Lo último no era estrictamente cierto, pero sus padres se habían muerto de hambre, y sin japoneses no habría habido guerra, y sin guerra no habría habido reclutamiento ni se habría obligado a los campesinos a entregar sus víveres, así que, de cierta manera, sí era verdad. Gao Likuan tomó la mano de Li Zhengdao y la estrechó con fuerza, diciendo: “Mi querido discípulo, si algún día me caso y tengo hijos, tú siempre serás un miembro más de la familia. Mañana entraré al ayuntamiento por última vez en mi vida”. Li Zhengdao estaba conmovido y al mismo tiempo se sentía un poco culpable; pensó que al día siguiente se esforzaría mucho para asar un buen conejo.

Lo de estrechar la mano era una cosa que Gao Likuan había aprendido en el curso.

Así que, cuando Li Mingqi fue a casa de los Gao en 1979, Gao Likuan supo que estaba ante el hijo de Li Zhengdao sin necesidad de que su hija Gao Yafeng le dijera nada. Era idéntico a su padre, alto y delgado, con el cuello muy largo y las cuencas de los ojos muy profundas. Parecía un diablo extranjero.* Después de saludar, Li Mingqi limpió la silla con un pañuelo y se sentó en el borde, de modo que solo una pequeña parte de sus pantalones de campana tocaban la madera. “Míralo”, pensó Gao Likuan, “qué estará tramando”. En cuanto a Gao Yafeng, tenía veintitrés años y trabajaba en la fábrica de transformadores. No era guapa; tenía los ojos saltones y unos dientes grandes que le empujaban los labios hacia afuera, pero de los tres hermanos Gao era la que mejor se expresaba, a pesar de su juventud. Cuando hablaba, tenía la manía de cruzar una pierna sobre la otra y agarrarse el tobillo, y se podía pasar así varias horas, dándole a la lengua. Así convenció a un profesor suyo para que le falsificara un certificado de enfermedad que la libró de que la mandaran al campo. Al graduarse de la secundaria, entró en la fábrica de transformadores. Cada mes cobraba más de veinte yuanes, y tenía en su haber más años de servicio que cualquiera de los compañeros de su edad. Sin embargo, aquella tarde de otoño de 1979, Gao Yafeng no hablaba, estaba sentada en silencio junto a Li Mingqi. Su padre le daba miedo y eso la mantenía callada como un loro delante de un gato. Aunque intentara dárselas de lista, eso con su padre no funcionaba. Se fijó en que su hermana mayor se mostraba contenta sirviéndole el té a Li Mingqi y pensó que, aunque a menudo discutieran, su hermana era buena persona, porque estaba siendo muy amable. Por otra parte, se moría de ganas de decir algo bueno de Li Mingqi, pero al ver las pobladas cejas de Gao Likuan fruncidas, decidió tragarse las palabras.

Li Zhengdao fue al curso y se pasó el mes entero allí. Por aquel entonces, Gao Likuan seguía soltero: de día trabajaba y de noche bebía. Todo lo que ganaba lo derrochaba. Le gustaba invitar: había trabajado muchos años, tenía un buen puesto y no ganaba mal. Pero sobre todo le gustaba invitar porque le encantaba el barullo. Después de beber, solía ir con sus compañeros de correrías a los baños públicos, se bañaban y se echaban en los largos bancos de cuero a charlar y a que les hicieran la pedicura mientras bebían un té muy fuerte. Habrían pasado unos diez días de la partida de Li Zhengdao y Gao Likuan ya se había olvidado de él. Al cabo del mes volvió. Gao se

fijó en que había cambiado: se había dejado crecer el pelo y lo llevaba bien peinado. Además, se había quitado la barba, que antes se le juntaba con el pelo de detrás de la oreja. Llevaba un traje Mao azul de fibra dacrón y, nada más llegar, fue a ver al director de la fábrica. “Qué cabrón”, pensó Gao Likuan, “apenas has rascado la corteza de mis habilidades y has hecho un cursito y ya te crees otro. Vuelves, y en vez de venir a ver a tu maestro te vas a ver al director. Cuando te pongas el overol de trabajo, te vas a enterar”. Lo que Gao Likuan no esperaba es que Li Zhengdao no volvería a ponerse el overol en los veinte años que siguieron. Lo hicieron subdirector de la sección en la que trabajaba Gao y lo pusieron a cargo de la renovación de la línea de producción y de la negociación con los rusos. Luego llegó a presidir el sindicato y lo pusieron a cargo de la reforma ideológica. Más tarde, se convirtió en el líder de las campañas anticorrupción Tres Anti y Cinco Anti. En el marco del Movimiento antiderechista, fue el primero que escribió libelos en los que nombraba a todos los viejos maestros de la antigua imprenta. Cuando llegó la Revolución Cultural ya era subdirector de la fábrica, y todos los ejemplares de las Obras escogidas de Mao Zedong de la ciudad fueron impresos bajo su supervisión. Además, visitó en varias ocasiones las ciudades y prefecturas de los alrededores para transmitir su experiencia profesional. Gao Likuan asistió a todas aquellas transformaciones sin prestar demasiada atención; pensaba que, según la vida pasa, uno va encontrando su lugar de forma natural. Aunque él no le hubiera brindado la oportunidad de ir al curso para funcionarios de nivel medio, Li Zhengdao habría acabado por destacar. Hablaba en público sin necesidad de papeles, se expresaba con lógica y claridad y las palabras del Presidente Mao manaban de su boca de forma natural. En opinión de Gao Likuan, todas esas eran cualidades que le conferían a Li cierta ventaja. Además, nunca lo había dejado de llamar “maestro”, ni lo hizo objeto de sus tejemanejes políticos. A veces, Gao lo llamaba “director Li” y él le pedía que no lo hiciera. “Llámeme Zhengdao”, decía, “sin usted yo no sería nadie”. “Este hombre”, pensaba Gao Likuan para sí, “no es de los que después de comer se olvidan del cocinero”. Veinte años después llegó la Revolución Cultural y Li cayó en desgracia, pero no lo metieron en un establo ni lo pusieron a limpiar los baños. Se limitaron a registrarle la casa un par de veces, a pasearlo ante la gente, a obligarlo a estar horas agachado con los brazos en alto, a raparle la mitad de la cabeza (lo que en ese entonces llamábamos “cabeza Ying Yang”) y a prohibirle que imprimiera las Obras escogidas de Mao Zedong. En lo tocante al trabajo, tuvo que volver al taller, ponerse el overol y, en fin, volver a ser un obrero como cualquier otro. En el transcurso de sus veinte años de éxito, Li había hecho otras cosas que habían molestado a Gao Likuan. En primer lugar, no dejaba de tener hijos (tuvo nueve), pero solo los tenía, luego no los criaba, de tan absorto como estaba en su trabajo. Los nueve niños se pasaban el día correteando por la calle con los zapatos mal puestos, los menores guiando a los mayores, sin respetar las normas ni la tradición. En segundo lugar, nunca llegó a asarle un conejo, es decir, no cumplió con su palabra. Gao Likuan tenía la intuición de que el conejo iba a estar más bueno que el pollo, pero no tuvo la oportunidad de confirmarlo. En tercer lugar, antes de subirse a la plataforma que había construido en su casa y colgarse, no había ido a hablar con él. El deseo de morir no es cualquier cosa, es algo de lo que uno debería hablar antes de quitarse la vida. Pero Li Zhengdao no había hablado con nadie. Un día, después de que le pegaran, volvió a su casa, bañó a sus nueve hijos, uno por uno, subió a la plataforma y se ahorcó. Tantos años de militancia para morir así. Eso le había sentado fatal a Gao. Así no se trata a un amigo.

Gao Likuan dio un sorbo de té y, mirando fijamente a su mujer, dijo: “Tesorera, prepáranos una olla de tallarines”. Zhao Suying era cuatro años mayor que él, bajita, normal. De pequeña le habían vendado los pies, se había casado con Gao Likuan en segundas nupcias y trabajaba

también en la imprenta. A Gao sus defectos le daban igual; él era tuerto y formaban una pareja equilibrada. Además, Zhao Suying no había tenido hijos con su anterior marido, que había muerto súbitamente, pero a Gao Likuan le había dado un hijo cada tres años, lo que hacía un total de dos hijas y un hijo, y con eso estaba satisfecho. El único problema era que, mientras que Gao Likuan era impaciente y temperamental, Zhao Suying era una persona tranquila. Gao no supo eso hasta después de la boda. Era lenta, demasiado lenta, tardaba media hora en llegar de un poste del telégrafo al siguiente, se podía quedar dormida en el kang aunque la casa estuviera en llamas. Cocinaba muy bien, pero tardaba horas en preparar la comida, lo que hacía a Gao Likuan rabiarse de hambre, así que bebía aún más y luego le pegaba. Era en vano; después de golpearla, él seguía furioso y Zhao Suying recogía los cuencos rotos y se sentaba en un taburete a escuchar en la radio óperas de Pekín como Mu Guiying al mando. Un día, Gao Likuan recordó a los capitalistas de antes, que explotaban a la clase obrera. Después, los proletarios se habían convertido en los dueños de la Nueva China, pero él había caído en las manos lentas de una mujer como Zhao Suying. Así que, como los capitalistas se quedaban con el dinero de la gente y ella se quedaba con el suyo, la empezó a llamar tesorera. La tesorera Zhao Suying se levantó, sacó una tabla grande de la cocina y la puso en el borde del kang. Volvió a la cocina y trajo un bol grande de aluminio cubierto por una fina tela de algodón. El olor ácido del bicarbonato inundó la estancia. “Hoy comemos jiaozi”, dijo. Gao Likuan se quedó boquiabierto. Como es lógico, la tesorera era quien controlaba el dinero de la familia. Zhao era frugal, y él ni siquiera sabía dónde estaba la libreta del banco. Se limitaba a pedirle dinero cada vez que quería beber, y Zhao sacaba un pañuelito en el que guardaba el suelto. Era una sorpresa que fueran a comer jiaozi, y además parecía que ella lo había planeado de antemano. Gao Likuan se vio embargado por sentimientos contradictorios. Por un lado, sentía que Zhao no debería darle tanta importancia a Li Mingqi; él mismo planeaba ser seco con él y, si Li Mingqi sabía interpretar la situación, se iría pronto. Por otra parte, los jiaozi entraban muy bien con el licor. Pensó un poco y, al final, sacó la mesita cuadrada y la puso en el centro del kang.

Dos

Justo me estaba quedando dormido y sonó el teléfono. Era mi tía la mayor. Antes, por la noche, estuve hasta las tres de la mañana esperando a ver si me daba sueño y, como no me daba, me bajé por un par de packs de cerveza. Iba por la tercera botella cuando por fin me dio un poco de sueño y me tumbé en la cama. Pero no conseguí dormirme, tenía la tripa hinchada por la cerveza. A las cinco me levanté, fui a echar una meada larga y volví a la cama. El invierno pekinés es diferente del de casa; siempre está nublado, el agua no llega a congelarse pero la gente sí y, por la noche, el frío se cuela por la ventana. Lo de la cerveza fue mala idea; me entró un temblor incontrolable y lo único que pude hacer fue envolverme en el edredón. Mañana es sábado y quedé con mi jefe para jugar futbol en una cancha cubierta. En la universidad fui un buen jugador, me ponía de extremo derecho y se me daban bien la fintas, pero después gané quince kilos y ahora empiezo a sudar en cuanto me pongo el uniforme. Pero bueno, eso da igual. Y el futbol también. Lo importante es ir a tomar algo después del partido. Ni siquiera: lo importante es escuchar al jefe hablar de lo buen jugador que era él en la universidad, de que podía hacer un pase de setenta metros con cualquiera de las dos piernas. Hoy me costó tanto dormirme que ya pensaba que iba a aguantar hasta el amanecer, así que no puse el móvil en silencio. A las siete y media entró la llamada de mi tía la mayor, justo cuando me estaba dejando arrastrar hacia un sueño profundo, cuando había empezado a olvidar que vivo de alquiler al este del cuarto anillo y, apretando la mandíbula, empecé a imaginar que estaba en la rígida cama individual de mi infancia. Soñé que hacía un examen de Selectividad y que había una pregunta sobre política que no era capaz de responder. Intentaba estirar el cuello para copiar, pero los demás estaban muy lejos y, además, cubrían sus exámenes con el brazo. Estaba tan ansioso que me quería arrancar la cabeza. Ahí sonó el móvil y me levanté de un salto. “¡Eh! ¡Xiao Feng!”. Sé que es mi tía en cuanto escucho su voz. Llevamos dos años sin hablar, pero su acento de Jinzhou es inconfundible por el modo en que sube el tono al final de las frases, como si cantara. Además, no dijo “hola” sino “eh”, como si le hubiera sorprendido que tomara la llamada. “Tita”, digo. “Pequeño cabrón”, dice ella, “¿por qué no me llamaste en Año Nuevo? Tu abuela pregunta todos los días por ti”. “Tita, estoy en la cama”, rezongo, “¿te llamo luego?”. “Ni se te ocurra colgar”, dice, “no te llamo por lo del dinero, esto es importante”. Lo que me temía. Mi tía la mayor me pagó la matrícula de la universidad y, aunque ya hace cinco años desde que me gradué, aún no le he devuelto el dinero. Son treinta mil yuanes, si hubiera querido se lo podría haber devuelto ya, pero cuando me pagó la matrícula dijo que era un regalo, no un préstamo, así que siempre lo consideraré una donación y que, por lo tanto, no le debo dinero sino un favor. La situación económica de mi tía la mayor es la mejor de la familia, y siempre quiere encargarse de todo. Me llama siempre para que vaya a ver a mi abuela; Jinzhou no está tan lejos de Pekín, pero no hay nada que hacer allí. Además, desde que cumplió ochenta, mi abuela padece demencia, e ir a visitarla se parece mucho a no ir a visitarla, así que no he ido nunca. Mi tía siempre dice: “No quiero que me devuelvas el dinero, quiero que vengas a ver a tu abuela. Solo tiene un nieto por parte de su hijo, tú, y tú solo tienes una abuela, ella. El día que se muera –y a su edad la gente se

puede morir de un pedo— aunque quieras visitarla ya no vas a poder, solo vas a poder verla en fotos”. Sus palabras me entristecen y yo siempre acabo prometiendo que voy a ir, pero en cuanto cuelgo la idea empieza a agobiarme y al final nunca he dado el paso. Lo del dinero es un tema muy delicado; al final, siento que es un préstamo, pero uno que ella no tiene ninguna prisa por recuperar. “Tita”, le digo, “dame tu número de cuenta y te hago una transferencia. Han pasado muchos años, así que, sumando la inflación, te mando cuarenta mil”. “Este niño”, se queja, “solo escucha la mitad de lo que le dicen. Que no es por el dinero, que te he dicho que es por algo importante”. “Dime”, me resigno. “Se ha perdido el marido de tu tía la menor, tu tío Li Mingqi”, me cuenta, “y tu primo Li Gang también”. De pronto me da mucha sed, pero no tengo agua a la mano, así que le doy un trago a la cerveza de la noche anterior. “¿Qué?”, pregunto, “¿qué quieres decir con que ‘se han perdido’?”. “Que no conseguimos dar con ellos”, contesta. “El viernes pasado salieron a comer pudín de tofu salado y no volvieron”. “¿Ya llamaron a la policía?”, digo. “¿No conoces a tu primo?”, replica ella, “si salió de la cárcel el año pasado. Tu tía dice que, antes de escaparse, Li Mingqi le pidió un préstamo al vecino, y ahora este va todos los días a llamar a su puerta. ¡Lo había planeado! No vamos a llamar a la policía, es nuestra familia y nos encargamos nosotros. Si no los encontramos, ya llamaremos a la policía”. “Bueno”, propongo, “entonces tú ve en tren a Shenyang y yo los busco desde Pekín”. “A ver, cabrón”, espeta, “llevo cinco años con una hernia de disco, que además me hice cuidando a tu padre antes de que se muriera. Ve tú a Shenyang a buscarlos. Pero ya. Si no los encuentras, agarro a tu abuela y te la llevo a tu casa”. Son frases pesadas, cargadas con dos historias. En primer lugar, cuando a mi padre le encontraron el cáncer, mi madre estaba al borde del colapso y yo acababa de entrar en la universidad, así que mi tía se mudó a mi casa y se hizo cargo de todo. Una noche, estaba levantando a mi padre para una prueba y se hizo un esguince lumbar del que nunca se recuperó. La otra historia es que cuando mi padre se murió, ante la situación en que quedaba la familia, mi tía se llevó a la abuela a vivir con ella, lo que supuso un gran alivio para mi madre y para mí. “Tita”, digo, “no estoy intentando zafarme. Estudié Derecho y ahora trabajo en el departamento legal de un banco. No soy detective, eso no es lo mío. Además, mi abuela está acostumbrada a vivir allí, tú misma has dicho alguna vez que está mal, que no soportaría los cambios. No tomemos decisiones en caliente”. “Ah”, arranca ella, “así que ya eres un hombre hecho y derecho que le da lecciones a su tía sobre cómo resolver los problemas, ¿no? Mira, la Policía, la Fiscalía y el Tribunal forman una familia bien avenida, así son las cosas. Te me vas a buscar a tu tío y a tu primo o le compro un boleto a tu abuela y la mando a hacer un plantón a la puerta de tu banco. Tiene demencia, pero camina mejor que yo. Tú verás”. Y me cuelga.

Llamo a mi jefe. Le digo que no voy a poder ir al partido y le pido una semana de las vacaciones que me corresponden. Me acuerdo de que le he prometido a mi madre que la voy a llevar a Hong Kong. Se pasa el día viendo las telenovelas de la TVB y quiere ir a Hong Kong a comer bentō, los packs esos de comida para llevar. Y yo también quiero ir, concretamente a Disneyland, a esas máquinas que dan vueltas en el cielo. En mi familia no tenemos miedo a las alturas. Incluso nos gustan. Cuando mi padre vivía, siempre que discutía con mi madre se subía al tejado a estar solo. Mi madre le decía que si se creía chango, y él no respondía. Se quedaba allí hasta que oscurecía, y cuando bajaba ya no estaba enfadado. Al jefe no le gustó que pida vacaciones; aún me quedan seis o siete contratos por revisar en la oficina. Pero llevo tres años en la empresa y no he pedido vacaciones nunca, mientras que él se pasea por medio mundo con su mujer y su hijo, muchas veces dándome órdenes a distancia desde sus destinos turísticos. Así que cuando por primera vez abrí la boca para pedir algo, no se quejó, solo me dijo que tuviera cuidado y que volviera al máximo de mis capacidades.

Llego a Shenyang sobre las siete de la tarde. No hay nadie en casa, pero queda arroz caliente en la arrocera y los cuencos que reposan junto al fregadero aún tienen gotitas de agua. Es diciembre y en Shenyang ya es pleno invierno. Mi casa es de construcción antigua y todavía tiene calefacción central, así que nadie la paga. Pero tampoco nos pueden cortar el suministro, porque si alguien muere la comunidad acabará saliendo en las noticias. Así que abren la calefacción lo justo para que nos podamos calentar las manos en el radiador. Las zapatillas de lana burdeos que le compré a mi madre en Muji están en el suelo, tan desgastadas que parecen dos boniatos asados. Son un regalo que le hice en la Fiesta de la Primavera de mi primer año de trabajo. Ella me dijo que no estaba bien que le regalara zapatos, que era como insinuarle que se tenía que casar de nuevo. Le expliqué que para nada quería decir eso, que era un regalo práctico. Mi madre tiene la piel de los pies tan seca que se le cuarteja, a tal punto que no era raro que se le quedaran pelusas de los calcetines en las grietas, y me preocupaba que estuviera incómoda. Estos dos últimos años he estado tan ocupado que ni presté atención a sus pies ni le pregunté si le quedaban bien las zapatillas de lana. Entro en mi cuarto; hay una cama individual, una estantería de madera, una silla giratoria de plástico y una lámpara de mesa muy vieja. Detrás de la silla está el armario. Cuando era pequeño, ese armario era más alto que yo; ahora me llega por la barbilla y puedo ver mi antigua alcancía, un cerdo sonriente, que está encima. Me siento un rato en la silla; hacía medio año que no pasaba por casa. Abro el cajón y encuentro la pluma y el tintero, además de un disco de contrabando que compré cuando estaba en la escuela en el que un tipo extranjero toca el saxo. Siempre que vengo a casa tengo prisa por algún motivo, así que hacía mucho que no abría ese cajón. También encuentro los cuadernos de cuando era pequeño y las tarjetas de cumpleaños que recibí desde primaria hasta bachillerato. Lo reviso todo con calma. Si no me equivoco, hacia el fondo tiene que haber un post-it que guardé y que dice “Xiao Ling, he tenido que salir por un viaje de trabajo. Tienes que cocinar para Xiao Feng. Hay panecillos en la nevera. Xuguang”. Antes de que se enfermara y dejara el trabajo, a mi padre lo enviaban mucho de pueblo en pueblo a arreglar tractores. El post-it es de esa época. En mi familia, a diferencia de la mayoría, cocinaba mi padre.

Mi habitación da al este. Enfrente hay un gran hotel que tapa la luz durante casi todo el día. Solo al atardecer el reflejo del crepúsculo en sus ventanas entra a mi cuarto. Un tercio de las habitaciones están iluminadas, pero la mayoría tiene las cortinas cerradas. Alguien hace la cama en una de ellas. Extiende la sábana de un tirón y la deja caer sobre una cama blanca como la nieve.

Oigo la puerta. Es mi madre, viene de la calle. Cierro el cajón y salgo del cuarto. Me la encuentro encorvada, descalzándose. Me mira y dice: “¿Qué haces aquí?”. “¿Vienes de pasear?”, pregunto. Tiene muchas más canas que la última vez que la vi, y las ojeras más pronunciadas, pero su cuerpo no ha cambiado, sigue estando rellena. Lleva un abrigo rojo de plumas desteñido que hace que parezca un oso marrón. “Fui a la plaza con la vecina de arriba”, dice. Su área de actividad nunca supera los dos kilómetros a la redonda. “¿Sabes que mi tío y mi primo están perdidos?”, pregunto. “Sí”, dice, “tu tía la mayor me llamó anteayer. ¿Ya cenaste?”. “Sí”, respondo, “comí en la estación. ¿Cómo puede ser que dos hombres adultos se pierdan?”. “Una pregunta”, dice, y: “¿Cuántas veces has hablado con tu primo y con tu tío en los últimos diez años?”. Me quedo pensativo y finalmente respondo: “Cuando murió el abuelo hablamos un poco. Cuando murió mi padre, otro poco. Creo que eso es todo”. “Otra pregunta”, insiste, “Cuando tu padre estaba enfermo, ¿cuántas veces vinieron?”. “No me acuerdo”, digo. “Una”, aclara, “cuando tu padre llevaba un mes ingresado y no podía hablar. Trajeron un kilo de manzanas y un manojo de plátanos. Estuvieron veinte minutos, tiraron doscientos yuanes a la mesilla y se fueron. Una

sola vez”. “Ah”, digo, “no me acuerdo”. “Yo siempre he tenido mala memoria”, dice mi madre, señalándose la cabeza. Pero esa clase de cosas las recuerdo perfectamente, claras, bajo el sol”. “¿Bajo el sol?”, pregunto. “Como iluminadas por la luz”, me explica, “así de claras”. “No hablemos de esas minucias del pasado”, digo, “mañana voy a ver a la tía, ¿vienes?”. Me mira, enfadada. “Así que... ¿volviste por eso?”, pregunta. “Mi tía la mayor me llamó esta mañana”, me justifico. “¿Pediste vacaciones?”, dice. “Sí”, confieso, “las que me correspondían este año”. “Entonces, ¿vamos a ir a Hong Kong o no?”, dice al fin. Me siento culpable, me acerco y le doy unas palmaditas en el brazo: “Mamá, el año que viene vamos”. “Bueno”, responde, “si tu padre no se hubiera muerto, no tendría que contar contigo”. Dicho eso, se mete en su cuarto y cierra la puerta a cal y canto.

Hubo un tiempo en que mi madre fue una mujer muy tierna. Mi padre una vez me contó que, de joven, era alegre y vivaz. Aunque tenía sus cosas, le caía bien a todo el mundo. Llevaba una trenza negra y brillante, hacía sus truquitos cuando jugaba al póquer y siempre sonreía. Cuando la fábrica quebró, mis padres tuvieron que buscarse la vida y a ella se le agrió un poco el carácter. Cuando demolieron la antigua casa y nos tuvimos que mudar a la zona de casuchas de las afueras, se le terminó de agriar. Luego nos mudamos a la ciudad y en nuestro piso nunca daba el sol y nadie limpiaba las zonas comunes. Además, arriba vivían unos jóvenes que andaban metidos en temas de peleas. Todo eso, sumado al golpe que supuso la muerte de mi padre, la convirtió en una mujer lúgubre de mediana edad. Sin embargo, aún le quedan ilusiones, como la de ir a visitar Hong Kong. Es un esfuerzo que hace por aferrarse a la vida y la he decepcionado. Cada vez siento más rechazo hacia la terrible idea que tuvo mi tía la mayor.

A la mañana siguiente la puerta del cuarto de mi madre sigue cerrada. Pego la oreja y me quedo un rato escuchando. Debe de haberse levantado, pero no se oye la televisión, seguramente estará sentada en la cama sin hacer nada. En la cocina me encuentro con el desayuno ya listo: un plato de huevos salteados con tomate y un cuenco de flan salado, ambos metidos en la arrocera para mantenerlos calientes. Sobre la mesa del comedor hay una libreta marrón. La abro; contiene multitud de direcciones y números de teléfono escritos con la letra de mi padre. Ahí encuentro la dirección de mi tía la menor. No sé si sigue viviendo allí, la anotación debe de tener al menos diez años. “Al este de los AlTi, girar a mano derecha en el primer callejón y, al ver una tienda de zapatos de tela, otra vez a la derecha, segundo portón, tercera planta. Puerta de seguridad negra de la marca Panpan”. “Los AlTi” se refiere a los Almacenes Tiexi, que están en el centro del distrito que se llama igual, Tiexi. De pequeño estuve allí alguna vez, los domingos se llenaba de gente. Al frente estaba la librería Xinhua, en la que solo se podían ojear los libros de dos de las estanterías; el resto estaban en la parte de atrás y, si alguien quería ver uno o comprarlo, tenía que pedirles a los dependientes que se lo pasaran. Veo que en algunas páginas de la agenda mi padre anotó artículos y números: cojinetes, seis; tornillos, ocho cajas; bisagras, siete cajas; gasolina, tres bidones. Y debajo una palabra: deuda. Parece una cuenta de cuando trabajaba en los tractores. Toco al cuarto de mi madre y digo: “Mamá, me llevo la agenda”. No responde. Oigo cómo corre o descorre la cortina. Me pongo el abrigo de plumas y salgo de casa con el directorio metido en el bolsillo del pecho.

Casi todo sigue igual. Las calles aún tienen forma de cruz, pero la librería Xinhua ahora es un Pizza Hut. Los Almacenes Tiexi también fueron sustituidos por un pequeño supermercado en el que compro un par de cartones de leche. La tienda de zapatos de tela sigue ahí; ahora también vende mortajas. En el patio, unos ancianos con gorro, guantes, y tantas capas de ropa que parecen esféricos están de charla. Entro al edificio, subo a la tercera planta y encuentro la puerta negra de seguridad. Está llena de publicidad, parece un cuadro de arte pop. Al lado hay una caja

para dejar la leche de la marca Sanyuan, y encima se puede leer: Gao Yafeng. Toco, pero nadie responde. Vuelvo a tocar y una voz dice: “¿Quién es?”. “¿Tita?”, pregunto. “¿Quién?”, repite la voz. “Xiao Feng”, digo. “Gao Xiaofeng, tu sobrino”. “¿Mi sobrino?”, se sorprende la voz. Oigo unas zapatillas que se arrastran hacia la puerta. “Por favor, quita el anuncio que hay pegado en la mirilla”, pide. Lo hago y oigo que dice: “Ah, de verdad es mi sobrino”. La puerta se abre.

Mi tía se ha encogido tanto que parece un mono. Pero es ella, es mi tía la menor. Creo que la reconocería igual aunque se hubiera convertido en una rata. Ha perdido la mitad del pelo. No es que tenga la mitad de la cabeza pelada, sino que ha perdido la mitad del volumen. Se lo peina hacia el lado y eso hace que parezca aún más raro. Tiene las mandíbulas hundidas, y la cara a reventar de manchas de la edad. Se le han caído muchos dientes y, cuando sonrío, se nota el movimiento de las encías tras los labios. Camina arrastrando los pies porque no puede levantarlos. Su departamento es tal como yo lo recordaba: el salón en el centro y a los lados las habitaciones norte y sur. Me lleva a la sur, la norte es la de mi primo. De pequeños jugábamos ahí, y alguna vez dormí en su cama. Ahora esa puerta está cerrada. Sobre la cama de la habitación sur hay dos baozi. Uno está a medio comer, de modo que el relleno de col encurtida y huevo queda a la vista; el otro se ha puesto tan duro que parece una bola de cemento. La tele está encendida y sale una mujer cantando. A mi tía le diagnosticaron reumatismo y no puede bajar las escaleras. Soy repentinamente consciente de que hace muchísimo que me enteré de aquello, pero lo siento como una noticia reciente. Tiene la mano deformada como una garra de gallo. Me pasa un vaso de agua que sostiene con tres dedos.

“No hace falta que compres nada cuando vengas a verme”, me alecciona, “¿tu mamá está bien?”. “Sí”, digo, “tita...”. “¿Te gustan más las canciones o las películas?”, me interrumpe, “en el canal de cine ponen películas”. “Lo que sea me vale”, digo, “tita, mi tía la mayor me llamó”. “La última vez que te vi”, dice, “fue en el funeral de tu padre. Como hace cinco años, ¿no?”. “Sí”, confirmo, “hace cinco años”. “Era invierno también, ¿no?”, dice, “lloré muchísimo. Tantos años sin salir y, para una vez que salgo, es por algo así. Espero que me hayas perdonado”. “Pero tita”, la regaño, “¿qué dices? Lo malo sería que no hubieras llorado”. Su cuarto es muy pequeño pero está limpio. El suelo ha perdido el color rojo pero no tiene polvo. Ella lleva una chaqueta acolchada que le queda algo grande. Los puños están impolutos. Lleva también unos calcetines rojos que parecen nuevos. Se da la vuelta y, señalando por la ventana, dice: “Xiao Feng, ¿viste esa chimenea?”. Extiendo el cuello y digo que sí. Veo una chimenea de color rojo oscuro a más de cien metros. No humea, y una hilera de escaleras metálicas recorren su superficie. “Es mi mal”, dice. “No lo entiendo, tita”, admito. “Esa chimenea es el mal que me aqueja, por su culpa no me curo”, me explica. No respondo y ella sigue: “Has triunfado en la vida, eres alguien en Pekín. Haz que la quiten”. “Tita”, digo, “es verdad que vivo en Pekín, pero no soy más que un empleado de banca, yo no me puedo encargar de lo de la chimenea. Está apagada y la escalera está oxidada, ya la quitarán”. “Llevo quince años pensando eso”, dice, “y ahí sigue, angustiándome. El otro día llamé a tu madre y me dijo que eras alguien, que habías comido con mister Liu. ¿Y no puedes hacer que quiten una chimenea?”. “Tita”, aclaro, “mi madre exagera. A mister Liu solo lo he visto en la tele. Y aunque yo de verdad fuera alguien importante, comer con él no sería la mejor idea, ¿no?”. Mi tía mastica un rato las palabras y finalmente dice: “No debí haber bailado”. “¿Perdón?”, pregunto. “Bailar me ha arruinado la vida”, dice. “Pero”, replico, “¿no había sido la chimenea?”. Coge el baozi, lo mira y lo deja en la cama otra vez. “La chimenea es la chimenea. Bailar es bailar. De joven, fui a bailar un día y conocí a tu tío. Ese fue el primer cataclismo. Luego, cuando trabajaba, una tarde fui a bailar, bailé toda la noche y sudé muchísimo, y luego me fui directo al trabajo, con el viento azotándome y metiéndoseme en los

huesos, y me dio reumatismo. Ese fue el segundo cataclismo. Cuando ya no pude bailar, enseñé a tu tío, y él bailó y bailó y bailando desapareció. Ese fue el tercer cataclismo. Bailar me arruinó la vida. ¿Tienes hambre, Xiao Feng? Toma algo de la nevera”. Al oírla decir eso, me entra un poco de hambre. Me levanto, voy al salón y abro la nevera. Está a reventar de baozi. La cierro y volteo a mirar a mi tía. No despega la vista de la mujer de la tele y va marcando el ritmo con la punta de los pies.

TRES

La tesorera Zhao Suying se puso a picar carne con un gran cuchillo. Gao Yachun sabía que su madre no era muy habladora –aun si le pusieran una espada en el cuello, se lo pensaría un rato antes de pedir clemencia– y temía que Li Mingqi sintiera que lo trataban con frialdad, así que se puso a pensar en posibles temas de conversación. Yachun era enfermera, lo que la convertía en la persona con el mayor nivel de estudios de la familia. Por eso, normalmente se encargaba de las cosas de la casa y hacía de madre, lo que le infundía la confianza necesaria para tomar la palabra. Sabía que Gao Yafeng, su hermana, carecía de profundidad. Cuando buscaba novio le daba igual lo que dijera la casamentera, le daba igual si la familia del muchacho tenía grandes riquezas, le daba igual todo; se negaba a recibir al chico si no le enseñaban antes una foto. Solo se guiaba por el aspecto físico. A Gao Yachun eso le preocupaba, así que en las primeras citas a ciegas acompañó a Yafeng, y si veía que el otro no era más que una cara bonita, ella se encargaba de arruinar el encuentro. La propia Yachun se casaría en unos meses; el novio era un estudiante de Medicina que estaba por convertirse en el médico de Jinzhou. No era especialmente guapo, pero era honesto y formal. Toda la familia estaba contenta y planeaban celebrar la boda al otoño siguiente. Aquel verano Gao Yachun tenía sentimientos contradictorios. Por una parte, le daba miedo irse de casa. Aunque Jinzhou estuviera en la misma provincia, eran seis horas en tren, así que le preocupaba que pasara algo y no poder volver a tiempo. Por otra parte, no conocía Jinzhou ni a nadie de allí. Solo había oído hablar del monte Bijia, un lugar al que únicamente se podía llegar cuando bajaba la marea. Cuando estaba alta, el camino que llevaba a Bijia quedaba bajo el agua, y si alguien no volvía antes de que subiera, tenía que esperar. La idea de echar raíces allí la inquietaba. En tercer lugar, antes de irse quería tejer un suéter para cada miembro de su familia, y estaba viendo que no le iba a dar tiempo. Sacó un bote de té Tieguanyin que había comprado para un amigo en los Almacenes Tiexi, fue a la otra habitación y lo infundió en agua hirviendo. Sirvió una taza para su padre y otra para Li Mingqi. Este empezó a incorporarse y dijo: “No te tenías que haber molestado”. Era más o menos guapo, tenía las cejas pobladas, los ojos grandes y la nariz ganchuda. Además, tenía unas pestañas largas que parecían mariposas revoloteando bajo las cejas.

“Mingqi, ¿es verdad que trabajas en la fábrica de armas?”, preguntó Gao Yachun. Él asintió. “Es un buen trabajo”, agregó ella, “tienes secretos profesionales, ¿no?”. “No creas”, respondió él. “No nos dejan dar detalles, pero básicamente hacemos paracaídas”. “¿Paracaídas?”, preguntó Gao Yachun. “Sí, hay muchos talleres, todos relacionados con la aeronáutica. En el nuestro hacemos paracaídas”. De pronto, a Yachun aquel hombre le empezó a parecer un poco más elegante. “Dicen”, inquirió, “que el año pasado te concedieron el título de ‘obrero destacado’”. “No es nada”, le quitó importancia Li. “Solo se me ocurrió un cambio que mejoró una de las piezas del paracaídas”. A Yachun le parecía cada vez más y más elegante; de repente, se encontraba ante un Edison. “Pero cuéntalo todo”, interrumpió Gao Yafeng. Sus palabras tuvieron un gran efecto, porque hasta Gao Likuan volvió su único ojo hacia Li Mingqi. Gao Xuguang, que andaba leyendo en un rincón, también levantó la vista. Xuguang era un ratón de biblioteca. Se

pasó la Revolución Cultural leyendo los dazibao;* más tarde, cuando lo enviaron al campo, leía diccionarios, y ya de vuelta en la ciudad, cuando lo asignaron a la fábrica de tractores, empezó a pasar todo su tiempo libre en la biblioteca. Había heredado el carácter callado de su madre; leía mucho pero hablaba poco, se guardaba sus reflexiones para sí mismo. Gao Likuan expresaba cuánto quería a su hijo pequeño a través de dos frases: “Tesorera, si no me hubieras dado al enano, te pegaría más” y: “Tesorera, la imprenta depende de personas como Xiao Xu, gente a la que le guste dedicarse a mirar caracteres”. Así que en aquel momento, Li Mingqi tenía la atención de toda la concurrencia. Tomó un sorbo de té y dijo: “En realidad he cambiado una pieza muy pequeña pero muy útil. Ahora el paracaídas se abre más rápido que antes y es más ligero. Sigue siendo más pesado que el de los estadounidenses, pero no mucho más. Nadie se atrevía a probarlo, así que lo hice yo mismo”. “¿Cómo?”, preguntó Gao Xuguang. “Desde un avión”, respondió Li, “a cinco mil metros. Cuando salté hubo un pequeño contratiempo, la hebilla se atascó y tuve que destrabarla, así que abrí el paracaídas tres segundos más tarde de lo que había calculado y en lugar de en la diana caí en un árbol. La segunda prueba fue todo un éxito. Por eso me nombraron ‘obrero destacado’”. Gao Likuan pensó: “Este es como su padre, le encanta subir. Más dura será la caída”. Gao Yachun escuchaba asustada, era enfermera y por lo tanto consciente de los riesgos médicos de caer desde cinco mil metros de altura. Un fallo minúsculo podía hacer que uno acabara convertido en pastel de carne. Incluso cayendo en un árbol, el riesgo de romperse algo no era desdeñable. “Una cosa son los inventos y otra las pruebas”, intervino de repente, “¿por qué no te centras más en inventar cosas y menos en probarlas? Esta vez tuviste buena suerte, quizá la próxima no. Nadie lo sabe”. “No tuvo buena suerte”, rio Gao Yafeng, “lo que tiene son huesos ligeros. Cuando bailamos, él hace de mujer y yo de hombre. Con un suave tirón empieza a dar vueltas y vueltas”. Yachun la miró con enfado y ella se calló de inmediato. “Es verdad”, confirmó Li Mingqi. “Peso menos que la gente normal. Bueno, no es eso, peso setenta kilos. Pero soy más ligero que la gente normal. Cuando era pequeño, mi padre me hizo una cometa con forma de ciempiés y fuimos a volarla. Aquel día hacía mucho viento y la cometa me arrastró. Volé más de cien metros hasta que choqué con un buzón. Fue la última vez que mi padre me llevó a jugar con la cometa”. Gao Likuan se acordaba de aquello; Li Zhengdao había usado un tipo especial de papel que él mismo le había ayudado a conseguir. Al recordar a su aprendiz, el corazón de Gao Likuan se encogió: “Era un discípulo inteligente y capaz, qué pena que muriera dejando tantos hijos atrás. Este Li Mingqi es el mayor, le tocó ayudar a su madre a criar a las otras ocho criaturas. No me imagino las penurias que habrán pasado, pero al final todos sobrevivieron y él mismo encontró un buen trabajo fabricando paracaídas. Tiene mucho mérito”. Gao pensó que llevaba tantos años enfadado con Li Zhengdao que ni siquiera había ayudado a su familia. No les había dado ni una cucharada de aceite. Se vio a sí mismo como un hombre grande y robusto con un corazón más pequeño que el ojo de una aguja. Parpadeó con su único ojo y suspiró.

Gao Yafeng oyó a su padre suspirar y se puso nerviosa. Pensó que se había enfadado por lo que había dicho del baile. Le hizo una seña a Li Mingqi para que trajera la mochila con estampado militar de la cabecera del kang. Él se levantó, sacó dos botellas de baijiu de la marca Xifeng y las puso en la mesita cuadrada. Al ver el baijiu, Gao subió de inmediato al kang. Le hizo un gesto a Li Mingqi para que se sentara con él. Yachun ignoraba que el remordimiento estuviera entre las actividades mentales de su padre. Pensó en él, en que ese hombre tan simple era el cabeza de familia, en lo fácil que era darle la píldora, en que pronto se casaría en otra ciudad, y la embargó una gran preocupación. Li trató de encaramarse al kang, pero sus pantalones eran muy estrechos. Quizá pudiera subir, pero no iba a conseguir cruzar las piernas.

“Tío Gao”, dijo, “me siento aquí al borde del kang. Esas dos botellas de Xifeng las dejó mi padre al morir. Le daba pena bebérselas, así que las enterró en el patio. Por eso nunca las encontraron cuando nos registraron la casa. Tomemos hoy lo que podamos, y el resto se lo queda usted”. “¿Cuánto eres capaz de beber?”, preguntó Gao. “Depende”, respondió Li, “si he descansado bien y estoy fresco, un cuarto de litro”. “Suficiente”, sentenció Gao, “no va a sobrar. Tesorera, deja de cortar y fríe un plato de cacahuates, a ver si podemos descansar un rato del ruido ese”. Zhao Suying apartó el cuchillo, se limpió las manos en el delantal y fue a la otra habitación a encender el fuego. Gao Xuguang se incorporó y Li le preguntó: “¿No nos acompañas?”. “Odio este tipo de cosas”, respondió, y salió de la casa con un libro bajo el brazo. Era mediodía y el sol del verano caía en vertical. Hao, una señora mayor que vendía helados, pasaba por allí y Xuguang la detuvo, sacó cinco centavos, y le compró uno. Después subió al tejado por una escalerita y se tumbó allí a leer. De adolescente, Xuguang había tomado dos decisiones: la primera, que no bebería ni una gota de alcohol; la segunda, que no le pegaría a su mujer, sin importar lo insoportable que fuera. Si las cosas iban mal, se divorciaría, pero nunca le levantaría la mano. Por más que tratemos de evitarlo, casi todos tenemos un núcleo que nos conecta con nuestros padres. Es como la sombra, que puede retorcerse pero nunca se nos despegas del talón. Gao Xuguang era diferente. Desde muy joven llevaba dentro una revolución que había eliminado todo lo que tenía que ver con Gao Likuan, y así llegó a ser un hombre totalmente diferente de él.

Los cacahuates estaban listos. Gao Likuan pidió un vaso más y vertió baijiu en los tres. Luego dijo: “Zhengdao, la vida es un misterio. Han pasado muchos años y aún no he probado el conejo que me ibas a asar, pero hoy estoy aquí, tomando con tu hijo el baijiu que tú enterraste. Estamos predestinados, tenemos yuanfen. Te has ido tan pronto... y yo, antes o después, me iré también. Los que se van antes se convierten automáticamente en nuestros mayores, así que este brindis va por ti”.

Como no tenía nada mejor que hacer, Gao Yafeng los miraba beber desde el taburete, abrazándose las piernas. Se había tragado muchísimas palabras ese día, y eso era peor que aguantarse las ganas de orinar. Si se estuviera aguantando las ganas, podría mearse encima, pero de ningún modo podía ponerse a gritar. Gao Likuan no toleraba que las mujeres se sentaran a la mesa cuando él bebía. Les dejaba dar cuenta de las sobras cuando terminaba o comer en los taburetes con el cuenco en la mano. Zhao Suying solía comer de pie junto a la hornilla. Era pequeña y delgada, así que se llenaba con dos bocados. En aquel momento estaba haciendo los jiaozi. Gao Xuguang sí tenía permitido sentarse a la mesa, pero no quería comer con su padre, así que Gao Likuan siempre cenaba solo. También bebía solo, durante horas, hasta perder el sentido en el mismo kang. Los domingos, si no había quedado con nadie para comer, empezaba a beber al mediodía y no paraba hasta que caía rendido a medianoche. Aquel día, Gao Yafeng miraba a los dos hombres beber y sentía una gran inquietud, un fuego dentro. Si bebían hasta la medianoche, se iba a tener que aguantar las palabras hasta entonces. La mera idea le daba ganas de subirse por las paredes, y empezó a mover las piernas sin darse cuenta. Gao Yachun tenía cosas que hacer; fue por la lana y las agujas y se puso a tejer un suéter. Gao Xuguang ya tenía uno, pero estaba todo agujereado, así que Yachun lo había deshecho y pensaba rehacerlo añadiéndole lana nueva. Yafeng extendió las manos para que su hermana enrollara la lana, y así, en esa posición, se le ocurrió algo. Acercó la boca a la oreja de Yachun y dijo: “Hermana, parece que papá hoy va a acabar perdido”. “No importa”, respondió la otra, “siempre que se entienda con Mingqi”. Yafeng asintió y pensó que, definitivamente, esa era su hermana mayor, que había tragado más sal en la vida y por eso sabía mantener la calma.

Li Mingqi se parecía a su padre en una cosa: si podía beber tres cuartos de litro, él decía que

podía beber un cuarto. Cuando llegaron los jiaozi los comensales estaban en silencio; ya llevaban un tercio de la primera botella, pero Li Mingqi aún era capaz de tomar los cacahuates usando los palillos con mucha precisión. Se estaba ganando a Gao Likuan, porque en su familia nadie bebía con él, y este chico sabía cómo había que comportarse: cada vez que brindaban, ponía su vaso un poco más bajo que el de Gao, y además le acercaba los jiaozi que seguían calientes y se apartaba a sí mismo los fríos. “Tesorera”, dijo Gao Likuan, “no están mal estos jiaozi”. Zhao Suying no oyó el elogio; le estaba subiendo una botella de agua fría a Gao Xuguang. Este le preguntó: “Mamá, ¿ese tal Li Mingqi sabe beber?”. “Sí”, respondió Zhao, “sabe. Córrete para allá, que aquí te da mucho el sol”. “Mamá”, replicó él, “yo también quiero comer jiaozi”. “A ti te he preparado unos especiales”, dijo ella, “con relleno de camarón. Luego te los subo”. “Tres gotas de salsa de soja por cada cuatro de vinagre”, añadió Xuguang. Suying asintió y bajó por la escalera.

Gao Likuan tomó otros cien mililitros de baijiu. Ya estaba borracho. Era su estado favorito, así todo aquel que se cruzaba bajo la mirada de su único ojo le caía bien. “Xiao Li”, dijo, “tu padre me llamaba ‘maestro’. ¿Cómo me vas a llamar tú?”. “Yo lo llamo tío”, dijo Li Mingqi. Gao Likuan agitó la mano y dijo: “No, no. Tienes que llamarme ‘maestro abuelo’”. A Gao Yafeng, que escuchaba desde el taburete, aquella idea no le gustó, ya que así las relaciones entre ella y Mingqi no tendrían ni pies ni cabeza. Él dijo: “mi padre aprendió de usted en la imprenta, pero yo trabajo en la fábrica de armas. Sus habilidades no me servirían”. Gao Likuan volvió a agitar la mano y dijo: “Luego te enseño un poco de kung-fu y así pasaré a ser tu maestro”. Dicho esto, cogió el cuchillo que Zhao había dejado al borde del kang. En la puerta de entrada colgaba la imagen de un rostro rojo y sonriente, como una manzana muy madura. “Fíjate en su ojo izquierdo”, dijo Gao Likuan, y lanzó el cuchillo, que se clavó justo ahí. Li Mingqi notó que el retrato estaba lleno de picotazos, y pensó que seguramente Gao hacía ese número a menudo. “Yo no sería capaz, no tengo fuerza”, dijo. “¿Qué significa que no tienes fuerza?”, preguntó Gao, “extiende la mano”. Li lo hizo, extendió una mano blanca y suave como la de una mujer. Gao la agarró y tiró de ella para comprobar si Mingqi tenía fuerza o si podía arrastrarlo con facilidad. Lo que no esperaba era que su interlocutor saliera volando y cayera, como una bolsa de harina, al pie de la ventana. Gao Yafeng dejó de tejer y se levantó: “Papá, te pasaste un poco con la broma, ¿no?”. Li Mingqi se levantó también y volvió a su sitio. “No pasa nada”, dijo, “no pasa nada. Ha sido como columpiarme, no me ha hecho daño”. Gao Likuan no entendía nada, agitó la mano y preguntó: “¿Por qué eres tan ligero?”. “Ya se lo dije”, contestó Li, “mis huesos pesan poco”. Gao le apretó el hombro y dijo: “Bueno, suponiendo que tengas huesos”. “Tengo”, dijo Mingqi, “pero parece ser que están huecos. A lo mejor es porque nací en una cama que estaba en lo alto de una plataforma”. Gao Yachun tenía ciertas nociones de medicina, y sabía que todos los huesos estaban huecos independientemente del lugar donde uno hubiera nacido, pero no corrigió a Li Mingqi. Sabía que quizá estaba siendo metafórico. “No me extraña que una caída de cinco mil metros no te haya matado”, dijo Gao; “eres como una pulga en un tambor. Después te voy a enseñar qinggong, el arte marcial de moverte con ligereza”. “Me gusta la idea”, respondió Mingqi, “me puede servir”. Al ver que Li estaba bien, Gao Yafeng se volvió a sentar y se puso a tejer. Los comensales volvieron a llenarse el vaso y brindaron, en cierto modo para consagrar esa nueva relación de maestro y discípulo.

Li Mingqi era capaz de beber hasta medio litro de baijiu sin perder la compostura. Hasta esa cantidad, mantenía la prudencia, no alardeaba ni hacía nada de lo que se pudiera arrepentir. Al cruzar esa línea su corazón iba quedando al descubierto, y las palabras a veces manaban solas. La siguiente frontera estaba en los tres cuartos de litro. Ahí caía inconsciente. Gao Yafeng no sabía nada de eso; se habían conocido en una discoteca, y según se fueron volviendo más cercanos

empezaron a tomar una copa de vez en cuando, pero nunca habían llegado a esos límites. Ella a veces se tomaba una cervecita para animarse, pero si bebía mucho y su padre se lo notaba en el olor, sabía que le pegaría con un cinturón de cuero. Por eso, cuando Li Mingqi cruzó la primera línea, ella no notó que le cambiaba la expresión. Para entonces el sol ya se había puesto y Xuguang se había comido sus jiaozi y se había quedado dormido con el libro sobre la cara. A lo largo de la tarde, Gao Likuan y Li Mingqi hablaron de muchas cosas, desde Chiang Kai-shek hasta Du Yuesheng, desde la Banda de los Cuatro hasta Ye Jianying, desde lo sorprendente que era que su casa japonesa tuviera agua corriente y alcantarillado hasta Kakuei Tanaka, que era primer ministro de Japón cuando el país estableció relaciones diplomáticas con China. En esa charla Gao Likuan, que siempre había sido orgulloso e indomable, se sintió inferior a Li Mingqi. Él tenía ideas superficiales sobre las cosas de las que hablaban, pero Li Mingqi las conocía en detalle. Gao Likuan sabía el ABC de lo que publicaban los periódicos; Li Mingqi, el CDE de lo que no salía. El conocimiento de Gao Likuan llegaba a un kilómetro de distancia; el de Li Mingqi salía del barrio, daba una vuelta y llegaba al Paso Shanhai. Gao Likuan, que nunca había admirado a nadie, aquella tarde admiró a Li Mingqi. La sabiduría no se medía en años; con razón podía llevar pantalones de campana, porque dentro cabía mucho conocimiento. “Tío”, dijo de repente Li señalándose los pantalones. “El cuerpo nos lo dan nuestros padres. Las entrañas y las extremidades no las elegimos ni las podemos cambiar. Pero la ropa se lleva y se quita, así que debemos tener cuidado con lo que nos ponemos. La ropa habla, y cuando la llevamos puesta, dice algo de nosotros”. “Y la tuya, ¿qué dice?”, preguntó Gao. “Dice que soy un poco diferente de vosotros”. Gao asintió: “Tienes razón. Mi ropa nunca ha dicho nada”.

También hablaron de Li Zhengdao. “Antes de ahorcarse”, dijo Mingqi, “mi padre nos bañó a los nueve. Yo fui el último. Mi baño fue más largo y me dijo algunas cosas”. “¿Qué cosas?”, preguntó Gao. “Me dijo”, contó Li, “lo siguiente: ‘El mayor es muy importante. Lo estás haciendo bien, cuidas de tus hermanos, pero aún falta algo. Debes triunfar y ser un ejemplo para ellos. A todo el mundo le llega su hora. Hay quien muere en la cama, hay quien muere sobre un caballo. Si puedes elegir morir sobre un caballo, no mueras en la cama. Tenemos que ser como Napoleón. Si quieres vender sandías, tienes que ser el Napoleón de las sandías’”. El respeto de Gao Likuan por Li Mingqi creció aún más. Él nunca sería un Napoleón, pero si en su familia hubiera uno, todo el mundo lo admiraría. “Si Yafeng y tú se casan”, dijo, “¿dónde van a vivir?”. Esa frase deshizo la transformación, y Napoleón volvió a ser Li Mingqi. “Tío”, dijo, “no tenemos dónde vivir. Uno de mis hermanos se casó y se fue a vivir fuera, pero seguimos siendo nueve”. “Vivirán aquí”, dijo Gao. “Yachun se va a ir a Jinzhou dentro de poco. Hay espacio para uno más”.

Gao Yafeng estaba perpleja. Ella solo había invitado a Li Mingqi con la idea de presentárselo a sus padres. Era guapo y tenía trabajo, pero nada más. De hecho, si no hubieran tenido ya relaciones íntimas, cosa que la devaluaba, ni siquiera lo habría llevado a casa; hablar con su padre era como acariciarle el culo a un tigre. Era como si hubiera ido a una tienda a probarse algo y le hubieran enjaretado ese algo y un suéter de regalo. La inquietó que todo fuera tan rápido y se puso a pensar en si de verdad se llevaban bien. Li Mingqi tenía una virtud, la inteligencia, y un defecto, la temeridad. Cuando jugaba al Mahjong, nunca se conformaba con una pequeña victoria, siempre aguantaba e intentaba conseguir la mejor mano posible. Pero bueno, eso tampoco era un pecado mortal. Quizá cuando ganaba el premio gordo sabía parar de jugar. Y tenía otro defecto: era tacaño. Todo lo que ganaba se lo daba a sus hermanos. Si el siguiente después de él, Li Mingyao, no se hubiera casado, y el tercero, Li Mingmin, pudiera casarse (había nacido con polio), a Li Mingqi ni se le hubiera pasado por la cabeza encontrar una

esposa. Pero, bien pensado, eso tampoco era un defecto. Cuando se casaran, ella sería parte de su familia, y él sería tacaño con los demás, ya que sus ahorros acabarían en sus manos. Cuanto más pensaba, más claro lo veía todo. En más de veinte años nunca había sido capaz de convencer a su padre de nada. Yachun era la mayor y eso hacía que sus palabras tuvieran más valor, y Xuguang era el menor y el único hombre, así que recibía todo el cariño sin tener que hacer nada para ganárselo. Pero ella estaba en medio, se sentía prescindible. No se imaginaba que este Li Mingqi se fuera a ganar a su padre en una tarde. Además, su hermana se iba a Jinzhou, y a Xuguang le daba todo igual, podía mudarse a los dormitorios de la fábrica. Todo apuntaba a que ella se acabaría quedando con la casa, y solo de pensarlo sintió cómo todas sus preocupaciones se desvanecían.

CUATRO

Escuchando, sentando en su cama, cómo mi tía la menor me cuenta la historia de mi tío y de mi primo, recordé los dos funerales que mi madre mencionó anoche. El más reciente es el de mi padre. Vinieron unas treinta personas. Al final de la ceremonia pusieron “Luna reflejada en la fuente Er Quan”, pero el altavoz tenía algún problema y la melodía de las cuerdas del erhu brotó acompañada de un constante ruido de estática. Mi madre estaba tan triste que se quedó en casa. Mi tía la mayor y yo íbamos estrechando la mano de todos los que venían a darnos el pésame. Mi padre se llamaba Gao Xuguang, trabajaba en una fábrica de tractores y murió a los cincuenta años de cáncer de páncreas. Para cuando se lo descubrieron ya era incapaz de comer, y dos meses después murió. Se mantuvo lúcido hasta la última semana. Sabía que el destino era implacable y que su vida llegaba a su fin. No le gustaba viajar, por lo que no tenía sentido llevarlo a dar la vuelta al mundo, y solo se había enamorado una vez, de mi madre, así que tampoco tenía ningún amor de juventud con el que rememorar el pasado. Su única afición era leer. Había libros suyos en la cama, en el suelo, por toda la casa. Es un poco raro que a un obrero le guste leer, pero que pase sus últimos días leyendo raya en lo insólito. En su lecho de muerte me pidió que le llevara unos libros de tapa dura que hasta entonces se había abstenido de comprar porque eran muy caros. Entre las peticiones figuraba una edición de Los cien mil porqués en pasta dura. Estaba agotado, pero lo encontré de segunda mano en internet. Mi padre me contó que desde pequeño le habían gustado esas colecciones, pero que nunca había podido reunir el dinero para comprar ese tomo. Cuando por fin lo tuvo en la mano, apenas fue capaz de leer unas páginas antes de que lo venciera el sueño. Tenía muy pocos amigos y casi nadie fue a visitarlo durante su convalecencia. Eso le gustaba, lo relajaba, podía despertarse, agarrar un libro, esperar a que le entrara sueño y dormirse. A mi madre, en cambio, le molestaba esa actitud; esperaba que la llamara para contarle algún secreto o para decirle algo memorable, algo que pudiera recordar de vez en cuando. No lo hizo; aparentemente, mi padre no tenía secretos. Se pasó la vida trabajando en la fábrica; cada día, al salir, volvía a casa, cocinaba y, después de cenar, se ponía a leer. Si se iba de viaje de trabajo, llamaba por teléfono todos los días a las seis de la tarde y después se echaba a leer en el kang de los campesinos que lo estuvieran acogiendo. Cuando lo despidieron de la fábrica, se puso a vender huevos hervidos en té en la plaza. Siempre se sentaba en el mismo lugar. Una vez que los vendía todos, volvía a casa, cocinaba y, después de cenar, se ponía a leer. Cuando supo que iba a morir de forma inminente, llamó a mi madre a su habitación del hospital y estuvo hablando un rato con ella. A decir de mi madre, no hablaron de nada importante; él le dijo que debía cuidar bien a la abuela. Como tenía demencia, juzgó que lo mejor sería no contarle que había muerto, que debíamos decirle que estaba siempre de viaje de trabajo y que tal vez así no se diera cuenta. Luego la instó a que se volviera a casar, a que no se sintiera mal por ello, ya que habían pasado unos años muy buenos juntos, y eso para él era todo lo que importaba. Por último, pidió que en su funeral pusiéramos la versión de A Bing de “Luna reflejada en la fuente Er Quan”, su canción favorita, y que enterráramos sus cenizas junto a las del abuelo. Luego me llamó a mí. Me dijo tres cosas. La primera, que me esforzara en mis

estudios, que tras la carrera me metiera a un máster y que después hiciera un doctorado; que, si podía, nunca dejara de estudiar. Eso era un viejo deseo suyo. Me contó que había hablado con mi tía la mayor, que podía pedirle dinero para la universidad si lo necesitaba, que ya se lo devolvería cuando tuviera trabajo. La segunda cosa que me dijo fue que, si algún día Li Mingqi, el marido de mi tía la menor, me pedía ayuda, lo ayudara. Me contó que no era una persona cualquiera, que el único motivo por el que no había triunfado era su mala suerte, pero que algún día iba a hacer algo grande. Lo último no fue una petición, fue más bien una reflexión. Había hablado mucho, y estaba muy cansado. “Xiao Feng”, dijo, “una vez leí una frase que no he entendido hasta hoy”. “¿Qué frase, papá?”, quise saber. ““Vivir la vida no es cruzar un campo””, dijo. “No me acuerdo de dónde la leí, pero de repente me parece que contiene una gran verdad. Echo de menos los días que pasaba leyendo en el tejado. Si tienes ocasión, pruébalo”. Cuando terminó de hablar, cerró los ojos y cayó dormido. Nunca más despertó.

Apenas recuerdo ver a Li Mingqi por casa. No es que mi padre y él fueran grandes amigos. Cuando la familia se reunía en los días festivos, era Li el que hablaba y mi padre se limitaba a escuchar. No daba la impresión de que tuvieran una relación muy estrecha. Por eso me extrañó que me hablara de él.

Mi abuelo, Gao Likuan, murió en los noventa. Yo era adolescente y casi no guardo recuerdos de aquello. Sí me acuerdo de que un día estaba en clase y apareció mi madre en la escuela. Me hizo salir del aula y me contó que el abuelo había muerto, que teníamos que ir a llorarlo. En el hospital, me puse un poco nervioso antes de entrar en la habitación. Me daba miedo que no me salieran las lágrimas. Mi madre me dijo que, si lloraba bien, me compraría una pistola de juguete, así que me animé un poco. Cuando entré en la habitación vi que habían cubierto el cuerpo con una sábana, me asusté y me eché a llorar. Mi abuela estaba sentada junto al cabecero de la cama y hablaba mal del abuelo. Nunca la había visto hablar tanto. Él llevaba diez años afectado de una hemorragia cerebral causada por los excesos con el alcohol. Había pasado un tiempo en cama y luego había perdido el habla. Todo eso pasó cuando yo estaba en primaria y era incapaz de arreglármelas en una pelea. Él me vio un día desde su cama, al otro lado de la ventana, y me enseñó a pelear. Aprendí un par de llaves muy útiles que me permitían derribar a mis oponentes con un par de movimientos. Un tiempo después, cuando se decretó la demolición de su casa, que databa de la época de los japoneses, se mudó con mi tía la menor, y ahí fue cuando perdió el habla. Apenas balbuceaba. Era muy temperamental; si no entendíamos sus farfulleos se ponía tan nervioso que se caía de la cama. Su mejor amigo era Li Mingqi. Todos los días lo limpiaba y le daba la vuelta; además, era el único que lo entendía y dormía con él. En todos esos años, a mi abuelo no le salieron ronchas de estar todo el día en la cama. Mi madre me contó que, un tiempo después, mi tío Li fracasó en los negocios y estuvo a punto de suicidarse con monóxido de carbono. Mientras el cuarto se iba llenando de gas, escuchó a mi abuelo balbucear que tenía pis, fue a vaciarle el orinal y se le pasaron las ganas de matarse. Estuvo un rato llorando abrazado a mi abuelo y decidió seguir viviendo. Cuando mi abuelo supo que iba a morir, reunió a su prole. No tenía ahorros porque siempre lo gastó todo en alcohol, solo le quedaba la indemnización que le habían dado por hacerlo abandonar su casa. Esa reunión era para hablar de cómo se repartiría el dinero. Mi abuelo se la pasó mirando a mi tío y la familia entera comprendió que no había nada de qué hablar, que quería dejárselo todo a Li Mingqi. Mi madre y mi tía la menor tuvieron una discusión grande a raíz de aquello. Estuvieron medio año sin hablarse.

Tras la muerte de mi abuelo, mi abuela se negó a vivir con mi tío Li Mingqi, porque no soportaba que mi tía la menor y él se la pasaran peleando, así que se vino con nosotros. Mi casa era un lugar tranquilo en el que nadie hablaba mucho. En un momento dado empezó a tener

descuidos: se iba de compras y dejaba la puerta abierta, se ponía a cocinar y dejaba los cucharones metidos en la olla. Así, se fue convirtiendo en una carga para la familia. Mi padre había dicho que no le contáramos a mi abuela que había muerto, pero mi tía mayor insistió en que tenía derecho a saber la verdad. Así es mi tía, justa y decidida, pero a veces lo arruina todo. Cuando le dimos la noticia perdió la audición, y hasta hoy sigue sorda. Me acabo de acordar del otro deseo de mi padre: que siguiera estudiando. En eso también le he fallado; cuando terminé la carrera decidí que no podía más y me metí a trabajar en un banco. La verdad, me siento culpable. Mi madre no ha vuelto a casarse, ni ha tenido intención alguna. Un día, un antiguo compañero de clase se puso en contacto con ella y lo insultó, dijo un montón de groserías, y luego desconectó el teléfono de un tirón. En cuanto al tercer deseo, Li Mingqi nunca me pidió nada, pero ahora estoy aquí, buscándolo. Me parece que eso cuenta como cumplir el deseo. No se me ocurrió cuando recibí la llamada de mi tía la mayor ni tampoco ayer, cuando mi madre se enojó. Pero, ahora que lo pienso, este viaje tiene cierto sentido.

Mi tía la menor está mirando álbumes de fotos. Señala una y dice: “Mira, aquí tenías siete años”. Me sorprende que haya fotos mías, pero me fijo y, efectivamente, soy yo. Llevo una chaqueta acolchada que había hecho mi abuela y estoy sentado sobre una carpa gigante de piedra. Debajo de la carpa se ve la mitad del culo de alguien. “Tía”, pregunto, “¿de quién es ese culo?”. “De tu primo”, responde. “Li Gang siempre te ha querido mucho. Le daba miedo que te cayeras, así que se metió en la barriga del pez para protegerte”. Hurgo en mi memoria, pero no recuerdo que me quisiera. Solo recuerdo las peleas. Me pegaba y después el abuelo le pegaba a él. Antes o después volvía a pegarme. Eso que llaman condicionamiento no funcionaba con él. También recuerdo que, de vez en cuando, yo iba a pasar unos días a casa de mi tía segunda durante las vacaciones y que compartía con él su cama individual. Le gustaba el póquer, me enseñó a jugar y pasábamos las tardes entregados a las cartas. Hacía trampas y me daba zapes, con lo que la frente se me llenaba de moretones. “Te admiraba y te admira mucho”, dice mi tía. “Eres el menor de la familia y sacaste una carrera. A él nunca se le dieron los estudios. Tu tío y yo estábamos todo el día peleándonos y, como no podía con él, iba a pegarle a tu primo, y él se iba a la calle y le pegaba a otra gente. Así que, a fin de cuentas, la culpa de todo siempre fue de tu tío”. Creo que tiene razón. Cuando me hice mayor, prácticamente dejé de ver a mi primo. Recuerdo que su punto fuerte, aparte de pegarme, era el billar. Se le daba muy bien, y durante una época vivió de jugar en torneos. Al final, no llegó a ser Ding Junhui, pero se acabó dedicando al tema de las apuestas. Alguna vez lo vi. Primero se hacía el tonto. Se ponía en una postura rara, con el culo un poco torcido, y cuando alguien se confiaba y se acercaba a jugar, le ganaba. Siempre iba una bola por delante, como si fuera una coincidencia. Mientras tuviera quien apostara contra él, podía jugar hasta la medianoche sin descanso. Al terminar, me tomaba de la mano y, tarareando y con el palo de billar apoyado en el hombro, paseábamos bajo las farolas. A veces me levantaba en andas con un solo brazo y decía: “Ah, me encantaría venderte”. “¿A quién?”, preguntaba yo. “No lo tengo claro todavía”, respondía, “a alguien de las montañas. Allí no hay bollos, electricidad ni carreteras. Te van a atar a un molino”. Lo único que me importaba de lo que decía era que, sin luz, no podría ver los dibujos animados, así que me abrazaba a su cuello muy fuerte para que nadie me secuestrara.

Después dejó de jugar al billar y se fue a Guangdong a dedicarse al contrabando de motos. Pero esa no era su especialidad, y antes de que pudiera aprender los rudimentos del negocio, los de la mafia local lo agarraron y lo tiraron al mar. Sobrevivió; llegó nadando a la playa y volvió a Shenyang. “No sé qué hace últimamente”, dice mi tía Yafeng, “me parece que es cobrador”. “Pero está más flaco que yo”, respondo, “¿puede dedicarse a eso?”. Ella sonríe y dice: “No

depende del cuerpo, depende de la actitud y de la postura. Se ha tatuado un dragón en cada brazo, digamos que es una inversión. Créeme: aunque no sea buen estudiante, como tú, es listo. En el pasado lo persiguieron por sus deudas y entendió que es mejor estar del lado del cobrador. Desde esa posición, el mundo se ve de otra manera”. “Pero entonces, ¿se perdió o no?”, pregunto. “Sí”, responde mi tía, “no contesta el teléfono y lleva una semana sin pasar por su casa. La última vez que lo vi, me compró un montón de baozi. Me da igual si encuentras a tu tío, tengo el papel que necesito para seguir cobrando su pensión. Él verá si vive o muere, yo en algún momento podré pagarles la deuda a los vecinos. Pero me tienes que ayudar a encontrar a Li Gang. Está deprimido”. “¿Deprimido?”, digo, “¿cómo le dio a mi primo una enfermedad así, de ricos?”. “Quién sabe”, replica, “cobrar deudas es un trabajo con muchas presiones. Tiene que aguantar al jefe, y los deudores son más listos que el hambre. El otro día fue a echar a unos que no querían dejar su casa antes de la demolición y casi le rompen una pierna. Tu primo se quiere comprar un departamento, supongo que eso también lo habrá estresado”. “¿Un departamento?”, pregunto, “¿para qué?”. “¿Te has vuelto tonto de tanto leer, o qué?”, dice ella, “tu primo es del ochenta, tiene treinta y seis años. Si no se casa, ¿qué va a hacer?”. “Pero”, insisto, “¿tiene novia?”. “Yo no la he visto”, responde mi tía, “pero me parece que sí. Si no, ¿para qué iba a querer un departamento? Eso se llama deducción”. “Bueno, Sherlock”, digo, “¿dónde lo busco? ¿Alguna pista?”. “Cuando salgas”, me explica, “cruzas la calle Xinhua y verás una sala de billar, Ba Ge. Siempre está ahí jugando. Si pudiera bajar yo misma, ya lo habría arrastrado de vuelta hace tiempo. Lo conozco como si lo hubiera parido. De hecho, lo he parido”. “Pero”, digo, “¿sigue con lo del billar?”. “Antes era su trabajo”, me cuenta mi tía, “ahora lo hace por afición. El trabajo te da dinero, las aficiones te lo quitan, ¿entiendes?”. “Vale”, digo, “estate pendiente del teléfono. En cuanto lo encuentre te llamo”. Me acompaña a la puerta y dice: “He oído que a la gente con depresión le gusta tirarse de sitios. Cuando lo encuentres dile que, si tiene pensado tirarse, se espere a que yo me haya muerto. Si se tira ahora no pienso ir por él, ¡que se quede en la morgue!”. “Vale, vale”, contesto. Cierra la puerta y oigo cómo sus zapatillas se alejan poco a poco.

Los billares Ba Ge no son muy grandes. Tienen unas diez mesas iluminadas por una luz tenue, lo que crea un ambiente cálido, primaveral. No hay mucha gente. Las bolas están ordenadas en triángulos, como si fueran reliquias en un museo. El dueño está sentado ante una iMac blanca e impoluta en la que juega al Mahjong en línea. Al verme entrar y buscar con la mirada, se levanta. “Hey, colega”, me espeta, “¿a quién buscas?”. “A Li Gang”, respondo, “busco a Li Gang”. “¿A Gangzi?”, pregunta. “Treinta años, ambos brazos tatuados, muy delgado...”, pruebo. “Sí, ese es Gangzi”, confirma, “aunque hace tiempo que no viene. Ya no juega, pero de vez en cuando se pasa a enseñar a los demás”. “Yo no quiero jugar”, digo. “Es mi primo, tengo que hablar con él de una cosa”. El tipo señala a una chica en un sofá y dice: “Pregúntale a Mireiko. ¡Mireiko, acompaña a este muchacho a jugar una partida!”. El tipo se vuelve a sentar. “Guau”, pienso, “una japonesa”. Mireiko tendrá veintialgo, lleva falda y medias y sostiene un móvil con imitaciones de diamante. Lo pone al borde de la mesa de billar, saca un taco del armario y me pregunta: “¿Traes tu propio taco?”. Tiene acento de Shenyang, más que yo, de hecho. “No he venido a jugar, he venido a buscar a alguien. Se llama Li Gang”. “En ese rincón”, dice ella, “hay tacos. Agarra uno. La partida son ochenta yuanes. Jugamos tres y luego hablamos”. No me queda de otra: cojo un taco. Dice que abra yo, y lo hago fatal. “Pon la mano más atrás”, me explica, “no uses tanta fuerza. Aunque rompieras el taco, la bola no iría más rápido. Deja que el movimiento del brazo te guíe, el hombro es como un carrito”. Lo vuelvo a intentar y consigo abrir el triángulo de bolas. “¿No eres japonesa?”, pregunto. “Japonés serás tú”,

dice, “Mireiko es mi nombre artístico”. “Li Gang es mi primo”, explico, “lleva una semana sin pasar por su casa. Vine de Pekín a buscarlo, y en cuanto termine tengo que volver al trabajo”. “¡Pekín! ¡Qué importante!”, dice, “¿qué te importa más, tu primo o tu trabajo?” Hace una pausa y me reta: “Si metes esta bola desde aquí, te digo dónde está”. Paso un rato haciendo grandes esfuerzos, acabo chorreando de sudor, pero no consigo meterla. Mientras, me sigue dando consejos: tengo que buscar puntos en las bolas. Parecen esferas lisas, pero hay que saber dónde golpear. Los lentes se me resbalan todo el tiempo hacia la punta de la nariz. En una de esas, me los quita y los pone en la barra. Dice: “Otra vez”. Por fin lo consigo: la bola juguetea en la boca de la buchaca y al final entra. “Muy bien”, dice ella, “paga”. Le doy los billetes y se los mete en el elástico de las medias, en el muslo. “Tu primo está enfermo”, me cuenta, “estos doscientos cuarenta yuanes van a ser para comprarle fluoxetina”. “Tengo que verlo”, digo, “¿dónde está?”. “Déjalo. No va a volver. Regresa a Pekín, a tu trabajo. No es tu hermano, di que no lo encontraste, o que lo encontraste y te prometió que en unos días va a estar en casa. Nadie te va a culpar”. Me pongo los lentes de vuelta. “El trabajo puede esperar”, digo, “me preguntaste si me importa más mi trabajo o mi primo. Lo he pensado; me importa más mi primo. Tengo que verlo, lo de volver o no volver ya lo hablaremos”. De repente me pregunta: “Eres Xiao Feng, ¿no?”. Asiento. “Tu primo dice que eres el único de la familia que ha triunfado... pero sin lentes no ves nada. ¿Eso es triunfar?”. “Tengo una carrera”, le digo, “pero estoy del carajo de todas formas. ¿Sabes? A veces la fama es artificial, y una familia necesita crear sus ficciones, y en esas ficciones hay personajes”. Me mira. Recoge el taco y lo devuelve al armario. Se pone el abrigo, le da un billete de cien yuanes al jefe y dice: “La cuota de hoy, Ba Ge. Me tomo la tarde libre. Ya veremos si me da tiempo volver por la noche”. “¿De verdad es el primo de Gangzi?”, dice él. “Sí”, confirma Mireiko, “el universitario”. “Vale”, dice él, “vayan a hacer sus cosas. Mañana nos vemos”.

Mireiko renta un departamento muy cerca de la casa de mi tía la menor. En línea recta será un kilómetro. Es un departamento pequeño, de dos habitaciones. Cuando entramos, nos encontramos a mi primo en el sofá, viendo la tele con otra chica. Sigue estando muy delgado, y tiene el cuello vendado. “Esta es Nanako”, nos presenta Mireiko. La chica del sofá escupe una cáscara de pepita y me sonrío. Al verme, mi primo dice: “¿Xiao Feng?”. “Primo”, digo, “llama inmediatamente a mi tía. Da igual si estás aquí por las deudas o si estás deprimido. Llámala”. “¿Tú no estabas en Pekín?”, pregunta. “Nuestra tía me hizo volver a buscarlos a ti y a mi tío Li Mingqi”, le explico. “¿Volviste solo por eso?”, pregunta, y le digo que sí, que solo por eso. “Ven aquí”, pide. Me acerco. Da unas palmaditas en el sofá y añade: “Siéntate”. Me siento.

CINCO

Apuraron la botella y Gao se bajó del kang. Era la una de la madrugada, Yachun y Yafeng estaban agotadas y se habían quedado dormidas, con las cabezas apoyadas, en la parte de abajo del kang. El suéter que tejía Yachun ya iba por los dos tercios, y lo había dejado sobre el armario, junto a las agujas. Yafeng al final se había tragado todas sus palabras, y soñaba. En el sueño bailaba con un joven más guapo que Li Mingqi. Era Tong Xiangling, el actor que había hecho de Yang Zirong en La batalla de la Montaña del Tigre. Cuando se dio cuenta de quién era, se puso a hablar con él y ya no paró. Zhao Suying se acopló a la hornilla, que ya estaba fría, y se quedó dormida escuchando la radio. Antes de acostarse, había subido al tejado para echarle a Gao Xuguang una manta encima. Gao Likuan trastabilló al bajarse del kang y casi se cae. “Ven, te voy a enseñar qinggong”, dijo. Li Mingqi andaba por el noventa por ciento de su capacidad alcohólica, pero la charla era muy agradable y no tenía sueño. Siguió a Gao al patio. Este le dijo, señalando la escalera: “Sube, yo te sigo y así te enseño la primera técnica: caer sin hacer ruido”. Cuando iba por la mitad, Li Mingqi se volvió a mirar a Gao y dijo: “Maestro abuelo, antes no he terminado de contarle mis ambiciones”. “¿Qué ambiciones?”, preguntó Gao, mirando hacia arriba. “El paracaídas es solo el principio”, dijo Li, “quiero inventar una máquina voladora”. “¿Qué?”, espetó Gao. “Una máquina voladora”, repitió Li, “como una prenda que, al ponértela, te permita volar al tejado. Por ejemplo, si quieres ir a mi casa puedes volar a la calle de al lado y aterrizar en mi patio. Y entrar a mi casa a beber conmigo”. “¿Y con qué va a funcionar?”, inquirió Gao. “Con diésel”, dijo Li, “que tiene mucha fuerza. Pero por ahora es muy pesada, tengo que trabajar en eso. A lo mejor le pongo una batería”. “¿Qué tipo de batería?”, insistió Gao. “Habría que fabricarla específicamente para la máquina”, explicó Li, “tendría que ser recargable, y contar con algunos kilómetros de autonomía”. Gao asintió: “Es un plan serio. Si Lin Biao tuviera algo así, quién sabe a dónde se escaparía”. “No vale para escapar”, aclaró Li, “si sirviera para cruzar la frontera, tendríamos un problema. Es mejor empezar de a poquito. Hace unos días oí en la radio que, en Estados Unidos, la mayoría de las familias tienen ya un coche. En el futuro, aquí va a ser igual. Después de tantos años de movimientos políticos, tendremos que experimentar un desarrollo económico, o la nación desaparecerá. Nos vamos a convertir en Estados Unidos. Allí tienen ciudades con grandes embotellamientos; algún día nosotros también tendremos embotellamientos. Pero mi máquina no va por la calle, sino que sobrevuela a la gente. No tenemos por qué seguir los traspiés de los estadounidenses, podemos saltar directamente a donde ellos aún no han llegado. Ni los británicos”. “Eres un visionario”, dijo Gao, “tu cabeza parece pequeña pero en realidad es enorme, y debe de pesar un kilo más que la mía”. “El invento cuesta dinero”, dijo Li, “mi jefe no me apoya, dice que me falta un tornillo. Por favor, necesito que usted me ayude, le devolveré el dinero. Si invierte, será mi jefe, mi suegro y mi jefe”. Gao agitó la mano en el aire y dijo: “De jefe nada, solo tu suegro. Te presto el dinero. Si no te lo doy a ti, lo voy a gastar en beber y se me va a ir por la uretra. Trabaja tranquilo, sé tu propio jefe, y cuando tengas el prototipo, nos das uno a cada miembro de la familia y hacemos un vuelo de prueba para que nos vean los vecinos”. “Maestro”, dijo Li, conmovido, “cuando sea mayor, si

nadie lo cuida, yo lo cuidaré. Pero no vale que después se eche para atrás porque ahora está borracho”. “Nos hemos conocido hoy”, dijo Gao, “así que aún no me conoces. Mis promesas solo tienen valor cuando estoy borracho. Ve subiendo, anda, tengo que mear”.

Cuando terminó de orinar, Gao Likuan ya se había olvidado de que Li Mingqi estaba esperándolo en el tejado para que le enseñara qinggong, así que se metió de vuelta en la casa. Cuando se dio cuenta de que el otro no volvía, Li se puso a pensar en sus cosas. Se sentía culpable. La tal Gao Yafeng no le gustaba tanto. Tampoco le disgustaba, pero no le gustaba tanto. Era un poco mediocre. Siendo francos, era vulgar. Era una mujer común, si le preguntabas algo te diría lo mismo que te diría cualquier mujer elegida al azar en la calle. No era perezosa, es verdad, y era limpia, pero hablaba mucho. Hoy los había dejado tranquilos, pero cuando se casaran aquello se iba a acabar. La idea le provocó un nudo en la garganta y empezó a sentir náuseas. Se metió los dedos, pero no consiguió vomitar. El principal motivo por el que estaba con Gao Yafeng era su estatus social. No la habían mandado al campo, así que su vida laboral era extensa. Trabajaba de ajustadora, un buen trabajo. Como se solía decir: “Tornero, ajustador, fresador; no hay oficio mejor”. Ella ganaba el doble que él. Y solo eran tres hermanos, y sus dos padres trabajaban, y además ambos eran obreros de toda la vida, gente arraigada, concretamente de raíces y hojas rojas, y con buenos ingresos. Vinieran nuevos movimientos políticos o no, estaban a salvo. A Gao Likuan le daba todo igual. La perspectiva de ir a verlo había puesto a Li muy nervioso, se había ido relajando con la charla. Ahora entendía por qué su padre le había dicho que, a pesar de sus innumerables defectos, el maestro Gao no tenía mal corazón. Se acordó del consejo que le había dado antes de morir, lo que le contó de Gao Likuan y también lo de Napoleón. También le había dicho que, si algún día no tenían nada que echarse a la boca, llevara a sus hermanos a la puerta de Gao, ya que él les daría de comer. “Tenías razón, papá”, pensó Li, “yo veo a un kilómetro de distancia; tú ves hasta el Paso Shanhai. Si hubieras visto un poquito más allá, te habrías dado cuenta de que la situación política iba a volver a cambiar. Te pudo la rabia, fuiste muy impulsivo, fuiste egoísta, nos dejaste a todos solos, y a mí con una carga muy pesada sobre los hombros”. Pensaba todo eso y recordaba la cara de su padre, la cometa que le hizo aquel día y sus manos pequeñas, hábiles, capaces de cualquier cosa. Lo recordaba en casa, escribiendo sus confesiones políticas con una camiseta blanca, todo serio, tan serio que, si se equivocaba en un solo carácter, desechaba la hoja y volvía a empezar. Lo recordó, por último, colgado de la plataforma. Parecía un pollo muerto, un pollo pesadísimo que él no tenía forma de bajar de ahí. Al recordar esto último, enjugó una lágrima incipiente y se limpió la mano en el pantalón.

El sonido de las tejas despertó a Gao Xuguang. Con los ojos aún entrecerrados, vio a Li Mingqi sentado junto a él y se sorprendió; Xuguang era el único de la familia al que le gustaba pasar tiempo en el tejado. ¿Qué hacía ahí Li Mingqi? Era una noche completamente oscura, sin luna ni estrellas. Hacía fresco; de vez en cuando soplaba una brisa que levantaba una esquina de la fina manta que lo cubría. Era como si la oscuridad soplara. O como si hablara, pero él no entendía su idioma. Abajo había tejados y olmos. Todas las casas tenían la luz apagada, aunque junto a una de ellas había una sola farola encendida. Eso era lo que Xuguang estaba acostumbrado a ver. Muchas veces no entendía a su familia, las cosas por las que discutían, peleaban, insistían, transigían, lloraban, reían, se enfadaban y se perdonaban. Tampoco entendía qué dios los había juntado a él, a Gao Likuan, Zhao Suying, Yachun, Yafeng y ahora este Li Mingqi en la misma época y en el mismo lugar. No entendía por qué tenía que tratar todos los días con esa gente, ni por qué eso condicionaba su vida. ¿Por qué no eran estadounidenses, o esquimales, o soviéticos, o alienígenas? No pensaba las mismas cosas que ellos, ni sentía las

mismas cosas, ni le importaban las mismas cosas. La mayoría del tiempo simplemente pensaba que eran muy ruidosos. Le gustaba leer, pero no quería ir a la universidad, y su familia no era capaz de entender eso. Menos Gao Likuan, todos los demás se habían enfadado con él en alguna ocasión. Si a uno le gusta leer tiene que ir a la universidad, es tan natural como que a los caballos hay que herrarlos. Pero Xuguang no estaba de acuerdo, y tenía sus razones, aunque no las expresaba. En primer lugar, las solicitudes de ingreso tenían sus riesgos. No es que le diera vergüenza que no lo admitieran, sino que tal vez tuviera que mudarse a otra ciudad. Su hermana Yachun ya estaba por irse, y le preocupaba su otra hermana, que adolecía de cierta inmadurez causada por la fuerte personalidad de la mayor. Gao Likuan le tenía cierto temor, y a él también le temía un poco debido a su rebeldía silenciosa. Pero a su hermana pequeña no le temía. Si la mayor y él se iban, Zhao Suying no disfrutaría de un solo día bueno. Alguna vez, Gao Xuguang había pensado que, aunque no mató a nadie en la Revolución Cultural ni en las escaramuzas Wudou, quizá algún día mataría a su padre. Dejarlo solo con su hermana y su madre aumentaba las posibilidades de que eso ocurriera. Además, ¿de qué servía ser un experto en algo o un intelectual? ¿Cómo le había ido a esa gente en los últimos diez años, o en los últimos treinta? Xuguang había visto con sus propios ojos cómo un compañero le cortaba la nariz a una profesora empezando desde el interior de las fosas nasales. Si hubiera querido, él habría podido participar también. Las cosas cambiaban, ahora habían vuelto los exámenes de acceso a la universidad, pero ¿quién podía garantizar que lo de antes no iba a volver, que no iba a haber otra cacería de brujas? ¿Estudiando y estudiando para llegar a ser un “pestilente intelectual de novena”, un chou lao jiu? Gao Xuguang no conocía el origen de la expresión “pestilente intelectual de novena”; con todo, era un hombre leído y sabía que el apelativo no era justo, pero no podía evitar que le llegara algo del olor que despedía. Y había algo más... últimamente pasaba mucho tiempo con una trabajadora de su grupo, una chica optimista e ingenua. Ella lo aceptaba así, triste y callado, y él pensaba que, si tenía que pasar el resto de su vida con alguien, ella sería una opción aceptable. Le gustaba estar solo, pero no quería que la soledad lo volviera loco. Quizá el matrimonio también lo volviera loco, pero al menos no en el sentido de que su psique colapsara, sino en un sentido más social, más parecido a la tristeza o a la decepción. Zhao Suying esperaba con avidez que él encontrara una mujer. Se podría decir que era lo único que esperaba, esperaba la llegada de la tercera generación de la familia y, más en concreto, esperaba un varón. Había algo más, algo de lo que Xuguang no era consciente. Se trataba de cierta indolencia; la tumultuosa realidad había alumbrado con tanta fuerza su cerebro en la última década, que una zona del mismo había perdido los sentimientos y las emociones. Por eso era reacio a los cambios, a los riesgos, por más que lo pudieran llevar a un lugar en el que hubiera esperanza.

Li Mingqi se secó las lágrimas y se puso de pie. Gao Xuguang se asustó; no había escuchado la conversación con Gao Likuan y pensaba que Napoleón Limingqi había conocido su Waterloo y estaba listo para saltar desde el tejado. Pero en realidad Li, animado por el baijiu, se disponía a dar un discurso. No tenía claro por dónde empezar; movió los brazos, giró la muñeca e hizo un gesto como de servirle comida a alguien, tratando de encaminar las palabras que le nacían del vientre. “Lo más importante es la batería”, dijo por fin. “Debe ser ligera y, al mismo tiempo, potente. Todo se basa en la mecánica de fluidos, no tiene ninguna complicación. Estamos rodeados por aire, y así subiremos al cielo”. Eructó antes de seguir: “No hace falta ascender mucho, solo lo suficiente para que los pies no vayan golpeando las cabezas de la gente. Entonces, nuestras calles se volverán tridimensionales. Tal vez alguien se pregunte: ¿qué significa tridimensionales? ¡Muy buena pregunta! Con ‘tridimensionales’ quiero decir que las ventanas del segundo piso van a ser puertas. Las tiendas de barrio podrán vender sus productos a

través de las ventanas. ‘Por favor, póngame un kilo de peras congeladas’. ¡Vale! Alarga el billete, agarra las peras, y a volar. Piénsenlo bien. Lo fácil que será limpiar los tejados así. ¡Y ni hablar de las plagas de palomas! No habrá que dispararles, ni que abatirlas una por una. ¡Bastará con ir por los nidos! Y los enamorados no tendrán por qué irse al bosque, podrán subirse a un tejado o a un árbol. Y se podrá pasear sin usar las piernas; adiós al dolor de pies. La gente podrá volar de la mano mientras charla, y ya nadie dirá ‘dar una vueltecita’ sino ‘darse un vuelecito’. Lo único es que las chicas no podrán llevar falda, claro. Así que el problema clave es crear la fuerza de acción-reacción, es decir, producir un chorro de aire que impacte en la tierra y nos impulse hacia arriba. Si subiéramos lo suficiente no habría problema; por ejemplo, en la estratosfera no haría falta casi fuerza, pero a tres metros de altura es otra historia. Si soluciono el tema de la batería, lo del chorro de aire no va a ser un impedimento, pero es verdad que, al sobrevolar a alguien, esa persona sentirá que le están tirando un pedo en la coronilla, y eso puede ser molesto”.

Al oír la última frase, a Gao Xuguang casi se le escapó una carcajada. Li Mingqi no se limitaba a hablar, también gesticulaba. Mientras decía eso de “¡Vale! Alarga el billete, agarra las peras, y a volar”, lo iba dramatizando. Pasó de ser una paloma asustada a una chica que se agarraba la falda y, al final, se convirtió en un peatón sobre el que alguien se tiraba un pedo. Xuguang sintió cómo dentro de él aparecía una agitación de ondas concéntricas: este tal Li Mingqi era distinto a cualquier persona que hubiera conocido. La mayoría de la gente iba por la calle preocupada de no caerse, y él en cambio quería volar. Era interesante. Xuguang pensó un poco en las palabras de Li, en qué pasaría si la máquina funcionaba. En primer lugar, ya no tendría que usar la escalera para subir a leer al tejado. En segundo lugar, le daría una a Zhao Suying. Si Gao Likuan intentaba pegarle, ella podría irse volando. Aunque si Zhao podía comprar uno, Gao también podría. Pero Zhao era pequeñita y ligera, y Gao era ancho y pesado. Ella volaría más rápido. Y, aunque volasen a la misma velocidad, el de él se quedaría antes sin batería. Xuguang pensó también en el socialismo utópico, en Robert Owen y en Henri de Saint-Simon. En Fourier. Bueno, podía dejar de lado a Owen, pero los nombres de Saint-Simon y Fourier sonaban hermosos y vacíos, encajaban perfectamente con las ideas del socialismo utópico. Li Mingqi no tenía un nombre tan bueno, pero sus ideas sí lo eran. Y además no parecía que fuera a fracasar. Al contrario: el socialismo utópico había dado lugar al marxismo, el marxismo había dado lugar a las ideas de Mao, y las ideas de Mao habían dado lugar a “Los Dos Todos”. Así que había una genealogía, quizá una genealogía algo simplona, pero eso no impedía que el resultado final fuese grandioso. Chen Jingrun se había dedicado a estudiar por qué uno más uno es dos, y de esa pregunta tan simple había extraído conclusiones extraordinarias. Eso lo convertía en un genio. Todo el mundo suma uno y uno a diario, pero nadie piensa en el porqué. Todo el mundo camina a diario, pero a nadie se le pasa por la cabeza que sus pies pueden separarse del suelo y volar sobre los tejados. Y aunque se les pasara, lo considerarían una idea irrealizable. Cuanto más reflexionaba, más cuenta se daba Gao Xuguang de que todas las grandes hazañas del mundo habían partido de donde Li Mingqi estaba en ese momento; borracho, bailando. Xuguang no había probado nunca el alcohol, y tampoco esa droga que es la ambición, pero se había contagiado del entusiasmo de Li. Daba igual que pudiera fracasar; pasar por la vida así, siguiendo las propias inquietudes, ya valía la pena. Ese momento de iluminación fue muy breve, es decir, la zona entumecida del cerebro de Gao Xuguang apenas brilló un instante antes de volver a fundirse con la noche que la rodeaba. Se quedó dormido de inmediato. La brisa mecía su pelo y el cuello de su camisa. Pero por más que hubiera sido breve, ese momento dejó una fuerte impresión en él; durante el resto de su vida, ya dio igual lo que hiciera Li Mingqi.

Xuguang nunca cambió de parecer: aquel tipo era excepcional.

Por su parte, Li no llegó a darse cuenta de que tenía un espectador. Cuando se cansó de hablar, se sentó y se puso a pensar en otros problemas del aparato volador. Por ejemplo: ¿habría unas normas de circulación aérea? ¿Habría que colgarse una lucecita roja del culo? Si no, probablemente habría choques traseros. ¿Dónde estarían los semáforos? ¿Tendrían que instalar un montón de postes de quince metros de alto? ¿Cuál sería el diseño de las aerocalles? ¿Habría conflictos entre las horizontales y las verticales? A lo mejor no habría solo choques traseros, sino también choques desde arriba o desde abajo. Li Mingqi ya estaba borracho cuando subió al tejado, y el viento que le azotaba no había hecho más que agravar su estado; sentía que el litro de alcohol que tenía en el estómago se había convertido en litro y medio. El fresquito del que hacía un rato había disfrutado se había empezado a parecer a las náuseas, así que bajó con cuidado por la escalera y se metió en la casa. Vio que Zhao Suying dormía profundamente con la cabeza apoyada en la hornilla y el delantal todavía puesto. La llamó en voz muy baja: “¿Señora?”. No reaccionó. Roncaba suavemente. Li apagó la radio, levantó a Zhao Suying por las axilas y la puso en el kang, junto a Gao Likuan. Ella se dio la vuelta, pero no se despertó. Gao seguía roncando con un sonido como de truenos o de tractores. Ella, hecha una bola a su lado, parecía un perrillo. Yachun y Yafeng dormían juntas en la parte de abajo del kang. Li Mingqi pasó un rato mirando a Yafeng. Era la primera vez que la veía dormir. Estaba sumida en un sueño profundo; de vez en cuando se le movía la nariz, pero no roncaba ni rechinaba los dientes. Además, sonreía, y un par de gotitas de sudor le perlaban la frente. A Li Mingqi le gustó más dormida que despierta, parecía adorable, pequeña, tranquila. Se fijó en que sobre el armario del kang había un suéter a medio hacer. No sabía para quién era, pero no tenía sueño, así que se puso a tejer. Los Gao no sabían que Li tejía muy bien; había tejido suéteres para sus ocho hermanos. Él no quería que se enteraran, le daba vergüenza ser un hombre que teje. Pero en ese momento estaba enardecido, le picaban las manos, no pudo evitarlo. Se desabrochó el cinturón, se sentó en el taburete y se puso a tejer con rapidez y habilidad. Cuando amaneció, el suéter estaba terminado, e incluso le había añadido unas rayas en las mangas para decorarlo. Lo puso en el armario del kang, se levantó y se fue.

Aún no se veía el sol ni la luna había terminado de desaparecer. Había una luz tenue y empezaba a asomar el azul claro de la madrugada. Estaba cansado. Era la primera vez que pasaba por esos callejones, pero no debía de ser muy difícil encontrar la salida. Se montó en la bicicleta, puso el pie derecho en el pedal, se dio impulso con el izquierdo y se fue a trabajar como habría hecho cualquier otro día.

SEIS

Ni Mireiko ni Nanako salen con mi primo. Ahora está soltero, pero hasta hace poco salía con una dependienta de una tienda de cosméticos del centro comercial Zhongxing. Mireiko y Nanako son sus amigas. Cuando empezó a mostrar síntomas de depresión, les preocupó que pudiera suicidarse y lo metieron en su casa para tenerlo controlado. Lo vigilan por turnos, una de día y otra de noche. Han montado un buen sistema: Mireiko se dedica principalmente al billar, y de vez en cuando hace de acompañante en salas de karaoke; Nanako al revés. Así que lo que hicieron fue dejar ambas sus trabajos secundarios para vigilar de cerca a mi primo. Al parecer, está deprimido porque la chica de los cosméticos le dijo que tenía que comprar un departamento. En un gesto de gran humanidad, le dio seis meses y le aclaró que no le importaba de dónde sacara el dinero: “Si consigues un departamento de cien metros en la ciudad, a mis padres les van a gustar hasta tus tatuajes”. Lo que pasa es que mi primo no tiene ningún departamento, solo tiene tatuajes, así que se puso a pedirle dinero a todo el que se dejó. Pero claro, Dios los cría y ellos se juntan; los amigos de mi primo se parecían mucho a él y, como sabían que ellos mismos no serían capaces de devolver una deuda, cuando se enteraron de que su amigo quería dinero, de repente todos empezaron a estar muy ocupados. Entonces, a mi primo se le ocurrió ir a ver a un prestamista. Él mismo trabajaba en el sector, así que no fue difícil encontrar a uno dispuesto a fiarle, pero no tenía aval, así que le robó a su madre la escritura de la casa y la entregó como garantía. No fue fácil, mi tía la tenía muy bien escondida para protegerla de mi tío Li Mingqi. Contra él, la estrategia había funcionado durante décadas, pero mi primo no tardó en encontrarla. De pequeño, como a los seis años, tenía un overol acolchado con un bolsillo delantero. Por aquel entonces, mi tía y mi tío se peleaban mucho, casi siempre por dinero. Él le pedía dinero a ella y ella le decía que no, y a veces llegaban a agarrar cuchillos y mi primo se escondía en un rincón a mirar. Mi tío enarbolaba el cuchillo grande de la carne y mi tía el pequeño de las verduras. El grande era para trocear, y mi tío no quería trocear a mi tía, eso le habría costado una pena de muerte. Por otra parte, estamos hablando de la hija de Gao Likuan, eso de por sí era un motivo suficiente para no matarla. Además, no sabía dónde estaba el dinero. Ella, en cambio, sí que quería matarlo a puñaladas; las emociones femeninas no tienen punto medio, y entre el amor y la furia asesina apenas media distancia. Pero mi tío, que había bailado durante años, no era un objetivo fácil, así que mi tía nunca consiguió apuñalarlo. Por otra parte, él tampoco consiguió el dinero, que estaba, junto a la libreta del banco y la escritura, en el bolsillo delantero —que mi tía había cosido— del overol de mi primo. Por eso, cuando este necesitó dinero, mientras registraba la casa aprovechando que mi tía dormía, le llamó la atención que el overol siguiera ahí, y descubrió, al tacto, que había algo escondido dentro. El overol ahora le parecía minúsculo, como si fuera la ropa de un muñeco. Descosió el bolsillo y encontró, como esperaba, la escritura de la casa y la libreta del banco. No tenía la contraseña de la cuenta de ahorros, así que se llevó solo la escritura, que sustituyó por unos panfletos de una inmobiliaria. Así consiguió el dinero y pudo pagar el enganche del departamento. Pero ya era tarde: la estilista era más puntual que un alemán y, aunque mi primo solo se retrasó unos días, para cuando tuvo el

enganche ya había empezado a salir con un excompañero del instituto que ahora vendía coches Mazda. Era evidente que tenía listo el repuesto desde antes. De hecho, a lo mejor, lo de la casa no fue más que una excusa. Mi primo agarró un cuchillo y se fue contra el de los Mazda, pero este lo estaba esperando con unos tipos de los bajos fondos y le dieron una paliza. Mi primo volvió a casa con el cuchillo en la mano y asolado por la rabia y la humillación, y se dio una puñalada en el cuello. Pero cuando a uno se le cruza la mala suerte, se le cruza, y ni siquiera consiguió matarse.

Mireiko y Nanako me cuentan la historia alternándose y de forma un poco desordenada. Mi primo escucha con una sonrisa en la cara, no interrumpe ni pone ninguna objeción. Se nota que está deprimido de verdad, que no finge. Tiene la típica sonrisa de alguien con depresión, una sonrisa triste que solo expresa indiferencia. “Ha venido tu primo”, dice Mireiko, “habla con él. Te vas a quedar tonto, todo el día viendo la tele”. “Nos pasamos el día vigilándote”, dice Nanako, “parecemos tus guardianas, hace eones que no nos vamos de compras”. “Sí”, le da la razón Mireiko, “ya que ha venido alguien de tu familia, nos vamos de compras. Tú verás si vives o mueres, lo más lógico es que lo decidas con alguien de tu familia. No es bronca nuestra”. Discuten un poco sobre a dónde van a ir, se visten y se marchan.

La habitación se queda repentinamente tranquila. Tatatata, solo se oyen los disparos que salen de la tele. “Acércate”, dice mi primo, inclinándose hacia mí, “no tengo mucha voz”. La herida del cuello hace que las palabras le salgan roncadas, como si fuera una radio con mala cobertura. Me pregunta por mi vida y por mi trabajo y le hablo del banco, le cuento que no tengo novia, que me levanto a las seis de la mañana todos los días, que tardo dos horas en ir al trabajo y por la noche dos horas en volver a casa, que llego derrotado, me meto en la cama, hojeo un libro cualquiera y caigo dormido. Me pregunta qué hago exactamente en el banco. Se lo explico y se interesa por algunos detalles concretos. Me doy cuenta de que entiende muy bien cómo funciona un banco, simplemente desconoce la jerga. “Claro”, pienso, “su trabajo para los prestamistas no es tan diferente del mío”. Luego charlamos sobre otras cosas. “¿Has ido a ver a la abuela hace poco?”, pregunta, y le digo que no. “Cuando esto pase”, me pide, “ve a verla”. “Hmm”, murmuro. “¿Cómo que ‘hmm’?”, dice, “la abuela te echa mucho de menos, ¿sabes?”. “La abuela tiene demencia”, digo. “Yo hablo mucho con ella”, me cuenta, “es verdad que se le confunden las cosas del presente, pero el pasado lo recuerda muy bien”. “¿Te llama?”, pregunto, sorprendido. “Sí”, responde, “me llama al móvil más o menos una vez al mes. ¿Sabes? Cuando los abuelos vivían con nosotros, tus tíos, mis padres, no paraban de pelearse. Cuando tu tío no estaba en casa y el abuelo se echaba la siesta, la abuela y yo hablábamos. Así nos hicimos amigos”. “Pero”, digo, “si la abuela está sorda, ¿cómo te va a llamar?”. “La abuela no está sorda”, dice, “se hace la sorda. Oye mejor que yo. Lo hace para que la dejen tranquila. Cuando tu padre murió, perdió las ganas de hablar y de escuchar a los demás”. Me quedo pensando en lo buena actriz que es mi abuela y, finalmente, digo: “¿De qué hablan cuando te llama?”. “Me habla de todo”, dice mi primo, “del pasado, del abuelo, de sus aprendices, de tu tía la mayor, de tu tía la menor, de tu padre, de tu tío, de ti”. “¿De mí qué dice?”, inquiero. “Dice”, responde él, “que cuando eras pequeño sacaba monedas del pañuelo y te las daba para que compraras chucherías. Que siempre la llamabas tacaña, que solo te daba lo justo. Todavía tiene el pañuelo, dice que aún quiere comprarte chucherías, pero que tú ya no las quieres. Dice que ojalá se hubiera muerto antes que tu padre, que así él habría podido despedirse y tú habrías podido llorarla mientras aún eras un niño”.

Pasa un rato en el que ninguno de los dos decimos nada. Rompo yo el silencio: “¿Y por qué no me llama a mí?”. “Porque sabe que eres un triunfador”, responde mi primo, “que estás

ocupado, que tu tiempo es precioso. No quiere molestarte. Y por otra cosa”. “¿Otra cosa?”, digo. “Sí”, contesta, “te quiere más a ti, pero ella y yo somos amigos. Las intimidades es mejor contárselas a los amigos”. “Y tú”, indago, “¿qué le cuentas?”. “Que me va muy bien”, dice, “que voy a casarme, que la invitaré a la boda y que en dos años será bisabuela”. Me vuelvo a quedar callado. Al rato, digo: “Primo, ¿tú sabes dónde está mi tío?”. Asiente. “¿Le puedes pedir que vuelva a casa?”, pregunto. “No va a volver”, responde. Acto seguido, se levanta, se mete en la habitación interior y sale con un documento en la mano, la escritura de su departamento nuevo. “Haz que vendan el piso este que he comprado”, me pide, “paga a los prestamistas, recupera los papeles de mi madre y dáselos”. “Entonces”, pregunto, “¿tú tampoco vas a volver?”, y él niega con la cabeza. La película ha terminado, ahora en la tele dan un anuncio de una marca de deportes. Todo el mundo lleva ropa de esa marca: refugiados, aristócratas, discapacitados, africanos, europeos, sudamericanos. Mi primo se queda un rato mirando fijamente a la tele, y al final dice: “¿Tú sabes que tu tío fabricó una máquina voladora?”. “¿Una máquina voladora?”, pregunto, sorprendido. “Sí”, responde, “una máquina voladora que eleva a la gente al cielo, una especie de mochila a la que llama ‘máquina voladora portátil’”. Le digo que no sabía nada. “Fue un fracaso fulminante”, me cuenta, “joder, ¿qué hay que hacer para triunfar? ¿Una máquina voladora? El mundo sería un caos”. Musito algo, y él sigue: “Tu padre le ayudó a conseguir las piezas”. “¿Mi padre?”, pregunto. “Sí, tu padre, mi tío, Gao Xuguang”, confirma, “le ayudó a robar las piezas de la fábrica”. Me cuesta creer que mi padre tuviera el valor de hacer algo así. Él sigue: “Tu tía la mayor también le prestó algo. No sé por qué toda la familia creía que el proyecto era viable. Cuando fracasó, se embarcó en muchos otros negocios: compraventa de carbón, un restaurante, venta de tabaco en Yunnan... También cayó en la estafa aquella de la Yilishen, lo de los medicamentos hechos de hormigas, y se puso a criar hormigas”. “¿A criar hormigas?”, repito. “Sí”, responde, “llenó mi habitación de cajas de hormigas y durante un tiempo tuve que dormir en el suelo. A veces se escapaban y me mordían en la cara. Después abrió una escuela de baile, luego vendió productos de Amway... en fin, hizo montones de cosas, eso es algo que le admiro. Está convencido de que, antes o después, triunfará. ‘El conocimiento es poder’, dice, y siempre hace una apostilla”. Le pregunto qué apostilla. “‘El trabajo crea libertad’”, cita. “Dice que en el extranjero hay señoras que empiezan la universidad cuando tienen setenta años, y abren negocios a los ochenta. Dice que nunca es tarde”. Asiento. “Primo”, digo, “no sé si podríamos encontrar una forma de que vea a mi tío. Está bien si no vuelve, pero por lo menos me gustaría contarle a tu madre que lo he visto”. “Tranquilo”, dice, “esta misma noche he quedado con él. La familia es la familia, y nuestro yuanfen es más fuerte de lo normal. Hoy estaba aquí atrapado, vigilado por las chicas, no iba a poder salir, pero has llegado tú a salvarme. Luego nos vamos juntos”.

La tarde transcurre en silencio. En la tele pasan otra película, una comedia. Mi primo la mira con atención, pero no se ríe. Yo también la miro; no tengo nada mejor que hacer. Va de un tipo que se convierte en Dios y camina sobre el agua. Mira sus propios pies sorprendido, sin entender por qué no se hunde.

Oscurece. En el invierno del noroeste, a las seis ya es de noche. El frío silba por los huecos de la ventana como susurrando palabras despiadadas. Mi primo no enciende la luz. Termina la película, empiezan los créditos. Él se levanta, agarra un abrigo y dice: “Vamos”. Saca un reloj dorado de un cajón y se lo pone. Bajamos y vamos a los billares Ba Ge. “Viniste”, dice el dueño. “Sí”, responde, “¿tienes el taco?”. El otro extiende el brazo y saca un taco de detrás de la barra. Es amarillo claro, y la parte gruesa es marrón. Parece un rayo. Mi primo lo sostiene y le dice al otro: “Colega, ¿echamos una?”. El dueño sale, se mete al almacén, saca otro taco y se ponen a

jugar. Los parroquianos se juntan a ver la partida llenos de admiración. Poco a poco, la gente se va yendo hasta que solo quedamos nosotros tres. Juegan hasta las once de la noche, hasta que mi primo para y dice: “Colega, llevamos veinte años jugando al billar”. El otro asiente. “Me voy”, dice mi primo. “¿Te llevas el taco?”, pregunta el otro, y mi primo asiente. El dueño saca una caja negra, de madera, y mi primo desmonta el taco y lo guarda dentro. Se echa la caja bajo la axila y salimos juntos de los billares.

Cuando llegamos a lo de mi tía, la urbanización está completamente a oscuras. Mi primo se pasa un rato ahí, quieto, mirando hacia arriba. En casi ninguna ventana hay luz. Señala una y dice: “Esa es la mía”. Levanto la cabeza, no sé a cuál se refiere. “Cuando era pequeño”, dice, “me la pasaba mirando por la ventana, pero no veía nada más allá de la urbanización. Pensaba en escaparme, pero ahora me doy cuenta de que estaba mejor en mi cama”. “Me he dado cuenta”, digo yo, “de que en mi cama no sueño, pero en Pekín o en cualquier otra cama sueño todas las noches”. Mi primo asiente y, de repente, grita: “Tía, ¿Li Gang está en casa?”. No hay respuesta. La oscuridad absorbe su voz, es como si no hubiera gritado. Se da la vuelta, salimos de la urbanización y para un taxi. “Tome por la calle Nanwu”, le dice al conductor, “vamos a la Plaza de la Bandera Roja”. “¿Mi tío está en la Plaza de la Bandera Roja?”, pregunto, y Li Gang dice que sí. “¿Qué hace allí tan tarde?”, insisto. Se queda pensativo, pero no responde.

Creía recordar que la Plaza de la Bandera Roja estaba iluminada por las noches, pero cuando llegamos está a oscuras. No sé si me falla la memoria o es que nunca he venido tan tarde y a esta hora es normal que esos faroles octogonales de estilo tradicional estén apagados. El suelo, de mármol, también es diferente, mucho más liso de lo que recordaba. La estatua del Presidente Mao está en el centro de la Plaza; a sus pies la oscuridad es casi total. Levanto la mano derecha y me fijo en la del Presidente, que con ese gesto parece amable y accesible. “Dicen”, cuenta mi primo, “que antes había palomas en la Plaza”. “Ah, ¿sí?”, pregunto, y responde: “Sí, no se sabe por qué se fueron, quizá por el frío”. Rodeamos la estatua. Detrás hay un grupo de personas atareadas en algo. Me acerco y veo que una de ellas es mi tío Li Mingqi. Lleva una luz de emergencia en la mano y les da órdenes a los otros. Apenas ha envejecido; sigue siendo muy guapo, su cara conserva las facciones bien definidas, la frescura, y sus ojos hundidos y sus larguísimas pestañas lo hacen parecer un demonio extranjero. Solo se le nota la edad en que se le ha resecado la piel de la cara y el cuello, y en la obvia peluca, que no llega a cubrirle las patillas. Oigo el inconfundible sonido de una bomba de aire. Mi tío me ve y se acerca. Me saca una cabeza, lleva un abrigo de plumas que le queda muy ancho, un pantalón blanco impoluto y zapatos de cuero de buena calidad. “Xiaofeng”, me llama. “Tito, hace mucho que no nos vemos”, digo. “¿Tú también vienes?”, pregunta. “¿A dónde?”, respondo, y añado: “tito, hace mucho que no pasas por tu casa, me han pedido que venga a buscarte”. Se ríe y dice: “No creo que me estén buscando a mí. ¿Cómo te va? He oído que has triunfado”. “No, no”, niego, “nada de eso, solo soy un empleado de banca común y corriente”. “¿Cuántas líneas tiene ya el metro de Pekín?”, pregunta. Pienso un poco y digo: “Decenas, no lo sé exactamente”. “He oído”, dice él, “que un taxi allí suele costar más de cincuenta yuanes”. “Es por los embotellamientos”, le explico, “aunque el coche esté parado, el taxímetro sigue corriendo”. “Y tu madre, ¿cómo está?”, pregunta. “Está bien”, digo, “pero no le gusta salir de casa”. “Dile”, me pide, “que no la he olvidado, que no he ido a visitarla porque he estado muy ocupado. La soledad es dura, dile que busque a alguien con quien compartir la vida”. “Mejor”, contesto, “se lo dices tú en persona, si se lo digo yo no va a valer de nada”. “No”, replica, “es mejor que le hagas llegar tú el mensaje, ahora eres el hombre de la familia”. El sonido de la bomba de aire crece en intensidad y veo que junto al Presidente se está hinchando un globo. Al principio no consigo discernir su tamaño, pero

se va volviendo más y más grande hasta que queda estable en el aire, sostenido en el suelo por una enorme cesta.

“Xiaofeng”, dice mi tío, “ya está por amanecer, no podemos alargar la charla. Escúchame: las personas tenemos que ser como Napoleón. Si te encierran en una isla, que te encierren; aún tendrás una vida interesante para contar. Y si no puedes ser Napoleón, sé Colón por lo menos, ve siempre hacia adelante. Hay que oponerse a la corriente, hay que subir. Si te dejas arrastrar por la corriente, acabarás en una fosa séptica”. “¿Qué es ese globo?”, pregunto. “Lo he diseñado yo”, dice, “un globo normal no tiene mucha autonomía, pero este modelo puede volar durante un mes. Además, no solo sigue el viento, también sube. Según mis cálculos, en un mes nos da para llegar a Sudamérica”. “¿Sudamérica?”, pregunto. En mi mente se dibuja de pronto una inmensa plantación en la que unas mujeres recogen plátanos con cestas a la espalda. “Sí”, dice, “Sudamérica”. Li Gang me toca la espalda ligeramente y dice: “Primo, me voy. Cuídate mucho. No te olvides de lo de la escritura”. Se acerca a la cesta, mete la caja donde va el taco de billar, saca una mochila y se la echa a la espalda. Mi tío Mingqi hace ademán de seguirlo. “Tío, espera”, lo llamo, “dices que el globo puede subir y subir. ¿Eso no significa que al final va a explotar?”. “Claro”, explica, “por eso cada uno tenemos nuestro paracaídas, el que diseñé hace treinta años. Luego fueron saliendo modelos mejores, así que en el almacén quedaban de sobra”. Una persona en una silla de ruedas llama a mi tío agitando la mano. Él me mira y dice: “No nos ha dado tiempo de charlar mucho, pero algún día llegarás a tener éxito, te has dado cuenta de que el globo va a explotar. Mira, nacer es como caer en paracaídas desde una vida anterior. Nosotros queremos saltar otra vez, empezar de nuevo. Cuando vuelvas, di que no nos has podido encontrar, pero que nos vamos a hacer negocios al Sur. Si eres nieto de tu abuelo, si eres hijo de tu padre, nos ayudarás”. Un camión pasa por la rotonda con un brumm ensordecedor. Mi tío dice: “Nos vamos. Cuídate, cuida a tu madre. Como dice Confucio: ‘Mientras vivan vuestros padres, no viajéis lejos’. Cuando estés asentado y te vaya todo bien en Pekín, llévatela contigo”. Se acerca al hombre en silla de ruedas, lo levanta y lo pone en la cesta. Pliega la silla y la mete también. alguna vez mi madre me dijo que mi tío tenía un hermano con polio, supongo que será él. Me parece que en la cesta hay cinco personas, cuatro hombres y una mujer. Todos los hombres salvo mi primo tienen la edad de mi tío. No me acerco, no sabría qué decir. Me quedo mirándolos de lejos. Mi tío tira de algo que parece el cordel de una lamparita y se enciende una llama sobre la cesta. El globo empieza a ascender, ya está más alto que los soldados, ya ha pasado la cabeza del Presidente, sube y sube. Al principio va recto y luego en diagonal hasta que, por fin, desaparece en la noche.

No me muevo. Tengo mucho sueño, quiero volver a casa, quiero dormir. Extiendo el brazo para detener un taxi. No sé cuánto tiempo paso así, sin que aparezca un solo coche. La rotonda parece el lecho de un río seco. Se me pasa por la cabeza que quizá me quede dormido, quizá me deje vencer por el sueño ahí, de pie, en medio de la Plaza, en una madrugada de invierno.

Shuang Xuetao (Shenyang, 1983) es uno de los más celebrados autores jóvenes de China hoy en día. Ha escrito seis volúmenes de ficción, con los cuales ha obtenido galardones como el Premio Literario Blossoms, el Premio de Cuento Wang Zengqi y, recientemente, el Premio Literario Blancpain-Imaginat para mejor autor chino menor de 45 años. Muchos de sus relatos y novelas cortas, cuyo estilo ha provocado comparaciones con Hemingway y Murakami, han sido adaptados a grandes producciones para televisión y cine. Actualmente reside en Pekín.

M
 o
 i
 s
 é e
 s n

 l l
 a l
 a
 n
 u D
 r o n
 a s o c
 v o
 e r
 l t
 a a
 s s

de Shuang Xuetao.

Para su composición tipográfica se empleó la familia Bell Centennial.

El diseño es de Alejandro Magallanes.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Dulce Aguirre.

La formación de los interiores la realizó Ana Paula Dávila.

NOTAS

* Nota de las traductoras: En mandarín es común anteponer la palabra “xiao” (小), que significa literalmente “pequeño”, al nombre de los niños o de personas más jóvenes que uno mismo. Ocurre lo mismo con “lao” (老), “anciano”, y las personas mayores. En el cuerpo del texto no haremos más esta aclaración, así que el lector debe tener en cuenta que Xiao Zhuang y Zhuang Dezeng son, en este caso, el mismo personaje, y que lo mismo ocurrirá con otros personajes en las dos novelas de este volumen.

* N. d. l. t.: Los periodos de “Mano Dura” o “Yan Da” (严打) fueron periodos especiales del régimen legal chino durante los cuales se aplicaban castigos muy severos incluso ante delitos o faltas menores.

* N. d. l. t.: El lingpeng (灵棚) es una especie de caseta que se arma en la tradición funeraria china para despedir al muerto.

* N. d. l. t.: El kang (炕) es un tipo de cama hecha con barro que se usaba mucho en el noreste de China. Suele tener abajo un hueco que se conecta con la hornilla de la cocina y de esta manera se calienta la cama.

* N. d. l. t.: El baijiu (白酒) es un licor de alta graduación muy popular en China, generalmente elaborado a base de sorgo.

* N. d. l. t.: en chino, 摩西五经 (Los cinco libros de Moisés).

** N. d. l. t.: en chino, 小鸟在天空消失的日子, traducción del original japonés de Shuntaro Tanikawa, titulado 空に小鳥がいなくなった日. No existe traducción al castellano.

* Un juego de cartas muy popular en China.

* N. d. l. t. El Kuomintang es un partido político nacionalista de la República de China fundado tras la Revolución de Xinhai de 1911. El Kuomintang tiene su sede en Taipéi y actualmente está en la oposición.

* N. d. l. t. En el original, yang guizi (洋鬼子), algo así como “demonio de más allá del mar”, término utilizado despectivamente para referirse a los occidentales durante la Rebelión de los Bóxers y que en la actualidad ha caído en desuso o se utiliza con cierta ironía.

* N. d. l. T.: Los dazibao (大字报) eran unos pliegos manuscritos que imitaban el formato de un periódico y que estaban escritos en grandes caracteres. Durante el periodo de agitación política de los años cincuenta, sesenta y setenta en China, era común que se pegaran en paredes o tableros, y expresaban la opinión o los pensamientos de quien los hubiera escrito.

Table of Contents

Cover Page	
Título	
Créditos	
ÍNDICE	
平原上的摩西 – MOISÉS EN LA LLANURA	
ZHUANG DEZENG [庄德增]	
JIANG BUFAN [蒋不凡]	
LI FEI [李斐]	
FU DONGXIN [傅东心]	
LI FEI [李斐]	
ZHUANG DEZENG [庄德增]	
ZHUANG SHU [庄树]	
SUN TIANBO [孙天博]	
FU DONGXIN [傅东心]	
LI FEI [李斐]	
ZHUANG SHU [庄树]	
ZHAO XIAODONG [赵小东]	
LI FEI [李斐]	
ZHUANG SHU [庄树]	
飞行家 – EL AERONAUTA	
UNO	
DOS	
TRES	
CUATRO	
CINCO	
SEIS	
Sobre el autor	
NOTAS	